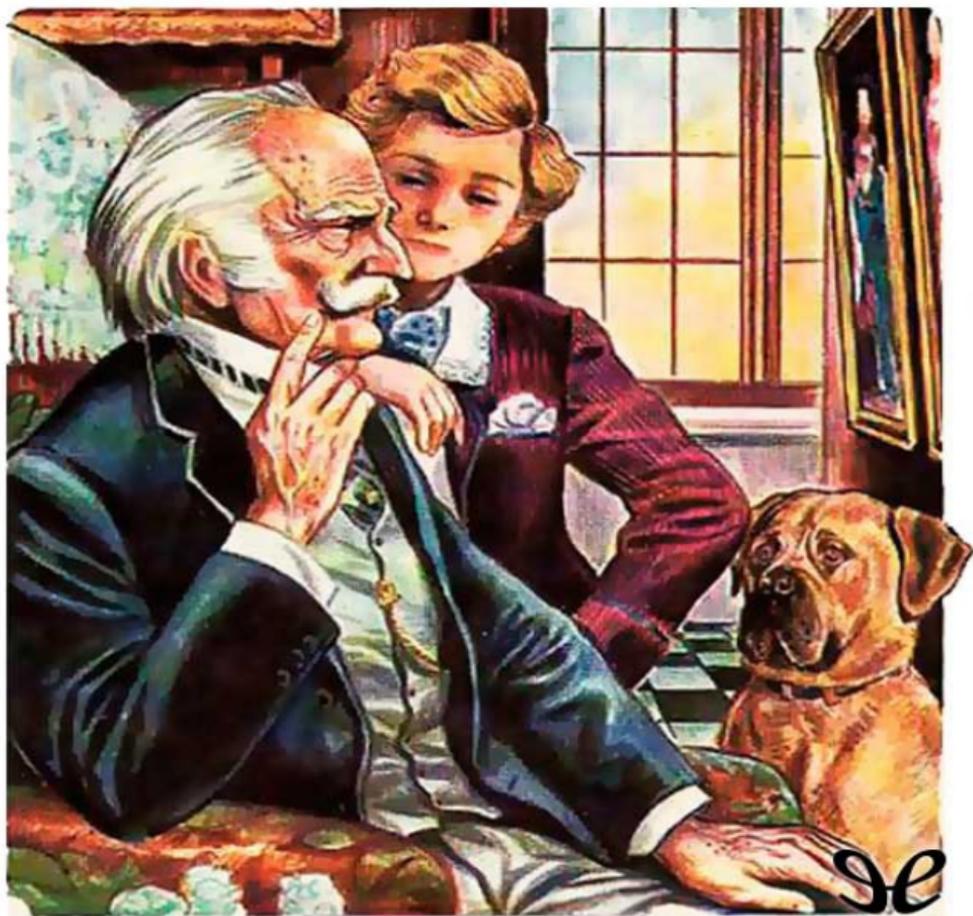


Frances Hodgson Burnett

EL PEQUEÑO LORD



El pequeño Cedric Errol es un niño de siete años, que vive en Nueva York en compañía de su madre viuda. Su padre, un capitán inglés, ha muerto hace pocos años. Un apacible día, la modesta vida de Cedric da un giro inesperado, cuando recibe la noticia de que es nieto de un aristócrata inglés y deberá trasladarse a Inglaterra para vivir en el magnífico castillo de su abuelo, un viejo cascarrabias de carácter frío y amargado, temido y odiado por todos, del que ahora se ha convertido en único heredero.

El pequeño, poco a poco, se va ganando el aprecio todos los que le rodean. Sin embargo, aparece otro heredero, quién, de acuerdo a las leyes británicas, está antes que Cedric en la cadena de sucesión, y será él quien herede título y fortuna, quedando Cedric despojado de su condición, privilegios y bienes.

Frances Holdgson Burnett, también autora de «*El jardín secreto*» y «*La pequeña princesa*», revolucionó Inglaterra y los Estados Unidos en 1886 con esta obra que la consagró definitivamente como una maestra del género...



Frances Hodgson Burnett

El pequeño lord

ePub r1.3

elagarde 23.04.14

Título original: *Little lord Fauntleroy*

Frances Hodgson Burnett, 1886

Retoque de cubierta: elagarde

Editor digital: elagarde

ePub base r1.1



Capítulo I

LA GRAN SORPRESA

CEDRIC no tenía ni idea de su propia condición social. Nunca había oído ni una sola palabra sobre ella. Únicamente sabía que su padre era inglés, y lo sabía porque su madre se lo había dicho. Pero como su padre había muerto cuando él todavía era muy pequeño, sólo recordaba que era alto, de ojos azules, con grandes bigotes y que acostumbraba a pasearle por la habitación subido sobre los hombros, lo cual encantaba a Cedric.

El niño había sido llevado fuera de

su casa cuando su padre enfermó; al volver todo había terminado ya. Encontró a su madre sentada junto a la ventana, vestida de luto, pálida y demacrada; los hoyuelos de sus mejillas habían desaparecido y sus ojos parecían aún más grandes de lo tristes que estaban.

—Querida mamá —le dijo Cedric al verla—, ¿está mejor papá?

Sintió que su madre se estremecía y comprendió entonces que estaba a punto de echarse a llorar. Su corazón, lleno de amor, le indicó que lo mejor que podía hacer era echarse en sus brazos, cubrirle la cara de besos y apretar su mejilla

contra la de ella.

La madre, con la cabeza apoyada sobre el hombro de Cedric, lloró con gran amargura, mientras le estrechaba fuertemente con sus brazos.

—Sí, está muy bien —dijo entre sollozos—, perfectamente; pero ahora tú y yo nos hemos quedado solos en el mundo, de tal forma que tendremos que serlo todo el uno para el otro.

Cedric, a pesar de su edad, comprendió de inmediato que su padre, aquel hombre tan joven, tan alto y guapo, ya no volvería más; que había muerto como tantas otras personas de quienes había oído hablar. Lo que no podía

comprender era cómo había ocurrido eso en su propia casa.

Como fuera que su madre lloraba cada vez que se mencionaba el nombre de su padre, Cedric decidió mencionarlo lo menos posible. También se dio cuenta que no convenía dejarla sola durante mucho tiempo, sentada inmóvil con la mirada fija en la chimenea o en la ventana. Ambos hacían una vida muy retirada y tenían pocos conocidos; claro está que Cedric no se daba cuenta de esta circunstancia, y sólo de mayor se enteró por qué tenían tan pocas visitas.

Le contaron entonces que su madre era huérfana y que cuando la conoció el

capitán Errol se encontraba completamente sola en el mundo: era una mujer hermosa y trabajaba como señorita de compañía de una señora muy rica, que no la trataba demasiado bien. Un día que el capitán había ido a visitar a la señora la vio subir apresuradamente la escalera con los ojos anegados de lágrimas. Le pareció tan triste, dulce e inocente, que el capitán no pudo olvidarla. Acabaron por intimar, enamorarse verdaderamente y, después de vencer muchos obstáculos se casaron. Su boda les enemistó con muchas personas, pero ninguna se indignó tanto como el padre del capitán. Era un

aristócrata que vivía en Inglaterra y poseía grandes riquezas, pero tenía también un genio muy áspero y sentía mucho odio por América y por los americanos. Este noble caballero tenía otros dos hijos mayores que el capitán. El heredero del título y de los bienes de la familia era, como es natural, el hijo mayor, y en caso de que éste muriese, el segundo. Así, pues, el capitán, a pesar de pertenecer a una familia acaudalada, tenía pocas esperanzas de llegar a ser rico. Pero, en cambio, era apuesto, robusto, valiente y generoso, con una agradable voz y con una sonrisa perpetua en los labios que le

caracterizaba. Caía simpático a todo el mundo y, en una palabra, era todo lo contrario a sus hermanos, los cuales, ni en la escuela ni en la universidad llegaron a intimar con nadie y no sólo eso sino que, además, perdieron lastimosamente el tiempo y el dinero.

El anciano señor no recibía de ellos más que disgustos. El heredero no honraba su estirpe; demostraba que sería únicamente un hombre vulgar, malgastador y egoísta. El conde lamentaba que justamente fuera el menor de sus hijos el único que valiera, sin ser precisamente el destinado a heredar ni los títulos ni las riquezas. Este

pensamiento le disgustaba tanto que, herido en su propio orgullo, creía odiar al hijo menor por el solo hecho de poseer las cualidades que faltaban al heredero del título; pero en lo más profundo de su corazón se ocultaba un gran cariño hacia el más joven de sus hijos.

En un período de tiempo en que los dos hijos mayores le daban más quebraderos de cabeza que de costumbre, mandó al capitán que partiera para América, pensando que, al estar éste ausente, no tendría tantas ocasiones para compararlo con sus hermanos. Pero al cabo de unos meses,

le pesó tanto su soledad que escribió a su hijo ordenándole que volviera de inmediato. Esta carta se había cruzado con otra del capitán en la que comunicaba a su padre que se había enamorado de una americana con la que pensaba casarse y no hay palabras para describir el enojo del anciano conde cuando la leyó. Su ayuda de cámara, que estaba presente a la hora de leerla, creía que le daba un ataque de apoplejía. Estuvo más de una hora paseándose por la habitación hasta que se decidió a escribirle para prohibirle la vuelta a su antiguo hogar. Asimismo, le decía que podía vivir y morir donde él quisiera, y

que no esperase nada de él en la vida; además, desde aquel momento podía considerarse separado de la familia para siempre.

Esta carta había significado un duro golpe para el capitán. Quería a su patria y más aún a la suntuosa morada en la que había nacido. También quería a su padre, a pesar de su carácter iracundo y feroz; siempre le había compadecido en sus desengaños. Pero comprendió que era del todo inútil esperar nada de él, ya que conocía a la perfección su terquedad.

Al principio no supo qué hacer. No tenía experiencia en el mundo de los

negocios ni estaba acostumbrado a trabajar. Pero sabía que era joven, valiente y decidido, por lo que tomó rápidamente una decisión: solicitó el traslado en el ejército inglés, y después de dar muchos pasos consiguió un destino en Nueva York y se casó con la linda americana.

Se fueron a vivir a una casa situada en un barrio muy tranquilo. Allí nació Cedric, y en aquel hogar se respiraba tanta paz que nunca se arrepintió de haberse casado con la señorita de compañía de aquella rica dama.

Cedric había heredado la bondad de su madre y, aunque había nacido en una

casa modesta, demostraba ser el bebé más feliz del mundo. Su salud era magnífica y no lloraba nunca, por lo que no molestaba jamás a nadie. Tenía tan buen carácter que embelesaba a todo el mundo y era tan agradable que parecía un ángel.

A pesar de su corta edad, el niño tenía tal simpatía que llamaba la atención de todo el mundo; él parecía darse cuenta de tal circunstancia, ya que cuando iba por la calle con su cochecito y se le acercaba alguien, dirigía al recién llegado una mirada seria pero dulce a la vez y sonreía cariñosamente.

Y cada día el niño parecía más

hermoso y más simpático. Cuando ya pudo salir a pasear de la mano de su niñera, estaba tan apuesto que la gente se paraba a mirarle y hasta había señoras que hacían parar al cochero, si es que iban en coche, para poder hablarle, encantadas de la franqueza y la tranquilidad con la que les contestaba, como si las conociera de toda la vida.

Posiblemente su secreto residía en que no desconfiaba de nadie y su buen corazón deseaba para todos la felicidad que él disfrutaba. Este deseo le hacía entender a las mil maravillas los sentimientos de cuantos le rodeaban. A buen seguro, otra razón era el hecho de

que en su casa siempre le habían tratado con ternura y con cariño, y era por eso que su alma infantil prodigaba bondad a todo el mundo. Su padre se dirigía siempre a su madre con frases y expresiones afectuosas; de él aprendió el niño a usarlas y a tener con ella toda clase de atenciones y cuidados. Así, cuando se dio cuenta de que su padre había desaparecido para siempre, y vio la tristeza de su madre, comprendió que debía hacer cuanto pudiera para consolarla, por lo que se sentaba encima de sus rodillas, apoyaba tiernamente la cabeza sobre su hombro y la cubría de besos. O le traía sus álbumes y juguetes

para distraerla.

—¡Oh, María! —Dijo su madre un día a la criada, que ya llevaba en la casa muchos años—, estoy completamente segura de que con toda su inocencia está tratando de ayudarme como puede. A veces me mira con lástima y con tanto cariño como si sufriese conmigo, y luego viene a mimarme o a enseñarme algún juguete. La verdad es que ya está hecho un verdadero hombrecito y se da cuenta de todo.

Cedric no se apartaba nunca del lado de su madre, de tal manera que ella no necesitaba a nadie más para hacerle compañía. Como había aprendido a leer

desde muy pequeño, al anochecer se tendía sobre la alfombra y leía en voz alta, bien fueran cuentos o libros de los que leen las personas mayores, e incluso periódicos. María, desde la cocina, oía reír a la madre, divertidísima con las cosas tan ocurrentes que decía el pequeño.

—Y a decir verdad —le comentó un día María al tendero—, ¿quién no se divertiría oyéndole hablar como un adulto? Una noche me vino a la cocina, precisamente la noche de la elección del Presidente, se puso delante del fuego, con las manos en los bolsillos y muy serio me dijo:

«*María, yo soy conservador, mi querida madre también, y tú, ¿eres conservadora?*».

«*Lo siento*» —le contesté—, «*soy liberal hasta la médula*».

Entonces me dirigió una mirada de ésas que llegan hasta el alma y me dijo:

«*María, el país está perdido*». —Y desde entonces no ha cesado en su empeño de tratar de convencerme de que debo cambiar de ideas políticas.

La criada le quería muchísimo. Había entrado en la casa cuando nació Cedric, y desde la muerte del capitán hacía de cocinera, doncella y niñera,

ella sola. Se sentía orgullosa de él, de sus distinguidos modales y sobre todo del brillante y rizado cabello que le caía en bucles hasta los hombros. Trabajaba muy a gusto, día y noche, para ayudar a la mamá de Cedric a hacerle los trajes.

El mejor amigo de Cedric era el tendero de la esquina, que tenía muy mal genio, menos con él. Se llamaba Hobbs. El niño le profesaba un gran respeto y mucha admiración, porque le parecía una persona muy rica y muy poderosa, porque tenía una tienda llena de cosas... y además un carruaje y un caballo. Cedric también quería mucho al panadero, al lechero y a la vendedora de

manzanas, pero a ninguno quería tanto como al señor Hobbs, y eran tan íntimos que cada día iba a verle para pasar un rato juntos y discutir sobre las noticias del día. ¡De cuántas cosas hablaban! Por ejemplo, de la revolución americana. Cuando empezaban no terminaban nunca. El señor Hobbs tenía muy mala opinión sobre los ingleses y contaba la historia entera de la revolución, y hasta repetía con gran énfasis parte de la Declaración de Independencia.

Cedric, al oírle, se entusiasmaba; le brillaban los ojos y le ardían las mejillas. Luego se lo contaba todo a su madre, con tanta ilusión que hasta se

dejaba la comida intacta en el plato hasta que ella tenía que recordarle que debía comer.

Fue el propio señor Hobbs quien despertó en Cedric su interés por la política.

Al tendero le gustaba mucho leer todos los periódicos, de tal forma que Cedric estaba bien informado de lo que ocurría en Washington y de si el Presidente obraba bien o mal. Una vez que presencié unas elecciones quedó completamente entusiasmado.

Otro día, el tendero llevó a Cedric a la Marcha de las antorchas. Y no mucho después de esto, cuando Cedric contaba

siete años, tuvo lugar un extraño acontecimiento que cambió por completo su vida. Ese mismo día había estado hablando con el señor Hobbs de Inglaterra y de la reina y, como solía hacerlo, el tendero había tratado con gran severidad a la aristocracia inglesa, concentrando sus diatribas sobre condes y marqueses.

Había sido una mañana calurosa. Cedric, después de haber estado jugando a soldados con sus amigos, entró en la tienda para descansar. Encontró al señor Hobbs furioso y mirando el recorte de una revista inglesa en la que se veía un

grabado que representaba una ceremonia de la corte.

—¡Ah! —Le había dicho—, ahora se divierten mucho, pero no está muy lejos el día en que todos ellos, los lores, los marqueses y los condes acaben a manos de los mismos a quienes ahora exprimen. Ya se pueden ir preparando.

—¿Conoce usted a muchos condes, señor Hobbs? —le había preguntado Cedric.

—¡No! —Le contestó Hobbs con indignación—. ¡No faltaba más! ¡Me gustaría que alguno de ellos se atreviese a entrar en mi tienda; ya vería lo que es bueno!

Al llegar a casa, María le hizo subir corriendo la escalera, le peinó los rizos y le puso su mejor traje, de franela blanca con faja encarnada.

—Lores —la oyó murmurar el niño —, aristocracia, nobleza, mal rayo les parta. Y sobre todo a los lores, que son los peores.

Cedric bajó la escalera corriendo y entró en la salita. En una butaca estaba sentado un señor alto, delgado y de rostro inteligente. Cerca de él estaba su madre, de pie, pálida y con los ojos inundados de lágrimas.

—¡Oh, Cedric! —dijo, mientras estrechaba al niño entre sus brazos y le

cubría de besos. A Cedric le pareció que estaba emocionada y un poco asustada.

El señor alto y anciano se levantó y miró a Cedric de forma penetrante; y mientras le miraba se acariciaba la barbilla con su descarnada mano. No parecía enfadado en lo más mínimo.

—Así, pues —empezó a decir pausadamente—, éste es el pequeño lord Fauntleroy...

Capítulo II

LOS AMIGOS DEL PEQUEÑO LORD

NUNCA se podrá encontrar a un niño tan sorprendido como lo estuvo Cedric durante toda la semana que siguió a aquella visita; tampoco se podría encontrar ninguna semana tan fantástica ni extraña en la vida de un niño. La explicación que su madre le dio a Cedric sobre todo lo que ocurría fue tan complicada que tuvo que escucharla dos o tres veces antes de poder comprenderla bien. Empezaba a hablarle de condes: su abuelo, a quien no había visto nunca, era conde; conde hubiera

llegado a ser, con el tiempo, el mayor de sus tíos, pero había fallecido a consecuencia de una caída que sufrió cuando iba montado sobre su caballo; en lugar de éste hubiera heredado el título su otro tío, si no hubiera muerto también de fiebres en Italia. De modo que era a su padre a quien le correspondería ser el heredero, pero como su padre había fallecido también y sólo quedaba Cedric, él sería conde cuando faltase su abuelo. En ese momento era ya lord Fauntleroy. Cuando el niño hubo comprendido ya lo que le estaba explicando su madre, se puso blanco como la nieve.

—¡Ay, querida mamá! —Le dijo—, preferiría no ser conde. ¿No lo podríamos arreglar de alguna manera para que no tuviera que serlo?

Pero parecía del todo inevitable. Y aquella misma tarde, al lado de su madre, junto a la ventana, hablaron largo y tendido del asunto. Cedric estaba sentado en un taburete, con las piernas cruzadas y recogidas entre los brazos, y su expresivo rostro mostraba una extrema turbación.

Su abuelo le había mandado llamar. Su madre creía que debía acudir, y le decía animosamente, pero con lágrimas en los ojos:

—Cedric, debes ir; ésta hubiera sido la voluntad de tu padre. En el mundo hay, querido mío, muchas cosas que deben empezar a tenerse en cuenta y que tú no alcanzas todavía a comprender porque eres muy pequeño, pero más adelante lo comprenderás. Sería una madre muy egoísta si no te dejara ir.

—Sí, mamá, pero sentiré mucho tener que dejar al señor Hobbs y a todos mis amigos; van a echarme mucho de menos, lo mismo que yo a ellos —indicó Cedric con expresión apesadumbrada.

Al día siguiente volvió el señor Havisham, que era el abogado del conde de Dorincourt, encargado por éste para

llevar a lord Fauntleroy a Inglaterra. Cedric, entonces, tuvo la oportunidad de escuchar muchas cosas. Pero no le consoló saber que cuando fuera mayor sería muy rico y tendría castillos por toda Inglaterra, grandes bosques, minas inmensas y profundas y grandes extensiones de tierra pobladas de colonos. Se encontraba muy preocupado pensando qué diría de todo esto el señor Hobbs. En cuanto hubo almorzado se fue a la tienda y con la cara muy seria se acercó al tendero, que estaba leyendo un periódico. Suponía que para el tendero sería un golpe muy duro enterarse de lo ocurrido, y pensaba de qué modo le

daría la noticia para que la impresión no fuera tan intensa.

—¡Buenos días, señor Hobbs!

No se subió al taburete como acostumbraba. Se sentó sobre una caja de galletas y, cogiéndose una pierna, permaneció tan callado y tan quedo que al cabo de un rato el señor Hobbs le preguntó qué era lo que le había ocurrido para estar tan serio.

Entonces Cedric se armó de valor y le dijo:

—¿Se acuerda de lo que hablábamos ayer por la mañana, señor Hobbs?

—Me parece que de Inglaterra —le contestó el tendero.

—Sí; pero quiero decir de lo que hablábamos precisamente en el momento en que María vino a buscarme.

El tendero se rascó la cabeza y por fin le dijo:

—Hablábamos de la reina Victoria y de la aristocracia.

—Sí, señor Hobbs, y de los condes... ¿Lo recuerda usted?

—¡Hombre, es verdad! Ahora lo recuerdo; les dimos un buen repasillo, ¿no es cierto?

Cedric enrojeció como un tomate. La situación era muy embarazosa para él y temió que también lo fuera para su amigo.

—Usted dijo que no consentiría que un conde entrara nunca en su tienda.

—Es cierto, Cedric, eso dije y lo mantengo —repitió con energía—. ¡Qué se atrevan y verán!

—Pues... señor Hobbs —dijo Cedric—, ¡un conde está ahora mismo en su tienda!

El señor Hobbs por poco se cae de la silla.

—¿Qué dices? —exclamó.

—Sí —contestó Cedric con humildad—. Todavía no soy conde, pero lo seré. No quiero engañarle.

El señor Hobbs parecía preocupado. Se levantó de repente y se fue a mirar el

termómetro.

—El mercurio se te ha subido a la cabeza —indicó, volviéndose para tocarle la frente a su amiguito—. ¡Hace mucho calor! ¿Te duele algo? ¿Cuándo empezaste a sentirte así?

—Gracias, señor Hobbs. Estoy muy bien y mi cabeza funciona perfectamente. Siento decírselo, pero es verdad. Por eso vino María a buscarme. En aquel momento, el señor Havisham se lo estaba explicando a mamá; es abogado y sabe lo que dice.

El tendero se desplomó sobre la silla y se enjugó el sudor que le corría por la cabeza.

—Uno de nosotros dos debe de estar mal de la cabeza.

—No, ni usted ni yo, y tenemos que tomarlo con resignación. Yo ya me voy haciendo a la idea. El señor Havisham ha venido desde Inglaterra a decírnoslo a mamá y a mí. Mi abuelo lo envió.

—¿Quién es tu abuelo, Cedric? —le preguntó Hobbs.

Cedric se metió la mano en el bolsillo y sacó un pedazo de papel, en el cual se veía algo escrito de su mano todavía inexperta.

—Como me era difícil recordarlo lo escribí aquí —y leyó lentamente—: Juan Arturo Molyneux Errol, conde de

Dorincourt. Es así como se llama, y vive en un castillo, o en dos o tres castillos, creo. Mi padre era su hijo pequeño, y yo no sería conde ni lord si mi padre estuviera vivo y si no hubieran muerto también mis tíos; pero como no queda nadie vivo y yo soy el único nieto del conde, me ha tocado a mí; mi abuelo me ha mandado llamar desde Inglaterra.

El señor Hobbs respiraba con dificultad. Empezó a comprender que estaba ocurriendo algo muy importante, pero cuando miraba al muchacho sentado sobre la caja de galletas, con una profunda ansiedad en los ojos, y veía que no había cambiado en lo más

mínimo, sino que seguía siendo un chiquillo simpático, vestido con un traje sencillo, toda esta historia de la nobleza le desconcertaba profundamente. Lo que más le asombraba era la gran sencillez y la ingenuidad con que Cedric le estaba contado aquella historia.

—¿Cómo has dicho que te llamas?
—preguntó por fin el señor Hobbs.

—Cedric Errol, lord Fauntleroy —dijo el niño—. Así me llamó ayer el señor Havisham. Cuando entré ayer en la sala me dijo: «*Así, pues, éste es el pequeño lord Fauntleroy*».

Entonces miró con tristeza al señor Hobbs.

—Inglaterra está muy lejos, ¿verdad? —le preguntó al tendero a continuación.

—Sí, Cedric, está al otro lado del océano Atlántico.

—Esto es lo peor; posiblemente no vuelva a verle hasta dentro de mucho tiempo, y esto no me gusta, señor Hobbs.

—Los mejores amigos tienen a veces que separarse. Pero hemos sido amigos desde hace muchos años, desde que naciste, Cedric.

—¡Ah! —Dijo Cedric, dando un suspiro—, poco podía pensar yo entonces que algún día sería conde.

—¿Crees que no habrá manera de

evitarlo?

—Mucho me temo que no, porque mamá dice que ésa sería la voluntad de papá si estuviera vivo. Pero si no tengo más remedio que ser conde, lo que sí haré es procurar ser un conde bueno, no un tirano, y si volviera a haber otra guerra con América trataría de evitarla.



La conversación con el señor Hobbs fue muy larga. Una vez pasada la primera impresión, no se mostró tan rencoroso como era de temer y pareció resignarse a la inesperada situación, y antes de terminar la charla hizo infinidad de preguntas a Cedric. Pero como éste sólo podía contestar a muy pocas, trató de contestárselas él mismo y completamente sumergido en el mundo de la aristocracia, explicó a Cedric muchas cosas de un modo que hubiese dejado boquiabierto al señor Havisham si este señor le hubiera podido oír.

Pero eran otras cosas las que

llamaban la atención del señor Havisham. Había vivido siempre en Inglaterra y no estaba acostumbrado a la vida de los americanos. Hacía cuarenta años que trabajaba para la familia del conde de Dorincourt y conocía perfectamente sus posesiones, honores y riquezas. Sentía cierto interés por este muchachito destinado a ser el dueño de todo. Conocía a la perfección la historia de la familia, la boda que muy a disgusto del conde se había celebrado y cómo aún no había perdonado a la pobre viuda de la que no hablaba sin usar crueles y amargas palabras, creyéndola una americana ordinaria e interesada, que al

casarse sólo había tenido en cuenta la posición social de su hijo. La opinión del abogado se diferenciaba poco de la del conde que no tenía muy buena opinión de los americanos. Cuando el señor Havisham se vio en aquel modesto barrio, y su coche se detuvo ante la pequeña y sencilla casa, se sintió verdaderamente disgustado. Era horrible pensar que el futuro dueño de todas las riquezas del condado hubiera nacido y se hubiera criado en una casucha de una calle como aquélla. ¡Vaya chiquillo y... menuda madre tendría! No quería que llegara el momento de conocerles.

Cuando la criada le introdujo en la

salita miró a su alrededor. Aunque estaba amueblada de forma muy sencilla, tenía un toque indefinible de distinción. No encontró adornos chillones ni vulgares; los grabados que colgaban de las paredes eran de buen gusto, y la estancia estaba llena de cosas bonitas, obra de manos femeninas y con cierta clase.

«Por ahora no va mal la cosa — pensó—. Posiblemente se deba al gusto del capitán».

Pero cuando la señora Errol penetró en la sala empezó a pensar que posiblemente ella también había contribuido a crear el ambiente de buen

gusto que reinaba en la habitación.

Iba vestida con un sencillo vestido negro, pero que marcaba graciosamente sus delicadas formas y la hacía parecer más bien una jovencita que no la madre de un niño de siete años de edad. Era muy bonita, y su mirada, procedente de unos hermosos ojos oscuros, dulces e inocentes, expresaba un profundo sentimiento de tristeza. Y la experiencia le había enseñado al abogado a descubrir de inmediato el carácter de las personas. Cuando vio a la madre de Cedric comprendió enseguida que el juicio que el conde se había formado de su nuera era completamente injusto; que

aquella señora no podía ser ni por asomo vulgar y egoísta. El señor Havisham era soltero y no se había llegado a enamorar nunca en la vida, pero intuyó rápidamente que aquella señora no se había casado con el capitán Errol ni porque fuera hijo de un conde ni por ningún motivo interesado, sino única y exclusivamente porque le amaba de todo corazón. Pronto empezó a pensar, también, que el pequeño lord Fauntleroy no tenía por qué ser una deshonra para su noble familia. El capitán había sido muy guapo, la madre era muy bonita, por lo que el chico no tenía que defraudar a nadie.

Cuando la señora Errol estuvo al corriente de las noticias que traía el señor Havisham palideció.

—¡Oh, Dios mío! ¿Deberemos separarnos? —preguntó inmediatamente—. Nos queremos mucho, es mi única felicidad, lo único que tengo en el mundo. He tratado siempre de ser una buena madre.

El abogado tosió, pues vio que las lágrimas empezaban a deslizarse por las mejillas de la madre.

—Me veo en la obligación, señora, de decirle que el conde de Dorincourt no... No se encuentra muy bien dispuesto hacia usted. Es ya un anciano

y sus prejuicios se hallan muy arraigados. Nunca ha sentido simpatía ni por América ni por los americanos, y la boda de su hijo con usted le despertó toda su ira. Lamento ser portador de tan desagradable noticia, pero está muy decidido a no verla a usted nunca. Su idea es que el pequeño lord Fauntleroy viva con él y se eduque bajo su estrecha vigilancia. Al conde le gusta mucho Dorincourt y pasa allí la mayor parte del año; por lo tanto, lord Fauntleroy vivirá casi siempre en Dorincourt. El conde ha dispuesto para usted Court Lodge, una residencia muy agradable cerca del castillo, y una renta adecuada a su

posición social. Su hijo podrá visitarla pero usted no podrá ir a verle a él. Estoy completamente seguro, señora, de que usted comprenderá las ventajas inmensas que esta educación y ambiente proporcionarán a lord Fauntleroy.

El señor Havisham no estaba muy tranquilo mientras pronunciaba este discurso, ya que temía que la señora Errol empezase a llorar y no hubiera sabido qué hacer en este caso. Pero la señora Errol no lo hizo; simplemente se levantó y se acercó a la ventana y estuvo mirando un rato hacia fuera. Pero en honor a la verdad hay que decir que hizo grandes esfuerzos para impedir que las

lágrimas aflorasen a sus ojos.

—Al capitán Errol, mi marido — dijo por fin—, le gustaba mucho Dorincourt; quería a su patria y todo lo que se relacionase con ella. Nunca pudo consolarse de estar tan alejado de Inglaterra. Él desearía... estoy segura, que su hijo fuera educado de acuerdo con su posición social.

Entonces se volvió hacia el señor Havisham y, mirándole con afabilidad, continuó:

—Sí, ésta sería la voluntad de mi marido y estoy convencida de que será lo mejor para mi hijo. Creo firmemente que el conde no será tan cruel como para

hacer que Cedric olvide a su madre, y creo también que, aunque lo intentase, no lo conseguiría, ya que mi pequeño es demasiado parecido a su padre. Su corazón es noble, cariñoso y fiel, y sé que me querría aunque no le fuera posible verme, y mientras nos podamos ver, no sufriré en demasía.

«Realmente, esta mujer piensa muy poco en sí misma», se dijo el abogado del conde de Dorincourt.

—Señora —indicó entonces—, respeto el interés que usted se toma por su hijo y estoy seguro de que él se lo sabrá agradecer cuando sea mayor. Le aseguro que lord Fauntleroy estará muy

bien cuidado y que no se escatimará ningún esfuerzo para lograr su felicidad.

—Espero —le contestó la dulce madre con voz temblorosa— que el abuelo sabrá amar a Ceddie, su nieto. El niño es muy afectuoso y siempre ha vivido en un ambiente muy agradable y cariñoso.

Aquí el señor Havisham empezó a carraspear. No podía imaginarse al gotoso y cascarrabias conde mostrándose afectuoso con nadie, y mucho menos cariñoso; pero suponía que por su propio interés le convendría estar a buenas con su heredero. Y también suponía que si el niño honraba

su estirpe llegaría a estar orgulloso de él como un día lo estuvo de su padre.

En ese momento la madre de Cedric llamó a María para que fuera a buscar al niño.

—Le iré a buscar enseguida, señora —contestó respetuosamente la criada—; sé que hace un momento estaba en la tienda del señor Hobbs, sentado en el taburete al lado del mostrador; estará discutiendo de política con él, tan contento como de costumbre.

—El señor Hobbs —explicó la señora Errol al abogado— conoce a Ceddie desde que nació y le quiere mucho, cariño al que el niño también

corresponde.

Pero el señor Havisham, al recordar los sacos de patatas, las manzanas y otras cosas que había visto al doblar la esquina, volvió a ponerse nervioso y carraspeó de nuevo. En Inglaterra los niños finos nunca traban amistad con los tenderos de comestibles, y le parecía lamentable que el chico tuviera modales ordinarios y le gustase codearse con gente vulgar. Precisamente, una de las cosas que más había humillado al conde en su vida fue el afán que tenían sus hijos mayores de tratar siempre con gente de baja estofa. ¿Podría ser que el niño hubiera heredado estos defectos de

sus tíos, en lugar de las virtudes de su padre?

Se hallaba entretenido con estos pensamientos cuando el niño entró en la estancia. Al abrirse la puerta tardó unos momentos en decidirse a mirarle. Las personas que conocían al señor Havisham se hubieran sorprendido, de la evidente impresión que experimentó, cuando por fin se atrevió a mirarle. El niño había corrido a echarse en los brazos de su madre. El señor Havisham tuvo que reconocer de inmediato que era el niño más apuesto y más guapo que había visto en toda su vida. Tenía el cuerpo fuerte y gracioso; la cara varonil,

a pesar de las delicadas facciones; la cabeza erguida y mantenía un porte distinguidísimo. Era, en verdad, el vivo retrato de su padre, con idéntico cabello rubio, pero también había heredado de su madre los ojos oscuros, aunque no tristes y tímidos como los de ella, sino de mirada franca e inocente.

«Es el chiquillo más guapo y mejor educado que he visto nunca», se dijo el señor Havisham; pero se limitó a exclamar, simplemente:

—Así que éste es el pequeño lord Fauntleroy...

Y cuanto más inspeccionaba al chico, más extraordinario lo encontraba.

Él entendía muy poco de niños, aunque había visto muchos en Inglaterra. Recordaba niños hermosos y sonrosados; los había visto simpáticos y vergonzosos; también otros demasiado atrevidos; pero en ningún caso llegaron a despertar el interés que le despertó el pequeño Cedric.

El niño, ignorando que estuviera siendo observado, se comportaba como era habitual en él. Le dio un apretón de manos amistoso al señor Havisham cuando le fue presentado, y contestó a todas las preguntas que le fueron formuladas con la misma ingenuidad con que contestaba al señor Hobbs. No era

vergonzoso, pero tampoco atrevido, y mientras el abogado conversaba con su madre pudo notar que el chico escuchaba en silencio con el mismo interés que una persona adulta.

—Parece ser un muchachito muy formal —indicó el señor Havisham a la señora Errol.

—Sí, es cierto. Pero sólo en algunas cosas. Tiene mucha facilidad para el estudio; está acostumbrado a tratar con personas mayores y a veces dice palabras muy rimbombantes o rebuscadas que lee en los libros o que ha oído decir. Pero, como a todos los niños, le gusta mucho jugar. Creo que es

muy listo, pero también muy niño.

La siguiente vez que volvió a verle, el señor Havisham pudo convencerse de que la madre decía la pura verdad. Al dar la vuelta a la esquina el coche en que iba, vio a un grupo de muchachos muy agitados. Dos de ellos se disponían a emprender una carrera, y precisamente uno era el joven lord, que por cierto gritaba y hacía ruido como el que más. Estaba al lado de otro, con una pierna levantada y dispuesto a emprender una veloz carrera.

—¡A la una —gritó el que les daba la señal—, a la dos, y a las... tres, ya!

El señor Havisham hizo detener el

coche y se asomó a la ventanilla. No recordaba haber visto nada parecido al modo que tenían de volar las distinguidas extremidades, con medias encarnadas, y cómo devoraba terreno, al salir disparado, cuando oyó la señal.

—¡Animo, Ced Errol! —Gritaban todos los chicos, entusiasmados—. ¡Corre, Billy Williams! ¡Bravo, Ceddie!

«Realmente, creo que va a ganar» —pensó el señor Havisham, emocionado por el desarrollo de la carrera—; «no puedo menos que desear que gane».

En esto, los chicos lanzaron un grito todavía más estridente; de un salto logró el futuro conde llegar al farol de la

esquina dos segundos antes que su adversario.

—Tres vivas por Ceddie —gritaron los demás—. ¡Viva Cedric Errol!

El señor Havisham retiró la cabeza de la ventanilla, y reclinándose en los almohadones, musitó con una fría sonrisa en los labios.

—¡Bravo, lord Fauntleroy!

Cuando su coche paró delante de la casa de la señora Errol, se encaminaban hacia ella el vencedor y el vencido, acompañados por la ruidosa camarilla. Cedric, con la cara coloradísima, los rizos empapados en sudor y las manos en los bolsillos, le decía a Billy para

hacerle menos penosa su derrota:

—He ganado únicamente porque, como soy tres o cuatro días mayor que tú, tengo las piernas un poco más largas; fue por eso por lo que te gané.

Esta forma de ver las cosas parecía consolar un poco a Billy, que volvió a sonreír.

Así era Cedric. Todos cuantos le rodeaban tenían motivos para estar satisfechos; ya en los primeros momentos de triunfo tenía presente que su contrincante no podía sentirse tan contento como él, y prefería pensar que, en otras circunstancias, podía haber vencido el otro.

Aquella misma mañana, el señor Havisham mantuvo una larga conversación con Cedric, conversación que muchas veces le hizo sonreír y acariciarse la barbilla con su huesuda mano.

Llamaron a la señora Errol y se quedaron solos el niño y el abogado. Al principio, el señor Havisham no sabía qué decirle. Se le ocurría que quizá convendría decirle algo que le fuera preparando para la entrevista que debería mantener con el abuelo y para la nueva vida que le estaba esperando. Entendía que Cedric no tendría la menor idea de lo que le esperaba en Inglaterra;

ni siquiera sabía que su madre no iba a vivir con él, ya que habían pensado que era mejor dejar pasar la primera impresión antes de explicárselo.

El abogado se sentó en una butaca al lado de la ventana, y Cedric estaba frente a él, bien arrellanado en otro cómodo butacón, mirando al señor Havisham muy atentamente. Hubo un corto silencio, durante el cual parecía que Cedric estudiaba al señor Havisham y el señor Havisham, sin ninguna duda, estudiaba a Cedric. No acababa de decidir qué era lo que un señor anciano debía decir a un chiquillo que corría por las calles y usaba pantalones cortos y

medias coloreadas que le cubrían las piernas.

Pero fue el mismo Cedric quien le sacó del apuro.

—¿Sabe usted que yo no sé lo que es un conde? —le dijo.

—¿De verdad? —le preguntó el señor Havisham.

—En serio —contestó Cedric—, y puesto que voy a serlo, debería enterarme de qué se trata. ¿No le parece a usted?

—Pues... sí —contestó el abogado.

—¿Le importaría a usted —indicó Cedric, respetuosamente—, le importaría a usted explicármelo?

—Por lo general se otorga el título de conde a alguien que ha hecho algo por su soberano, o bien ha realizado un acto heroico —empezó a explicar el señor Havisham.

—¡Oh! —Se alegró Cedric—, entonces es lo mismo que el Presidente.

—¿De veras? —preguntó el señor Havisham—, ¿es así como son escogidos vuestros presidentes?

—Sí —explicó Cedric—, cuando un hombre es muy bueno y sabe mucho, le eligen presidente. Entonces hay marchas con antorchas y música y todo el mundo está contento y pronuncia discursos. A veces he pensado ser presidente, pero

nunca se me ha ocurrido que podría ser conde. Pero si hubiera oído hablar de ellos, me imagino que me habría gustado la idea de serlo.

—No es exactamente igual que un presidente —dijo el señor Havisham—. Un conde es frecuentemente de antiguo linaje.

—¿Qué es eso? —preguntó Cedric.

—Quiero decir que es de una familia antigua... extremadamente antigua.

—Vaya —dijo Cedric, metiéndose las manos en los bolsillos—. Eso debe de ser lo que le pasa a la mujer que vende manzanas junto al parque. Seguro que es de antiguo... ¿se dice linaje? Es

tan vieja que le sorprendería a usted verla tenerse de pie. Debe de tener casi cien años. A mí me da mucha pena y a los otros chicos también. Una vez que Billy Williams tenía un dólar le dije que le comprase todos los días diez centavos de manzanas hasta que se le terminase el dinero. Por suerte un señor me regaló medio dólar y le pude seguir comprando yo las manzanas cuando se le acabó el dinero a Billy. Da mucha pena ver personas tan pobres y de tan antiguo linaje. Ella dice que el suyo se le ha metido en los huesos y que cuando llueve se le pone peor.

El señor Havisham se quedó un poco

desconcertado, mientras contemplaba el rostro serio e inocente de su compañero.

—Me parece, Cedric, que no me has entendido. Cuando dije linaje, no quise decir vejez, sino que el nombre de estas familias es conocido desde hace mucho tiempo. Tal vez cientos de años atrás había ya personas que llevaban ese nombre y eran conocidas y se hablaba de ellas en la historia del país.

—Como Georges Washington —señaló Ceddie—. Yo he oído hablar de él desde que nací, y la gente le conocía desde mucho antes. El señor Hobbs, por ejemplo, dice que no le olvidará nunca. Era un hombre muy valiente, ¿sabe

usted?

—El título de conde de Dorincourt fue creado hace cuatrocientos años — dijo el señor Havisham solemnemente.

—¡Qué barbaridad! ¿Lo sabe ya mamá? Le interesaría mucho. Dígaselo usted cuando venga, porque siempre le gusta oír hablar de cosas extraordinarias. ¿Y qué hace un conde, además de tener el título?

—Muchos de ellos, Cedric, han ayudado a gobernar Inglaterra. Otros han combatido valientemente en las grandes batallas de otras épocas.

—Eso, eso me gustaría a mí. ¡Mi papá era militar y era un hombre muy

valiente, como Georges Washington, quizá por eso hubiera sido conde, si no hubiera muerto! Me alegra que los condes sean valientes. Antes yo solía tener miedo, en la oscuridad, pero cuando empecé a pensar en los soldados de la revolución y en Georges Washington, me curé.

—A veces hay otra ventaja siendo conde —dijo lentamente el señor Havisham, fijando su mirada perspicaz en el niño con algo de curiosidad—. Algunos condes tienen mucho dinero.

—Eso está muy bien —asintió inocentemente Cedric—. A mí me gustaría tener muchísimo dinero.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque con el dinero se pueden hacer muchas cosas. Por ejemplo, si yo fuese rico, le compraría un toldo a la mujer de las manzanas, para que cubriera su puesto, y una estufa; y los días de lluvia le daría dinero para que se pudiera quedar en casa. Además, le compraría un mantón, para que no le dolieran tanto los huesos. Si yo fuera rico para comprarle todas estas cosas, estoy seguro de que se le curaría lo que tiene en los huesos. Y haría muchas más cosas. Desde luego, le compraría a mi querida madre toda clase de cosas bonitas: abanicos, dedales de oro, una

enciclopedia, un coche. Si le gustasen los vestidos de seda rosa también se los compraría, pero el color que más le gusta es el negro. Y después Dick...

—¿Quién es Dick? —le preguntó el señor Havisham.

—Dick es un limpiabotas; es el limpiabotas más simpático que he conocido. Está en la esquina de una de las calles de la parte baja de la ciudad y hace muchos años que le conozco. Un día, cuando yo era muy pequeño, había salido con mi madre y me compró una pelota que botaba mucho; la llevaba en las manos, se me cayó y fue a parar en medio de la calle, entre los coches y los

caballos. Me supo tan mal que me puse a llorar. Dick fue la persona que la fue a buscar. Mi querida madre se quedó muy admirada y yo también y, desde entonces, siempre que pasamos por allí nos paramos a hablar con él. Hace poco me dijo que su negocio no andaba muy bien.

—¿Y qué te gustaría hacer por él?
—preguntó el abogado, sonriendo de una manera muy especial.

—Pues le compraría la parte de Jake
—contestó Cedric.

—¿Y quién es ese Jake?

—¡Es el socio de Dick, y por lo que me ha contado, el peor socio que puede

tenerse! Hace perder el prestigio al negocio y no es formal. Engaña a la gente y esto molesta mucho a Dick. Usted también se volvería loco, como él, si tuviera que pasarse el día limpia que limpia botas, con esmero y formalidad, y su socio no pegara ni un golpe. La gente quiere mucho a Dick, pero no puede ni ver a Jake, así es que se va quedando sin clientela. Si yo fuese rico, le daría a Jake su dinero y le mandaría a paseo. Le compraría a Dick un buen reclamo, porque dice que eso ayuda mucho, y ropa nueva y cepillos y todo lo que necesitase para sacar adelante el negocio.

—Bueno, Cedric, eso está muy bien, pero ¿y para ti?, ¿no te comprarías nada, si fueras rico?

—¡Oh, sí, muchísimas cosas, señor Havisham! —Respondió Cedric, alegremente—, pero antes le daría algún dinero a Brígida, la hermana de María, que tiene diez hijos y su marido no trabaja. A veces viene a casa llorando y mamá le pone algunas cosas en una cesta, pero ella sigue llorando y dice: «Bendita sea, hermosa señora». Y me parece que al señor Hobbs le gustaría tener, como recuerdo mío, un reloj de oro con cadena y una pipa de espuma de mar. Y a mí me gustaría tener una

compañía.

—¡Una compañía! —exclamó el abogado.

—Sí; tendría antorchas, uniformes y cosas para los chicos y también para mí. Y haríamos instrucción y algunas marchas. Eso es lo que me gustaría si yo fuera rico...

En ese momento se abrió la puerta y entró la madre de Cedric.

—Siento mucho —le indicó al señor Havisham— haber tenido que dejarle solo con el niño durante tanto tiempo; pero he tenido la visita de una pobre mujer muy necesitada.

—Este muchachito —dijo el señor

Havisham— me ha estado hablando de algunos amigos suyos y de lo que haría por ellos, si fuera rico.

—Brígida, la mujer que me ha venido a ver ahora, es una de ellos — explicó la señora Errol—. He estado hablando con ella en la cocina. Está muy necesitada, porque su marido está enfermo de fiebre reumática.

Cedric se levantó de la butaca.

—Me parece que iré a verla para preguntarle por su marido —dijo—. Es un hombre muy agradable cuando se encuentra bien, y le quiero mucho porque una vez me regaló una espada de madera hecha por él mismo. Es un

hombre de mucho talento.

Salió corriendo y el señor Havisham se levantó; parecía que iba a decir algo. Titubeó un momento y después se dirigió a la señora Errol para decirle:

—Antes de salir del castillo de Dorincourt mantuve una entrevista con el conde, en la cual me dio ciertas instrucciones. Quiere, según me manifestó, que su nieto sienta ilusión por la vida que le espera en Inglaterra y por la relación que tendrá con él. Me dijo que debía explicarle a Su Excelencia que de ahora en adelante no le faltará de nada y podrá disfrutar de los placeres y entretenimientos propios de los niños

ricos; me indicó que si él expresaba algún deseo yo debía satisfacerlo enseguida y decirle que era su abuelo el que le daba lo que quería. Comprendo que el conde no esperaba nada de esto, pero si lord Fauntleroy se siente satisfecho y feliz socorriendo a esa pobre mujer, creo que al conde le disgustaría que no lo hiciera.

Era la segunda vez que no repetía las palabras textuales del conde. Éste había dicho:

—Haga usted que el chico comprenda que puedo darle todo lo que desea; que sepa lo que es ser nieto del conde de Dorincourt. Cómprele cuanto

se le antoje y que tenga dinero en el bolsillo, y dígame que es su abuelo quien se lo da.

Como puede comprenderse, sus motivos estaban lejos de ser bondadosos y hubiera sido pernicioso para cualquier otro niño que no fuera tan cariñoso como el pequeño Cedric, ni tuviese un corazón tan noble. La señora Errol, por su parte, era demasiado buena para sospechar nada malo. Ella pensó quizás el conde, al verse anciano y solo después de la muerte de sus hijos, sólo deseaba ser generoso con su único heredero y captarse su simpatía, confianza y cariño. En realidad le

agradó mucho que Cedric pudiera ayudar a Brígida, y se sintió más feliz al pensar que el primer resultado de la inesperada noticia era poder aliviar las penas de los desgraciados.

—¡Oh, qué bondadoso se muestra el conde! —dijo—. ¡Qué contento se va a poner Ceddie! Siempre ha querido mucho a Miguel y a Brígida. Son muy buenos, y he deseado muchas veces poderles ayudar de forma más eficaz. Miguel es muy trabajador, pero lleva mucho tiempo enfermo y está muy necesitado de medicinas muy caras, ropas de abrigo y buenos alimentos. Puede estar usted seguro de que ni él ni

su esposa malgastarán para nada el dinero que se les dé.

El señor Havisham introdujo la mano en un bolsillo de su chaqueta y sacó una cartera. Una extraña expresión asomó su cara, al pensar en qué diría el viejo cuando supiera cuál fue el primer deseo satisfecho de su nieto.

—Ignoro, señora —expresó—, si es usted consciente de que el conde de Dorincourt es extremadamente rico; puede satisfacer todos los caprichos de su hijo, y creo que debe sentirse contenta al saber que a lord Fauntleroy no se le negará nada. Si quiere usted llamarle, con su permiso le daré cinco

libras para esa desgraciada familia.

—¡Cinco libras! —Exclamó la señora Errol—. ¡Les parecerá una fortuna!

—Posiblemente, señora. Y debe usted entender que un gran cambio de fortuna es lo que ha tenido lugar en la vida de su hijo. En adelante será un hombre poderoso.

—¡Pero si es tan pequeño! —Suspiró la mamá de Cedric—. ¿Cómo podré enseñarle a hacer buen uso de ese poder? ¡Casi me da miedo! ¡Mi querido Ceddie...!

El abogado tosió ligeramente y se acarició de nuevo la barbilla, como era

su costumbre. A pesar de ser un hombre frío y calculador, su alma no era insensible a la tímida y dulce mirada de aquellos ojos oscuros.

—Me parece, señora —dijo—, que, por lo que he podido ver esta mañana durante la entrevista mantenida con lord Fauntleroy, el chico sabrá hacer muy buen uso de este poder, y pensará tanto en los demás como en su noble persona. Es sólo un niño, todavía, pero se puede confiar en él.

La madre, entonces, fue a buscar a Cedric y le trajo a la sala. El señor Havisham le oía hablar mientras venía.

—Es reuma infamatorio —decía

Cedric, que a veces no sabía pronunciar correctamente las palabras largas—; y esa clase de reuma es horrorosa. Además, no piensa en otra cosa que no sea en que debe varios meses de alquiler, y eso le hace poner peor la infamación, dice Brígida; y a Pat podrían encontrarle trabajo de dependiente si tuviese ropa decente.

Entró en la sala muy preocupado por la situación de Brígida.

—Mi querida madre me ha dicho que me llamaba usted; he estado hablando con Brígida —explicó Cedric al señor Havisham.

El señor Havisham le miró durante

unos momentos. Estaba un poco cortado y parecía indeciso. La madre de Cedric tenía razón al decir que era todavía muy pequeño.

—El conde de Dorincourt... — empezó a decir, pero en ese momento su mirada se dirigió a la señora Errol, como reclamando su ayuda.

Ésta, que le entendió a la perfección, se arrodilló al lado de su hijo y, abrazándole con ternura dijo:

—Ceddie, el conde es tu abuelo, el padre de tu papá. Es muy bueno y desea que tú también le quieras, porque sus hijos han muerto. Quiere que seas feliz y que hagas felices a los demás. Quiere,

en resumidas cuentas, que tengas todo lo que desees. Así se lo dijo al señor Havisham y le dio dinero para ti, mucho dinero. Puedes darle un poco a Brígida, suficiente para pagar el alquiler y comprarle a Miguel todo lo que necesite. ¡Qué felicidad!, ¿verdad? ¡Qué bueno es tu abuelo!

El niño se sonrojó de felicidad y enseguida dijo:

—¿Me lo pueden dar ahora? ¿Puedo dárselo yo ahora mismo a Brígida? Se va ya.

El señor Havisham le entregó un fajo de billetes nuevos.

Y Cedric salió corriendo de la

estancia.

—Será mejor que vaya con el niño para explicarle a Brígida lo que ha pasado —indicó la señora Errol, saliendo rápidamente detrás de Cedric y dejando al señor Havisham solo en la habitación. Éste se quedó pensando en el abuelo de Cedric. Había vivido sólo para concederse todos los placeres que deseaba. Y ahora, viejo y enfermo, todo eso no le servía para nada. Los placeres de una vida exenta de todo sacrificio se habían trocado en enfermedad, mal humor y aborrecimiento al mundo entero, por quien era odiado a su vez.

A pesar de todo el esplendor que le rodeaba, no hubo nunca un aristócrata menos simpático que el conde de Dorincourt, y sería difícil encontrar solamente uno más. Podía, el cierto, si lo deseaba, llenar el castillo de invitados y dar banquetes y organizar grandes cacerías, pero sabía que las personas que aceptaban su invitación le temían, tanto por su adusto semblante como por sus indirectas tan directas y por su lengua mordaz y burlona, que sólo encontraba placer en humillar y confundir a quienes le parecían orgullosos o tímidos.

Para el señor Havisham, Cedric

representaba un claro contraste. Acababa de ver a un alegre muchachito, arrellanado en una butaca, contándole las historias de sus amigos, Dick, la vendedora de manzanas, el señor Hobbs y demás.

—Será todo un cambio —murmuró —, todo un cambio.

Cedric y su madre volvieron al poco rato. El niño estaba contentísimo. Se sentó entre su madre y el abogado, con las manos en las rodillas y estaba radiante de gozo a causa de la alegría y el consuelo que había proporcionado a Brígida, que se había ido extremadamente feliz con el dinero que

le había regalado.

—¡Cómo lloraba la pobre! —dijo —. Decía que lloraba de alegría. Es la primera vez que veo a alguien llorar de alegría. ¡Qué bueno debe ser mi abuelo! Nunca hubiera imaginado que fuera tan bueno. Ser conde es más, mucho más agradable de lo que yo pensaba. ¡Ahora casi me alegro de que algún día pueda llegar a serlo!

Capítulo III

LOS ERROL DEJAN SU CASA

LA BUENA opinión que tenía Cedric sobre las ventajas de ser conde, se acrecentó de forma notable durante la semana siguiente. Parecía imposible que llegase a darse cuenta de que cualquier cosa que deseara podía obtenerla fácilmente; en realidad, no se debía dar cuenta, más por fin llegó a comprender, después de unas cuantas conversaciones con el señor Havisham, que podía satisfacer sus más fervientes deseos y se dispuso a ello con mucha sencillez y un entusiasmo tal que divirtió mucho al

señor Havisham. La semana antes de partir para Inglaterra llevaron a cabo muchas cosas dignas de recordar.

Nunca se le olvidaría al señor Havisham la mañana en que fueron a ver á Dick, ni la tarde en que dejaron asombrada a la vendedora de manzanas, cuando se detuvieron ante su tenderete y le dijeron que tendría un toldo, una estufa, un mantón y una cantidad de dinero que a ella le pareció fabulosa.

En cuanto a la entrevista con Dick fue muy emocionante. Le encontraron apesadumbrado, ya que justamente acababa de tener un altercado con Jake. Así es que su asombro fue inmenso

cuando Cedric le comunicó que venían a darle lo que a él le parecía un imposible y que le libraría para siempre de sus continuos disgustos con Jake. El pobre muchacho se quedó mudo.

A todas estas personas tuvo Cedric que explicarles su actual situación, y nadie quería creerle en principio. Pero allí estaba el señor Havisham para dar fe de lo que decía el muchacho. Cedric le comentó esta situación al abogado.

—Veo que al principio nadie me cree. El señor Hobbs pensaba que me había dado una insolación; a mí mismo me molestó mucho saber que iba a ser conde, pero ahora que voy

acostumbrándome, me gusta más. Y todo el mundo igual. Me miran como si no estuviera bien de la cabeza.

Después de esto, y hasta el día de la partida, el joven Cedric pasó la mayor parte del tiempo en la tienda del señor Hobbs. Éste se encontraba muy abatido y sumamente triste.

Cuando su pequeño amigo le llevó triunfalmente el regalo de despedida, un reloj de oro con cadena, el señor Hobbs no acertó a manifestar su agradecimiento de modo adecuado. Colocó el estuche sobre sus rodillas y se sonó las narices varias veces con estrépito.

—Hay una inscripción en el estuche

—explicó Cedric—; yo mismo le dije al hombre lo que tenía que poner.

La inscripción decía:

*Al señor Hobbs de su más
antiguo amigo:
lord Fauntleroy.*

*Siempre que tomes esto en tus
manos, querido amigo, acuérdate
de mí.*

—Quiero que no me olvide usted nunca, señor Hobbs. —Le expresó Cedric—. Yo tampoco le olvidaré.

—No, Cedric, nunca podré olvidarte. Si algún día me doy una vuelta por Inglaterra, no tendré

inconveniente en ir a hacerte una visita, aunque tenga que ir al castillo de un conde.

Por fin se terminaron todos los preparativos. Llegó la hora de la marcha; el equipaje estaba ya en el vapor y el coche esperaba en la puerta a los viajeros. Entonces Cedric sintió una profunda impresión de tristeza, como si se viese abandonado.

Su madre había permanecido mucho tiempo en la habitación; cuando bajó tenía los ojos húmedos y enrojecidos. Cedric corrió hacia ella y la abrazó.

—Estábamos encariñados con esta casa, ¿verdad, querida mamá?, y

siempre la recordaremos —dijo para consolarla.

—Sí, sí —contestó la madre, con voz apagada.

Pero antes de que pudieran darse cuenta ya estaban en el vapor, en medio de la mayor confusión y algarabía: coches que llegaban, pasajeros que venían, otros que no encontraban sus equipajes... Cedric no perdía detalle, y entretanto tramaba un plan para poder dirigirse a los marineros y sacarles alguna información acerca de los piratas. Ya a última hora, apoyado en la barandilla del puente superior, desde donde observaba los últimos

preparativos, le llamó la Atención alguien que forcejeaba por abrirse paso en medio de una masa de gente. Parecía un muchacho. Cuando éste logró aproximarse, Cedric pudo ver que era Dick, que finalmente llegó sin aliento, trayendo de la mano algo de color rojo encendido. Con voz entrecortada le dijo:

—Vengo a despedirte. He llegado corriendo; el negocio marcha de primera y con las ganancias de ayer te compré esto, para que lo uses cuando estés entre los *sportmen*. Se me perdió el papel del envoltorio cuando peleaba por abrirme paso... Es un pañuelo...

Soltó este torrente de palabras como

si fuese una sola frase, y al terminar y oír tocar la campana, dio un salto, mientras gritaba «¡adiós!» y desaparecía de nuevo entre la multitud, antes de que Cedric pudiera decirle nada. Cuando estuvo de nuevo en tierra, Dick agitaba su gorra en señal de despedida. Y Cedric tenía en su mano el pañuelo; era de seda roja, adornado con figuras de cabezas de caballo y herraduras moradas.

El pequeño lord Fauntleroy, inclinado hacia delante, agitaba el pañuelo y gritaba:

—¡Adiós, Dick! ¡Muchas gracias!



El vapor empezó a moverse y la gente aumentó sus gritos de despedida. La madre de Cedric se bajó el velo del sombrero. En tierra, la confusión era grande, pero Dick sólo veía un rostro infantil, con rubios bucles enmarcando su cara y oía una vocecita que decía: «¡Adiós, Dick!», mientras el pequeño lord Fauntleroy se alejaba lentamente de la tierra que le vio nacer para dirigirse hacia la desconocida patria de sus antepasados.

Capítulo IV

LLEGADA A INGLATERRA

FUE durante la travesía cuando la madre le dijo a Cedric que no vivirían juntos. Cedric se puso tan triste que el señor Havisham comprendió el acierto del conde al procurar a la señora Errol una residencia cerca de su hijo, pues de no ser así podría suponerse con razón que el niño no hubiera podido soportar la separación. Pero la señora Errol habló con tal dulzura y cariño a Cedric y le dejó tan convencido de que iba a estar muy cerca de él que, poco a poco, fue cediendo su temor a una verdadera

separación.

—Mi casa no está lejos del castillo, Ceddie —le repetía cada vez que volvían a hablar del asunto—; al contrario, está muy cerca y todos los días podrás venir a verme. Ya verás. Es un sitio muy hermoso. Lo sé porque tu padre me hablaba muy a menudo de ese lugar.

El niño no podía por menos que sentirse perplejo, ante ese estado de cosas que colocaban a su querida madre en una casa y a él en otra.

En realidad, la señora Errol había creído mejor no explicarle las razones de tal arreglo.

—Preferiría —le comunicó al señor Havisham— que nadie le dijese la verdadera causa de nuestra separación, pues no podría comprenderla y se sentiría herido, y estoy segura de que sus sentimientos hacia el conde serán más naturales y afectuosos si ignora que su abuelo me aborrece.

Así fue cómo Cedric sólo supo que existía una razón misteriosa para este arreglo; razón que ahora no podía comprender, pero que le sería explicada cuando fuese mayor. Aunque no podía entenderlo, después de todo la razón era lo que menos le importaba, y poco a poco se fueron desvaneciendo sus

temores, aunque de vez en cuando el señor Havisham le descubría en una de sus actitudes de persona mayor, con la mirada perdida en la lejanía, con una cara muy seria y más de una vez oyó un suspiro impropio para una persona de su edad.

—No me gusta —comentó Cedric en una ocasión en la que mantenía con el abogado una de sus graves conversaciones—. No puede imaginarse usted cuánto me disgusta, pero sé que no todo es felicidad en este mundo y hay que saber soportar las penas con resignación. Mamá quiere que yo viva con mi abuelo porque se le han muerto

todos sus hijos, y esto es muy triste.

Lo que más divertía a las personas que trataban con Cedric era el aire de sabiduría que tomaba cuando se enfrascaba en una conversación. Sus observaciones propias de un adulto, que soltaba de vez en cuando, combinadas con la extremada inocencia propia de su edad, resultaban irresistibles.

Poco a poco el señor Havisham fue encontrando gran encanto en su trato.

—¿Así que vas a querer mucho al conde? —le preguntó a Cedric un buen día.

—Sí —le contestó—. Es mi abuelo, y todos tenemos la obligación de querer

a nuestros parientes; además, es muy bueno conmigo: cuando una persona hace mucho por uno y quiere que tenga todo lo que desea, forzosamente le resulta agradable, aunque no sea su pariente; pero, cuando además de todo esto, es su abuelo, el amor por ella se acrecienta.

—¿Crees que él te querrá? —le insinuó entonces el abogado.

—Yo creo que sí... —le contestó el niño—. Ya ve usted. Yo soy su nieto, y por lo tanto el hijo de su hijo. Además, estoy seguro de que si no me quisiese no me mandaría a buscar.

Las personas que subían a cubierta y

se tumbaban en los sillones procurando distraerse en lo posible, no tardaron en enterarse de la romántica historia del pequeño lord Fauntleroy y se interesaron mucho por el chico que veían corriendo por el buque, paseando con su madre o con el alto y delgado abogado, o conversando con los marineros. Todos le querían y él siempre estaba dispuesto a trabar amistad con cualquiera. De cualquier forma, fue con los marineros con quienes hizo una amistad más grande. Y de ellos escuchó maravillosas historias de piratas, islas desiertas y naufragios, aprendió a hacer complicados nudos y aparejar barquitos

de juguete y se informó de muchísimos detalles acerca del buque de vapor.

Algunas veces, en los días de tiempo desapacible que impedían a los viajeros subir a cubierta, éstos se refugiaban en el salón y rodeaban a Cedric para que les contara historias oídas a los marineros y mientras las relataba con gran entusiasmo, podía decirse que no había viajero más popular en ningún barco de cuantos cruzaban el Atlántico que el pequeño lord Fauntleroy. Siempre estaba dispuesto, en la medida de sus fuerzas, a contribuir al recreo de todos y su mayor encanto consistía en la sencillez con que lo hacía.



Once días después de despedirse de su amigo Dick, llegó a Liverpool, y dos noches después, el coche, al cual habían subido su madre, el señor Havisham y él en la estación en donde les había dejado el tren, se detuvo ante las verjas de Court Lodge. La casa, envuelta en la más profunda oscuridad, no se distinguía bien. Pudo notar, sin embargo, que para llegar a la puerta el coche había recorrido una avenida sombreada por árboles muy altos y hermosos y que de la puerta, abierta de par en par, salía un torrente de luz. Allí estaban María y dos criados más, en actitud correcta,

esperando en el amplio y alegre vestíbulo. Cuando el pequeño Cedric vio a María se echó en sus brazos, exclamando con satisfacción:

—¡Qué bien que ya estés aquí, María!

—Me alegro de encontrarla ya aquí —dijo, por su parte, la señora Errol. Y añadió en voz baja—: Me consuela tanto el verla. Así parece que ya no esté en un país extraño.

La criada estrechó su mano, con el deseo de animarla, comprendía perfectamente el sufrimiento de la pobre madre, recién arrancada de su patria y a punto de ser separada de su único hijo.

El niño, mientras tanto, se había quitado solo el abrigo, como persona acostumbrada a servirse a sí misma, y empezó a mirar a su alrededor. En el vestíbulo vio cuadros, trofeos de caza y otras cosas por el estilo, que le parecieron algo extraordinario, ya que hasta entonces no había visto nada semejante en una casa particular.

—Madre mía —le dijo a su madre—, es una casa preciosa, ¿verdad? Me alegro de que vayas a vivir aquí. Además, es muy grande.

Efectivamente, era muy grande comparada con la vivienda de Nueva York y era hermosa y muy alegre.

Entonces María les condujo arriba, a una espléndida habitación, con cortinas y muebles forrados de bonita cretona.

Y después de arreglarse un poco bajaron al comedor, otra magnífica habitación. Los muebles eran de madera tallada; las sillas, de anchos asientos y altos respaldos, y había vitrinas y estantes con objetos raros. Delante de la chimenea se extendía una enorme piel de tigre y, a ambos lados, estaban Colocadas dos butacas muy cómodas.

En la habitación del piso superior habían encontrado, frente a la chimenea, a una hermosa gata de pelo blanco, y Cedric había hecho que les siguiera

hasta el comedor. Mientras su madre hablaba en voz baja con el señor Havisham, el niño se dedicaba a acariciar a la gata, por lo que, ensimismado en la tarea, no prestaba atención a la conversación que mantenía su madre con el abogado. La verdad es que hablaban adrede en ese tono de voz, y la señora Errol estaba pálida y parecía agitada.

—¿No tiene que irse esta misma noche, verdad? ¿Podrá quedarse hoy conmigo?

—Sí —le contestó el abogado—, no es preciso que se vaya hoy; yo mismo iré al castillo, en cuanto hayamos

cenado, y daré cuenta al conde de nuestra llegada.

La madre miró a su hijo. Estaba tendido sobre la piel de tigre y el fuego de la chimenea iluminaba su pequeña cara y sus hermosos rizos. A su lado estaba la gata, satisfecha; le gustaban las caricias de la suave mano infantil que descansaba sobre su piel.

La señora Errol sonrió débilmente.

—Su Excelencia no sabe el valor que tiene para mí lo que me quita —le dijo al abogado con tristeza—. ¿Quiere hacerme el favor de decirle que prefiero no recibir el dinero?

—¡El dinero! —Exclamó el señor

Havisham—. ¿Se refiere usted a la renta que le ha asignado el conde?

—Sí, eso es. Prefiero no recibirla. Me veo obligada a aceptar la casa y se lo agradezco, porque de esta forma podré estar cerca de Ceddie; pero tengo algún dinero que he ahorrado, lo suficiente para vivir modestamente y poder prescindir de esa renta. Como le soy tan antipática, me parecería como si fuese el precio que me pagaba por cederle a Cedric, cuando mi única razón para hacerlo es anteponer su bien al mío, y también ésta habría sido la voluntad de su padre.

El señor Havisham se acarició la

barbilla.

—Lo que usted me dice es algo difícil de entender; se pondrá furioso y no lo comprenderá.

—Creo que si lo piensa un poco detenidamente, lo entenderá perfectamente. No necesito ese dinero para vivir, y ¿por qué habría de aceptar algo que no necesito, de un hombre que me odia tanto que me quita a mi pequeño... el hijo de su propio hijo?

El señor Havisham reflexionó un momento y luego dijo:

—Cumpliré su encargo.

Poco después sirvieron la cena y se sentaron a la mesa la señora Errol, el

señor Havisham, Cedric y a su lado la gata, que estuvo muy satisfecha ronroneando todo el tiempo que duró la comida. Cuando se hubo terminado de cenar, el señor Havisham se dirigió al castillo, donde fue recibido por el conde.

Éste le esperaba sentado delante de la chimenea, en una enorme butaca, con un pie apoyado sobre un taburete. Por debajo de sus pobladas cejas lanzó una penetrante mirada a su abogado, en la que, tras el velo de su estudiada indiferencia, se pudo descubrir un indudable estado de emoción y de inquietud.

—Muy bien, Havisham, ya has regresado. ¿Qué noticias me traes?

—Lord Fauntleroy y su madre están ya en Court Lodge —contestó el abogado—. Han soportado muy bien el viaje y se encuentran en perfecto estado de salud.

El conde dejó escapar una exclamación de impaciencia y se agitó nerviosamente.

—Me alegro mucho —indicó con aspereza—. Hasta ahora todo va bien; siéntate cómodamente y sírvete una copa de vino; y hazme el favor de no tener prisa. ¿Qué más?

—Su Excelencia se quedará esta

noche con su madre; mañana le traeré aquí.

—Vamos —se impacientaba el conde—, sigue. Ya sabes que no quise que me escribieses nada sobre el asunto y por lo tanto no sé ni una palabra. ¿Cómo es el niño? La madre me tiene completamente sin cuidado. Pero quiero saber qué tal es el niño.

El señor Havisham bebió un sorbo del vino de Oporto que él mismo se había servido, y dijo prudentemente:

—El carácter de un niño de siete años es algo difícil de juzgar.

El conde, hombre de prejuicios muy arraigados, masculló una ordinariez y

exclamó:

—Es memo, ¿verdad? Seguro que es un palurdo. ¡Se le nota que lleva sangre americana en las venas!

—Excelencia, no creo que la sangre de su madre le haya perjudicado en lo más mínimo —contestó fríamente el señor Havisham—. No entiendo mucho de niños, pero éste me parece más bien un chico despierto.

Tenía la costumbre de hablar con prudencia y sin mostrar entusiasmo; y en esta ocasión exageró la nota, ya que le pareció mejor que el conde juzgase por sí mismo, sin prepararlo para la primera entrevista con su nieto.

—¿Está sano? ¿Parece alto para su edad?

—Parece muy sano y está algo crecido para los años que tiene — contestó el abogado.

—¿Es apuesto? ¿Se parece a su padre? —preguntó el conde.

Una imperceptible sonrisa se deslizó por los finos labios del abogado cuando por su imaginación pasó de nuevo la imagen del joven lord tendido sobre la piel de tigre, con el pelo brillante y sedoso extendido y con la cara sonrosada y alegre.

—Sí, Milord, es más bien guapo — contestó—, aunque me temo no ser un

experto en la materia. Pero me parece que le encontrará usted muy distinto a la mayoría de los niños ingleses.

—Estoy convencido de ello. Los niños americanos son unos atrevidos. Más de una vez lo he oído decir.

—En este caso no creo que se pueda hablar de atrevimiento, Excelencia. Apenas he podido precisar en qué se diferencia de los otros niños. Ha convivido más con personas mayores, y quizá le viene de ahí su original mezcla de inocencia y formalidad.

—Atrevimiento americano, ni más ni menos —farfulló el conde—. He oído hablar de eso y ellos lo llaman

precocidad y libertad; yo lo llamo mala educación y atrevimiento.

El señor Havisham bebió más Oporto. No le apetecía discutir con su distinguido cliente; y menos aún cuando, como esa noche, el conde tenía el pie inflamado por la gota. En esas ocasiones lo mejor era no llevarle la contraria. De forma que, por unos instantes, reinó el más profundo silencio.

Por fin el señor Havisham dijo:

—Tengo que transmitirle un recado de la señora Errol.

—No quiero oír recados suyos —gruñó Su Excelencia—; cuanto menos oiga hablar de ella, mucho mejor.

—Es que se trata de algo muy importante —replicó el señor Havisham—. Me encarga que le diga que prefiere no aceptar la renta que usted le ha señalado.

—¿Qué quiere decir con esto? —preguntó el conde, visiblemente sorprendido.

—Dice que no lo necesita, y como las relaciones entre ustedes dos no son amistosas...

—¡No son amistosas! ¡Claro que no! ¡No faltaría más! ¡La aborrezco! ¡Una americana interesada y ordinaria, que debe hablar a gritos! ¡No quiero saber nada de ella!

—Milord —contestó gravemente el abogado—, no puede Usted calificarla de interesada. No ha pedido nada. Ni siquiera acepta el dinero que usted le ofrece.

—No sea usted inocente, Havisham. Esto lo hace para impresionarme. Quiere halagarme y conseguir así que la reciba. Se figura que voy a quedarme pasmado de su talento. Pues, no señor, no tengo por qué admirarla; esto no es más que pura independencia americana. No consentiré nunca que a las puertas de mi propia casa viva como una pobre. Es la madre del muchacho y tiene que vivir de acuerdo con su posición; y lo hará, ya

lo creo que lo hará. Recibirá la renta, quiera o no quiera.

—No tocará ni un penique —replicó el abogado.

—Que haga lo que quiera. Que se lo gaste o que se lo guarde, me da igual; pero la recibirá para que no pueda ir diciendo por ahí que tiene que vivir como una pordiosera, porque yo la tengo abandonada. Lo que quiere es que su Hijo se forme una mala opinión de mí; supongo que ya le Habrá dicho que yo soy muy malo.

—No, señor —dijo Havisham—. Le traigo otro recado que le probará que no es así cómo le he hablado de usted.

—No quiero oírlo —dijo el conde jadeante y sin aliento, sofocado por la ira y por la gota.

—Excelencia, le suplica que no diga nada a lord Fauntleroy que pueda indicarle que usted le separa de su madre por antipatía hacia ella —explicó el abogado, haciendo caso Omiso a las indicaciones del conde—. El niño la quiere mucho y está convencida de que esto bastaría para que se levantase entre ustedes una barrera infranqueable. El niño es demasiado pequeño para poder comprenderlo. Ella desea que ni la más pequeña sombra oscurezca la primera entrevista entre los dos.

El conde cayó pesadamente sobre la butaca; sus ojos relampagueaban bajo sus pobladas cejas.

—Vamos —dijo casi sin aliento—; ¿pretendes hacerme creer que su madre no le ha dicho nada para ponerle en mi contra?

—Ni una palabra, Milord —respondió impasible el abogado—, puedo asegurárselo. El niño piensa que es usted el abuelo más agradable y cariñoso del mundo; nada, absolutamente nada, se le ha dicho que pueda hacerle dudar lo más mínimo de sus virtudes, y como yo seguí todas las instrucciones que usted me dio, le tiene

por un portento de generosidad. La impresión que cause usted sobre lord Fauntleroy dependerá única y exclusivamente de usted mismo; y, si me permite la confianza, le diré que hablarle despectivamente de su madre será el mejor modo para no entenderse en absoluto con el niño.

—¡Báh, bah! —Dijo el conde—. Este niño no tiene más que siete años...

—Sí, pero siete años que ha pasado al lado de su madre —indicó el abogado—; y en ella tiene puesto todo su cariño.

Capítulo V EN EL CASTILLO

ERA ya bastante tarde cuando el carruaje, ocupado por el pequeño Cedric y el señor Havisham, entró en la avenida que conducía al castillo. El conde había ordenado que su nieto llegase a la hora de la cena; y por una razón, que mantenía en secreto, había mandado también que el niño entrase solo en la habitación donde pensaba recibirle.

Mientras el coche recorría la avenida, lord Fauntleroy, apoyado cómodamente en los almohadones,

miraba el paisaje con gran interés. Todo lo que veía le llamaba la atención: el coche, con sus hermosos caballos y relucientes arneses; el cochero tan gordo y el lacayo tan alto...

Cuando el carruaje llegó a la verja que rodeaba los jardines, asomó la cabeza por la ventanilla para ver mejor los enormes leones de piedra que adornaban la entrada. La verja fue abierta por una mujer de aspecto maternal, que salió de una bonita casa cubierta de hiedra. También salieron de la casa dos niños que se quedaron mirando a lord Fauntleroy con los ojos abiertos de par en par. Lord Fauntleroy

se quitó la gorra para saludarles, mientras el coche se alejaba.

—Me ha caído bien esa mujer —ponderó lord Fauntleroy—. Parece que quiere a los niños. Me gustará venir aquí a jugar con sus hijos. ¿Tendrá bastantes para formar una compañía?

El señor Havisham no se atrevió a decir que no le sería permitido trabar amistad con los hijos del portero. Pensó que habría tiempo suficiente para darle esta noticia.

El coche siguió rodando entre los hermosos árboles, que crecían a uno y otro lado de la avenida y extendían sus ramas por encima de ella. Cedric no

había visto en su vida árboles como aquéllos, tan grandes y majestuosos y con ramas que brotaban de los inmensos troncos desde tan abajo. Entonces todavía no sabía que el castillo de Dorincourt era uno de los más hermosos de Inglaterra y que su parque era Uno de los mayores y mejores, con árboles que no tenían rival. Pero lo que sí le decían sus ojos era que todo era muy hermoso. Sentía un extraño y gran placer en la contemplación de la belleza, que entreveía por debajo y entre las ramas caídas... Se levantó varias veces al ver saltar algún Conejo entre el césped y correr con el rabo blanco muy tieso. En

otro momento, una bandada de perdices echó a volar, y entonces empezó a gritar y a palmotear.

—Nunca he visto un sitio más hermoso, señor Havisham. Es más bonito que Central Park.

Estaba aturdido por el tiempo que tardaban en llegar al castillo.

—¿Cuánto hay —preguntó al señor Havisham— desde la verja hasta la puerta del castillo?

—Más de tres millas —contestó el abogado.

—¡Vaya una distancia! ¿A quién se le habrá ocurrido levantar la verja tan lejos de la casa?

Poco después divisaron el castillo, que se alzaba ante ellos con su majestuosa belleza y color ceniciento. Los Últimos rayos de sol ponían deslumbradores reflejos en los cristales de sus numerosas ventanas. Sus muros estaban recubiertos por hiedra; tenía torreones, almenas y torrecillas.

—¡Oh! Parece el palacio de un rey —exclamó, asombrado—; en un libro de hadas vi uno muy parecido.

La puerta principal estaba abierta de par en par, y muchos criados, formados en dos filas, le observaban atentamente. Pensó qué harían allí y admiró impresionado sus libreas. No se daba

cuenta de que estaban allí para rendir los honores al lord que un día iba a heredar todas aquellas propiedades. Sólo dos semanas atrás estaba todavía sentado al lado del señor Hobbs entre las patatas y las latas de melocotón, con las piernas colgando del taburete, de modo que aún le era imposible darse cuenta de que él tuviese alguna relación con todo aquel esplendor. Delante de los criados había una señora anciana, vestida de seda negra. Al entrar Cedric en el vestíbulo, se encontró a su lado, y creyó, por la mirada que le dirigió, que iba a hablarle. El señor Havisham, que llevaba al niño de la mano, se detuvo.

—Éste es lord Fauntleroy, señora Mellon —dijo—. Lord Fauntleroy, ésta es la señora Mellon, el ama de llaves.

Cedric le tendió la mano y sus ojos brillaron de alegría.

—Ah, usted es la que nos mandó la gata. Muchas gracias.

El rostro de la señora Mellon expresó tanta satisfacción como antes la había expresado la sonrosada cara de la portera.

—Hubiese reconocido a Su Excelencia en cualquier parte —le comunicó al señor Havisham—. Es el vivo retrato de su padre. Éste es un día grande, señor Havisham.

Cedric se quedó pensativo intentando averiguar por qué sería éste un gran día, y miró con curiosidad a la señora Mellon.

—La gata dejó aquí dos gatitos preciosos, lord Fauntleroy —explicó el ama de llaves—, y los mandaré al cuarto de jugar de Vuestra Excelencia.

El señor Havisham, entonces, le dijo algunas palabras en voz baja.

—En la biblioteca, señor —contestó ella—. Y ha dado orden de que Su Excelencia entre solo.

Unos minutos después, el ayuda de cámara que acompañaba a Cedric abrió la puerta de la biblioteca y anunciaba:

—Lord Fauntleroy, Milord.

A pesar de lo humilde de su condición, el criado comprendía la importancia del momento en que el muchachito, recién llegado de su país y de su hogar, se presentaba ante el anciano conde, cuyo rango y título había de heredar.

Cedric entró en la estancia. Era una habitación inmensa, espléndidamente amueblada, con las paredes cubiertas de estantes llenos de libros.

Al principio, Cedric creyó que no había nadie en la habitación, pero pronto pudo ver que junto al fuego de la inmensa chimenea y sentado en un gran

sillón había una persona, que ni siquiera se volvía a mirarle. Más, cuando menos, había llamado la atención de alguien.

Junto a la butaca, tumbado en el suelo, había un enorme mastín, casi tan grande como un león, y este imponente animal se levantó para dirigirse hacia el recién llegado con pesados pasos. Entonces, la persona sentada junto al fuego empezó a hablar:

—¡Dougal! —llamó—, ¡vuelve aquí ahora mismo!

El pequeño lord Fauntleroy no sintió ningún temor ya que siempre había sido un muchacho valiente. Puso una mano sobre el collar del perrazo con la mayor

naturalidad del mundo y los dos se dirigieron hacia el conde. Durante el trayecto, Dougal no dejó de olisquear a Cedric. Por fin, el conde se decidió a levantar los ojos. Lo que Cedric vio fue un anciano con el cabello y las cejas blancos como la nieve, y una nariz aguileña, entre dos ojos hundidos y de adusta mirada. Lo que el conde vio fue una graciosa e infantil figura, vestida de terciopelo negro, con un cuello de encaje blanco, unos rizos rubios que rodeaban un rostro varonil, cuyos ojos le dirigían una inocente y amistosa mirada. El corazón del conde, a pesar de ser tan duro, se conmovió

orgullosamente al ver cuán esbelto y hermoso era su nieto y con qué tranquilidad le contemplaba, mientras seguía acariciando a Dougal. Al arisco conde le gustaba que el niño no demostrase temor ni timidez, ni hacia él ni hacia el perro.

—¿Es usted el conde? —Preguntó entonces Cedric—. Yo soy su nieto, el que ha venido con el señor Havisham. Soy lord Fauntleroy —y le tendió la mano, ya que le pareció que era lo más apropiado y cortés que podía hacer, aun cuando se tratase de un conde—. Espero que se encuentre usted bien y me alegro mucho de conocerle.

El conde le estrechó la mano, con un brillo de satisfacción en sus ojos. Estaba tan asombrado que no sabía qué decir.

—¿Así que estás contento de verme?
—preguntó, por fin.

—Sí, señor —contestó Cedric—, muy contento.

Al lado de la butaca había una silla en la que tomó asiento; era una silla muy alta, con un enorme respaldo, y aunque no le llegaban los pies al suelo, se sentía cómodo.

—He estado imaginándome muchas veces cómo sería usted —observó—. En ocasiones, cuando estaba acostado en la litera del barco, pensaba si se parecería

usted a mi padre.

—¿Y me parezco? —preguntó el conde.

—Creo que no, pero yo era muy pequeño cuando él murió y no le recuerdo muy bien.

—Imagino que esto te habrá defraudado, pues —dijo su abuelo.

—¡Oh, no! —Respondió cortésmente Cedric—. Claro que me hubiera gustado que se pareciera a mi padre, pero, por supuesto, es una alegría ver a mi abuelo aun cuando no se parezca en nada a mi padre. Ya sabe usted la admiración que nos causan los parientes. Además —continuó—, todos los chicos quieren a

sus abuelos, sobre todo cuando son tan buenos como usted lo ha sido conmigo.

Los ojos del aristócrata brillaron de nuevo de satisfacción.

—¿Así que he sido bueno contigo?
—preguntó.

—Sí —contestó lord Fauntleroy—, y le estoy muy agradecido por lo de Brígida, por lo de la mujer de las manzanas y por lo de Dick.

—¿Cómo? —se interesó el conde.

—Sí —empezó a explicar Cedric—, son las personas a las que socorrí con su dinero; el dinero que usted indicó al señor Havisham que dispusiera para mis gastos.

—¡Ah! ¿A eso te refieres? ¿Al dinero que te di para tu uso particular? ¿Qué compraste con él? Me gustaría saberlo.

—¡Claro! —Exclamó Cedric—, usted no está enterado de lo de Dick, de lo de la mujer de las manzanas y de lo de Brígida. Se me olvidaba que usted vive muy lejos de ellos. Eran íntimos amigos míos, y como Miguel tenía fiebre... Miguel es el marido de Brígida, y están pasando grandes apuros. Ya sabe usted lo que pasa cuando un hombre se pone enfermo y no puede trabajar y tiene diez hijos. Además, Miguel no se emborracha nunca. Brígida

venía a casa llorando, y la tarde que vino el señor Havisham, ella estaba en la cocina, hablando con mi madre y llorando, porque apenas tenían nada para comer. Normalmente mi madre la socorría cuanto podía y le daba comida. Yo entré en la cocina para saludarla y el señor Havisham me llamó y me dijo que usted le había dado dinero para mí, y corrí y volví a la cocina a llevárselo a Brígida. Con eso se arregló todo; ella no podía creérselo. Por esto le estoy tan agradecido.

Mientras Cedric hablaba, Dougal se había echado al lado de la silla alta. Varias veces se había vuelto para mirar

al chico, como si estuviera interesado en lo que decía. Dougal era un perro muy serio, que no tomaba a la ligera las responsabilidades de la vida. El conde, que conocía muy bien a su perro, le había observado con disimulado interés. Dougal no acostumbraba a entregarse imprudentemente a nuevas amistades, y al conde no dejaba de sorprenderle ver con qué tranquilidad soportaba el animal la mano que le acariciaba.

—Así que esto que me has contado es una de las cosas que hiciste con el dinero —se extrañó el conde—. ¿Y qué más hiciste con él?

—Bueno, también hay lo de Dick; a

usted le gustaría Dick, es tan honrado... Nunca engañaría a nadie, ni pegaría a ningún chico más pequeño que él, y limpia muy bien las botas a los parroquianos, sacándoles todo el brillo que puede. Es limpiabotas.

—¿Y es uno de tus amigos? — preguntó el conde.

—Sí, es un viejo amigo. No es tan viejo como el señor Hobbs. Me hizo un regalo, momentos antes de zarpar.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un pedazo de tela encarnada, cuidadosamente doblado. Era el pañuelo de seda roja que le había regalado Dick.

—Me regaló esto. He pensado

conservarlo siempre. Se puede llevar puesto alrededor del cuello o guardado en el bolsillo. Lo compró con el dinero que ganó —explicaba Cedric—, después de darle yo la parte de Jake y unos cepillos nuevos...

Las impresiones del muy honorable conde de Dorincourt eran indescriptibles. No era un hombre que se asombrara fácilmente, pero lo que ahora escuchaba era tan extraordinario que casi se quedó sin aliento y extrañamente emocionado. Nunca le habían gustado los niños, sobre todo porque nunca había tenido demasiado tiempo para ocuparse de ellos. La idea

que había tenido hasta entonces de los niños era la de un modesto animalito, egoísta, goloso y alborotador en cuanto se le daba la menor confianza. Y nunca se le hubiera ocurrido que su nieto le podía distraer; la única razón que le impulsó a llamarle fue el propio orgullo, que le convencía de que si el muchacho que debía heredar el título de conde se educaba en Nueva York sería una persona muy vulgar. No sentía el más mínimo interés por él ni el más mínimo afecto, y su mayor esperanza había sido encontrarle lo suficientemente presentable y con algo de sentido común. Ahora no podía creer lo que

veían sus ojos. Resultaba demasiada felicidad, para ser cierta, que este niño fuese el chiquillo a quien tanto había temido conocer, el hijo de la mujer que tanto aborrecía. Era tan hermoso, tan valiente y gracioso. Además, no se había asustado ni del perro ni de él mismo. El conde estaba acostumbrado a ver a las personas asustadas y azaradas cuando le hablaban, y creía que su nieto se mostraría cortado o lleno de timidez. Pero Cedric tenía tanto miedo al conde como a Dougal. No era atrevimiento, sino simple inocencia afectuosa, que ignoraba todo motivo para estar azorado o asustado. El conde se había dado

cuenta de que el niño le tenía por amigo y como a tal le trataba, sin desconfiar de él lo más mínimo. El chiquillo demostraba a las claras que no se le había pasado por la imaginación que el conde pudiera portarse mal con él, y sin duda se alegraba de verle. Demostraba, a su modo infantil, que deseaba agradar y distraer a su abuelo. A pesar de ser tan mundano y desagradable y de tener un corazón tan duro, el conde no podía evitar un sentimiento secreto de placer, ante la confianza que inspiraba a su nieto.

El anciano, pues, se arrellanó en la butaca y animó a su pequeño

acompañante a hablarle más de sí mismo, mientras le observaba con los ojos llenos de satisfacción.

Lord Fauntleroy se mostró dispuesto a contestar a todas sus preguntas y charlaba con mucha compostura. Le contó todo lo referente a Dick y Jake, a la señora de las manzanas y al señor Hobbs. Hablando y hablando, llegó al tema de la revolución americana, y ya estaba entusiasmándose cuando de pronto recordó algo y se calló repentinamente.

—¿Qué te pasa? —Le preguntó su abuelo—. ¿Por qué no sigues?

—Es que se me ha ocurrido que

quizás a usted le disguste lo que iba a decir —contestó—. Puede ser que hubiese allí alguien de su familia. Me he olvidado que usted es inglés.

—Puedes seguir. No hubo nadie de mi familia allí. Pero también te has olvidado de que tú eres inglés.

—¡Oh, no! —Protestó Cedric con viveza—, yo soy americano.

—No, tú eres inglés, tu padre era inglés —replicó el conde muy serio.

Al conde le divertía decir esto, pero a Cedric no le hacía ninguna gracia. Al chico no se le había ocurrido nunca que tuviera más patria que América y se sintió enrojecer como un tomate.

—Yo nací en América, y quien nace en América es americano —protestó Cedric—. Y perdóneme por lo que voy a decirle: el señor Hobbs me dijo que si había otra guerra yo tendría que luchar del lado de los americanos.

El conde soltó entonces una carcajada.

—¿Y tú lo harías? —le preguntó.

Cedric no tuvo ocasión de contestar a esta pregunta, ya que el criado anunció que la comida estaba servida. El niño bajó de su silla, se acercó a su noble abuelo y, fijándose en el pie gotoso del anciano, le dijo:

—¿Me permite que le ayude? Puede

usted apoyarse en mí. Cuando el señor Hobbs se lastimó un pie con un saco de patatas, solía apoyarse en mí.

El conde miró a su valiente nieto, de pies a cabeza.

—¿Te encuentras con suficientes ánimos? —le preguntó.

—Me parece que sí —contestó el chico—. Soy fuerte y ya tengo siete años. Podría usted apoyarse en su bastón con una mano y con la otra en mi hombro. Dick dice que tengo mucho músculo para mi edad.

—Bien —dijo el conde—, intentémoslo.

Cedric le pasó el bastón y le ayudó a

levantarse. Normalmente era el criado quien le ayudaba, al tiempo que aguantaba la lluvia de juramentos si el anciano sentía dolores exacerbados. El conde no era siempre una persona muy fina y muchas veces los gigantescos criados que le rodeaban se estremecían dentro de sus imponentes libreas. Pero esta tarde el conde no juraba, aunque la gota le atormentaba cruelmente. Se le había ocurrido hacer un experimento: se levantó poco a poco y se apoyó sobre el pequeño hombro que tan valerosamente le ofrecía su nieto. Éste, sin perder de vista el pie enfermo, dio con cuidado un paso hacia delante.

—Apóyese bien —le dijo—. Iré muy despacio.

Si el conde se hubiera apoyado sobre el hombro de su criado, hubiera dejado reposar todo el peso sobre su bastón. Pero esta vez quería probar la fuerza de su nieto, por lo que hizo todo lo contrario. Se apoyó más en el hombro de Cedric para dejar sentir a su nieto el peso que llevaba; y tanto lo notaba éste que, después de dar algunos pasos, su cara se enrojeció y el corazón empezó a latirle con violencia. Pero se esforzó valientemente, recordando lo que Dick solía decirle respecto a su musculatura.

—No tema usted apoyarse sobre mí

—dijo jadeante—, voy bien... si... no hay... que andar... demasiado. Espero... que... a usted... no le... duela... mucho el pie. ¿Falta... mucho... todavía?

Ciertamente, el comedor no estaba muy lejos, pero a Cedric le parecía que no llegaba nunca a la mesa. La mano que se apoyaba sobre su hombro parecía más pesada a cada paso que daban; pero endureció sus músculos infantiles y sostuvo la cabeza erguida mientras daba ánimos al conde, que cojeaba a su lado.

Junto a ellos marchaba el perro, y detrás el criado. Este puso varias veces una cara muy rara, mientras observaba

al niño, esforzándose cuanto podía por soportar el peso que voluntariamente se había ofrecido a llevar.

Al entrar en el comedor, Cedric pudo ver que era muy grande y suntuoso. Por fin llegaron a su destino; la mano del conde dejó libre el hombro del pequeño y el anciano se sentó.

Cedric sacó el pañuelo de Dick y se enjugó la frente.

Poco después había terminado de comer. El niño fue el primero que acabó. Se recostó cómodamente y dirigió una mirada escrutadora alrededor del comedor.

—Debe usted de estar muy orgulloso

de su casa —comentó—; es preciosa. Claro que, como tengo solamente siete años, no he visto muchas...

—¿Y te parece que debo sentirme orgulloso de ser el dueño de esto?

—Me parece que cualquiera se sentiría orgulloso —contestó lord Fauntleroy—. Yo lo estaría si fuera mi casa, ¡todo lo que a usted le rodea es magnífico! Pero... esta casa es demasiado grande para dos personas.

—Es bastante grande para dos —reconoció el conde—. ¿A ti te parece demasiado grande?

—Pensaba —explicó Cedric— que si en ella viviesen dos personas que no

fuesen muy amigas, se sentirían a veces muy solas.

—¿Crees tú que yo seré un buen camarada? —preguntó su abuelo.

—Sí —contestó el niño—, me parece que sí. El señor Hobbs y yo éramos grandes amigos; era mi mejor amigo, quitando a mi queridísima.

El conde frunció ligeramente el ceño.

—¿Quién es tu queridísima? —preguntó.

—Mi madre —contestó lord Fauntleroy con una voz tan baja y tan dulce que apenas se le oyó.

Posiblemente estuviera algo

cansado, pues ya era casi la hora de acostarse, y además era normal, después de todas las emociones de los últimos días. Seguramente esta sensación de cansancio fue lo que le recordó que por primera vez no dormiría en su casa, guardado amorosamente por su «queridísima». No podía olvidarla, y cuanto más pensaba en ella, menos ganas tenía de hablar. Al acabar la comida, el conde le vio preocupado, pero Cedric se condujo valerosamente, y al volver a la biblioteca, el conde, sostenido por el criado, se apoyaba con una mano sobre el hombro de su nieto, aunque no tan pesadamente como a la ida.

Cuando el criado les dejó solos, Cedric se sentó sobre la alfombra junto a Dougal. El conde le observaba; la mirada del muchacho era triste y pensativa y una o dos veces se le escapó un suspiro.

—Fauntleroy —dijo por fin su abuelo—, ¿en qué estás pensando?

El niño levantó la vista e hizo un esfuerzo supremo por sonreír.

—Estaba pensando en mamá —dijo—. Y me parece que será mejor que me levante y de alguna vuelta por la habitación.

Empezó a caminar por la habitación y entonces Dougal se levantó y empezó a

seguirle. El niño le puso una mano sobre la cabeza y le comentó al conde:

—Es un perro muy bueno; es mi amigo y me comprende.

—¿Qué es lo que comprende? —preguntó su abuelo.

—Nunca he dormido fuera de mi casa —dijo el muchacho, mirándole con sus ojos negros embargados por la tristeza—. Comprenderá usted que es natural que me sienta raro la primera vez que paso la noche en el castillo de otra persona, en lugar de en mi casa. Pero mamá no está muy lejos. Me dijo que lo recordase... y... y tengo siete años... y puedo mirar el retrato que me dio.

Se había acercado a la butaca del conde y en el camino había sacado un pequeño estuche, forrado de terciopelo morado. Se apoyó en el brazo de la butaca, con tanta naturalidad como si el brazo de la butaca hubiese sido fabricado para que los niños descansaran en él.

—Aquí está —dijo abriendo el estuche y mirando al conde muy sonriente.

El conde frunció el ceño; no quería ver el retrato, pero a pesar suyo lo miró y vio una cara joven y bonita, una cara muy parecida a la del niño que tenía a su lado.

—Supongo que la querrás mucho.

—Sí —contestó sencillamente lord Fauntleroy—. Muchísimo. Ya sabe usted que el señor Hobbs es muy amigo mío, y también lo son Dick, Brígida, Miguel y María, pero mamá..., mamá es mi amiga íntima y nos lo contamos todo. Mi padre me encargó que la cuidase, y cuando sea un hombre, trabajaré para ganar mucho dinero para ella.

—¿Qué piensas ser cuando seas mayor? —preguntó el abuelo.

El joven niño se dejó caer sobre la alfombra, sentado, con el retrato en la mano. Parecía meditar seriamente su respuesta.

—Había pensado en dedicarme al negocio de ultramarinos con el señor Hobbs —dijo, por fin—. ¡Pero me gustaría tanto ser presidente!

—Te mandaremos a la Cámara de los Lores en lugar de esto —le comentó su abuelo.

—Bueno —asintió lord Fauntleroy—. Si no puedo ser presidente y eso que me propone es un buen negocio, lo mismo me da. El de ultramarinos es a veces un negocio muy aburrido.

El conde no volvió a hablar; seguía mirando al niño, que se había quedado callado a su vez, sumido de nuevo en sus pensamientos. Dougal dormía, con su

enorme cabeza apoyada sobre las patas.

Media hora después el señor Havisham fue introducido en la estancia. El conde seguía recostado en la butaca; se movió al ver entrar al señor Havisham y levantó la mano, indicándole que no hiciera ruido; parecía haber hecho este ademán involuntariamente. Dougal seguía durmiendo, y cerca del perro, dormido también y apoyada la rizada cabeza sobre el brazo, estaba el pequeño lord Fauntleroy.

Capítulo VI

EL CONDE Y LORD FAUNTLEROY

CUANDO a la mañana siguiente se despertó Cedric, los primeros ruidos que llegaron a sus oídos fueron el chisporrotear de la chimenea y el murmullo de unas voces.

—Tenga usted cuidado, Dawson, de no decirle nada de esto —oyó que decían—. El desconoce la razón por la que ella no vive aquí y debe seguir desconociéndola.

—Ya que es Su Excelencia quien lo manda, tendré que obedecer —contestó otra voz—. Pero si me perdona usted la

libertad, señora, aquí, entre nosotros, y aunque yo sólo sea una humilde criada, me atrevo a decir que esto es una crueldad. Separar a esa pobre viuda de su hijo no está bien. Además, Juan y Tomás dijeron anoche en el comedor de la servidumbre que ni ellos ni ningún otro caballero de librea habían visto jamás a alguien que se comportara de manera tan amable y cariñosa como lo hacía ese inocente niño con su abuelo, lo mismo que si estuviera comiendo con su mejor amigo; y el conde se mostraba tan suave como una seda, cuando todos sabemos que es todo lo contrario.

Cedric se dio la vuelta en la cama y

abrió los ojos.

En la habitación vio a dos mujeres. El cuarto era muy claro y alegre. El día anterior no lo había podido ver, ya que le llevaron dormido a la cama. La chimenea estaba encendida y el sol penetraba por las ventanas enmarcadas de hiedra. Las dos mujeres se acercaron a Cedric y entonces el niño reconoció a la señora Mellon, el ama de llaves, acompañada de una mujer de unos cuarenta años, de agradable y bondadoso rostro.

—Buenos días, Milord —dijo la señora Mellon—. ¿Ha dormido bien, Vuestra Excelencia?

Lord Fauntleroy se restregó los ojos sonriendo.

—Buenos días —contestó—. No sabía que estaba usted aquí.

—Anoche el señor se quedó dormido y le trajeron a su cuarto. Éste es vuestro dormitorio, Excelencia —explicó la señora Mellon—, y ésta es Dawson, a quien han destinado a su servicio.

Cedric se sentó en la cama y tendió la mano a Dawson, con la misma espontaneidad con que se la había tendido al conde.

—¿Cómo está usted, señora? Le agradezco mucho que venga a cuidarme.

—Vuestra Excelencia puede llamarla sencillamente Dawson — indicó el ama de llaves sonriendo—. Está acostumbrada a que la llamen por el apellido.

—¿Señorita Dawson o señora Dawson? —preguntó Cedric.

—Solamente Dawson —dijo la propia interesada, sin dejar de sonreír—. ¿Quiere Vuestra Excelencia levantarse ahora y permitirme que le vista, para después desayunarse en la sala de los niños?

—Hace muchos años que sé vestirme solo —contestó Cedric—. Mamá me enseñó. No teníamos más

servienta que María, que debía ocuparse de todo, hasta de lavar, así es que había que hacer lo posible para aligerar su trabajo. También puedo bañarme solo, si después hace usted el favor de pasar revista a las orejas.

Dawson y el ama de llaves cruzaron una mirada.

—Dawson hará todo lo que Vuestra Excelencia le mande —le dijo la señora Mellon.

—Gracias —contestó lord Fauntleroy—. A veces los botones se ponen un poco pesados y tengo que pedir ayuda.

Cuando ya estuvo vestido, pasó a

otra habitación para desayunarse; pero primero tuvo que cruzar una antesala que, por lo que se enteró, también pertenecía a una de sus habitaciones privadas. Un sentimiento de pequeñez se apoderó del joven lord Fauntleroy, y así se lo comunicó a Dawson. Esta hizo lo posible por quitarle importancia al asunto, y trató de ocupar el pensamiento de Cedric en otras cosas.

—Pues espere a que Vuestra Excelencia termine el desayuno y entonces le enseñaré el otro cuarto.

Naturalmente, le asaltó la curiosidad y se aplicó al desayuno para terminar cuanto antes. Le parecía que en la otra

habitación debía de haber algo extraordinario, porque Dawson tenía un aire muy grave y misterioso.

—Bueno —dijo, bajándose rápidamente de la silla—, ya he terminado. ¿Puedo ir a verlo ahora?

Dawson dijo que sí y se dirigió al otro cuarto con muchísimo misterio. Fauntleroy se sentía verdaderamente intrigado, y al abrir Dawson la puerta miró lleno de asombro a su alrededor.

Se quedó mudo, con las manos metidas en el bolsillo, rojo como una amapola, contemplando inmóvil lo que tenía ante sí.

La habitación era inmensa como, por

lo visto, lo eran todas las del castillo, y a él le parecía más bonita que las demás, aunque en diferente estilo. Los muebles no eran tan antiguos ni pesados como los de las habitaciones de la planta baja; las cortinas, las alfombras y los papeles de las paredes eran más alegres; había estanterías cargadas de libros y las mesas estaban cubiertas de juguetes.

—Parece el cuarto de un niño —dijo cuando por fin recobró el habla—. ¿De quién es todo esto?

—De Vuestra Excelencia —contestó Dawson—. Vaya a mirarlo de cerca.

—¿Mío? —Gritó Cedric—. ¡Cómo!

¿Son más todas estas cosas? ¿Quién me las ha regalado? ¡Oh, ya sé! Ha sido mi abuelo.

—Sí, señor, efectivamente, ha sido el señor conde —dijo Dawson—. Y si Vuestra Excelencia se porta bien y no se inquieta por nada, si se divierte y siempre está contento, el señor conde le dará todo lo que le pida.

Fue una mañana emocionante. Había infinidad de cosas por examinar, e incontables artilugios por probar.

Pero el rostro de Dawson no estaba muy alegre. Sabía que su señor, el conde, había dispuesto todo aquello con la única intención de que el niño se

olvidase por completo y rápidamente de su madre. A ella esto no le hacía ninguna gracia.

Aquella mañana el conde no había salido de su habitación. Había pasado mala noche. Al mediodía, después del almuerzo, mandó llamar a su nieto. Fauntleroy obedeció enseguida. Bajó la amplia escalera a paso ligero y penetró rápidamente en la habitación de su abuelo.

—Estaba aguardando a que me llamase —dijo—. Hace mucho rato que estoy preparado. ¡Le estoy muy agradecido por todos sus regalos! No puede usted figurarse lo contentísimo

que estoy. Me he pasado toda la mañana jugando con ellos.

—¿Te gustan? —preguntó el conde.

—Me gustan tanto que no sé expresarlo —dijo Fauntleroy con la cara radiante de alegría—. Hay un juego parecido al baseball, pero se juega con trocitos de madera blancos y negros y se lleva la cuenta de los tantos con bolitas de cristal pasadas por un alambre. He querido enseñar a jugar a Dawson, pero no acaba de entenderlo. Ya ve usted, como es una señora, no ha jugado nunca al baseball; además, creo que no se lo debo de haber explicado muy bien. Pero usted sí sabrá las reglas del baseball,

¿no?

—Creo que no —contestó el conde—. ¿Es un juego americano? ¿Se parece al cricket?

—No he visto nunca jugar al cricket —replicó el niño—, pero el señor Hobbs me llevó varias veces a ver partidas de baseball. ¡Es un juego espléndido y muy emocionante!

Para el anciano conde, tener a un niño cerca de él era un nuevo entretenimiento. Todavía estaba sonriéndose cuando Cedric volvió con la caja del juego entre los brazos y con un profundo interés reflejado en su rostro.

—¿Puedo traer esta mesita aquí al lado de su butaca?

—Llama a Tomás y él te la traerá — le contestó el conde.

—Puedo hacerlo yo mismo, no pesa mucho.

—Muy bien —y el conde sonrió de nuevo.

—Es muy interesante este juego. Usted puede quedarse con los blancos y yo cogeré los negros.

Y empezó a explicarle el reglamento del juego. Y una vez dispuesto todo empezaron a jugar.

Si una semana antes se hubiera atrevido alguien a decir al conde que

llegaría un día en que olvidaría su gota y su mal genio, entretenido con un juego infantil sobre un cartón de vivos colores, con trocitos de madera, y teniendo por contrincante a un niño de cabello rubio, de seguro que se hubiera mostrado muy poco amable, y sin embargo lo cierto es que, cuando Tomás abrió la puerta para anunciar una visita, el conde se había olvidado por completo de sí mismo.

El visitante era un señor anciano: el cura del pueblo. Tanto se sorprendió a la vista de la escena, que dio un paso atrás y estuvo a punto de tropezar con Tomás, quien todavía no había cerrado la

puerta.

El señor Mordaunt, el cura, había ido aquel día al castillo para hablarle de un caso en extremo apremiante, y mientras caminaba por la avenida, aún más temeroso que otras veces de su visita, por dos razones.

La primera, era que sabía que Su Excelencia llevaba varios días sufriendo intensos dolores y estaba de un humor de perros, tanto que hasta el pueblo llegaba la noticia, por medio de una sirvienta que tenía una hermana en el pueblo. La señora Dibble (éste era el nombre de la tendera del pueblo, hermana de la sirvienta del castillo), estaba

perfectamente enterada de todo lo que ocurría en el castillo, pues su hermana, Juana Shorts, era una de las primeras doncellas y se llevaba muy bien con Tomás.



Al señor cura le llegaban todos los rumores, pues no había cosa en la que no se criticara al conde; su mal comportamiento era motivo inagotable de conversación siempre que sus feligresas se reunían a tomar el té.

La segunda razón era peor que la primera, por ser más próximo su origen y mayor su trascendencia. Nadie ignoraba la cólera que experimentó el conde al recibir la noticia de la boda de su hijo con la señorita de compañía norteamericana; tampoco nadie había olvidado la crueldad con que había tratado al arrogante, alegre y amable

joven (único miembro de la familia que gozaba de generales simpatías), muerto en tierra extraña, pobre y abandonado de su propio padre. Todos sabían cuánto aborrecía el conde no sólo a la desgraciada viuda, sino también a su propio nieto, al que nunca había querido ver hasta que, muertos también sus otros dos hijos, se encontró sin otro heredero.

El iracundo y soberbio anciano creía que nadie penetraba sus pensamientos. No imaginaba que nadie hubiese osado adivinarlos, y él evitaba hablar de todo lo que pensaba y sentía; pero sus criados le observaban y traducían las expresiones que reflejaba su rostro. Sus

malos humores y sus tristezas eran comentadas en el comedor de la servidumbre. Tomás les refería a Juana, al cocinero, al mayordomo, a las doncellas y a los demás criados que, en su humilde opinión, el viejo estaba peor que de costumbre, pensando en el chico del capitán y temiendo que fuera una deshonra para su estirpe.

Mientras el señor Mordaunt caminaba bajo los hermosos árboles de la avenida, recordaba que este problemático muchachito había llegado al castillo la tarde anterior y que había nueve posibilidades contra una de que se realizasen los mayores temores de Su

Excelencia, y veintidós posibilidades contra una de que, si el pobre chico le había desilusionado, el conde siguiera furioso y dispuesto a descargar su cólera sobre el primer mortal que se le pusiese por delante; y este infortunado mortal sería tal vez su reverenda persona.

Se puede imaginar, por supuesto, cuál fue su pasmo cuando, al abrir Tomás la puerta de la biblioteca, lo primero que llegó a su oído fue la risa de un niño.

Y allí estaba la butaca del conde, el taburete sobre el que reposaba el pie del enfermo, una mesita con un juego, y muy cerca del conde, tan cerca que tenía un

brazo apoyado sobre su pierna, un niño con la cara radiante de alegría y los ojos brillándole de alegría.

Y fue entonces cuando los dos se dieron cuenta de que no estaban solos. El conde miró a su alrededor y frunció el entrecejo, como acostumbraba; pero cuando identificó al intruso, con gran sorpresa por parte del señor cura, no puso la cara tan desagradable como otros días. Es más, por el momento parecía haberse olvidado totalmente de mostrar su desagrado y su molestia.

—Buenas tardes, señor cura —dijo ásperamente, sí, pero tendiéndole la mano con relativa cordialidad—. Cómo

ve usted, he encontrado una nueva ocupación.

Con la otra mano empujó hacia delante a Cedric. Quizás en lo más profundo de su corazón había algún sentimiento de orgullo satisfecho al pensar en el heredero que presentaba al señor Mordaunt, porque sus ojos brillaban con algo que parecía placer, mientras decía:

—Le presento al nuevo lord Fauntleroy... Fauntleroy, este señor es nuestro párroco.

Fauntleroy miró al cura y le tendió la mano.

—Tengo mucho gusto en conocerle,

caballero —dijo, recordando las palabras que había oído en cierta ocasión al señor Hobbs cuando había saludado ceremoniosamente a un cliente.

El señor Mordaunt retuvo entre las suyas la mano del niño, mientras le miraba y se le escapaba una sonrisa. Desde el primer momento el pequeño despertó sus simpatías; mirando a Cedric, el cura olvidó por completo la presencia del conde.

—Encantado de conocerle, lord Fauntleroy —dijo el señor cura—. Ha hecho usted un largo viaje y muchas personas se alegrarán sinceramente al saber que ha llegado usted felizmente.

—Sí, gracias, fue largo. Pero como mamá estaba conmigo lo pasé estupendamente.

—Siéntese, señor cura —ordenó el conde.

El señor Mordaunt se sentó y miró alternativamente al niño y al conde.

—Vuestra Excelencia debe de sentirse de muy enhorabuena —indicó con entusiasmo el señor Mordaunt. Pero era evidente que el conde no quería revelar sus impresiones sobre el asunto.

—Es igual que su padre —comentó desabridamente—. Esperemos que se conduzca con más sentido común que él. Pero, dejemos esto y dígame, ¿qué es lo

que le ocurre, señor Mordaunt? ¿Quién es hoy el atribulado?

Aunque la cosa se le presentaba al señor cura mejor de lo que se había figurado, dudó un momento antes de contestar.

—Higgins —dijo al fin—. Higgins, el de la granja de Edge. Es muy desgraciado. Este último otoño estuvo enfermo y ahora tiene a sus hijos con escarlatina. Siento no poder decir que se trata de un hombre prudente y honrado, pero también es verdad que ha tenido muy mala suerte; así es que está muy atrasado en sus pagos. Newick le ha dicho que si no paga su renta deberá

marcharse, y naturalmente esto le ocasionaría muchos trastornos. Además, su mujer también está enferma, y el pobre fue ayer a verme, suplicándome que intercediese ante Vuestra Excelencia para que le diesen tiempo. Dice que si Vuestra Excelencia tiene paciencia, podrá ir pagando poco a poco.

—Todos dicen lo mismo —contestó con evidente mal humor el conde.

Fauntleroy se adelantó hacia ellos. Había estado escuchando atentamente la conversación entre el cura y su abuelo, pensando en cuántos niños tendría el tal Higgins, y si la fiebre escarlatina les dolería mucho. Sus ojos, abiertos como

manzanas, estaban fijos en el señor Mordaunt, y escuchaba con gran interés sus palabras.

—Higgins tiene muy buena voluntad —dijo el señor cura, intentando reforzar su defensa.

—Como arrendatario es una calamidad —replicó el conde—; siempre está retrasado en el pago de la renta, según me dice Newick.

—Ahora está muy agobiado y pasando por malos momentos. Quiere mucho a su mujer y a sus hijos y, si le quitan la granja, se van a morir materialmente de hambre. No puede alimentarlos debidamente. Dos de los

niños están muy débiles —afirmó el señor cura.

Al oír esto, Cedric dio otro paso hacia delante, diciendo:

—Eso mismo le pasaba a Miguel.

El conde se estremeció ligeramente.

—Me había olvidado de ti —dijo—.

Olvidé que tenemos aquí a un filántropo.

¿Quién es Miguel?

—Es el marido de Brígida, que estaba muy enfermo con fiebre reumática —contestó el niño—. Y no podía pagar la casa, ni comprar vino, ni otras cosas, y para socorrerle me dio usted dinero.

El conde frunció el ceño de un modo tan particular que no resultaba

desagradable, y mirando al señor cura dijo:

—No sé qué tal propietario llegará a ser. Dije a Havisham que tenía que darle al muchacho todo lo que desease y, por lo visto, lo que quería era dinero para regalárselo a estos pordioseros.

—No eran pordioseros —protestó Cedric—. Miguel es un habilidoso ladrillero y todos trabajan.

—¡Oh! —Exclamó el conde—. No son pordioseros; son hábiles ladrilleros, limpiabotas y Vendedores de manzanas.

Miró al chico en silencio durante unos instantes; se le estaba ocurriendo de nuevo un pensamiento, que si bien no

era noble del todo, tampoco era malo.

—Ven aquí —dijo, finalmente.

Fauntleroy se le acercó cuanto pudo, cuidando de no rozarle el pie enfermo.

—¿Qué harías tú en mi lugar? —preguntó Su Excelencia.

En este momento el señor cura experimentó una notable impresión. Como era muy observador y había vivido muchos años en Dorincourt, conocía bien a todos sus habitantes, tanto a los labradores ricos como a los pobres y a las gentes del pueblo, lo mismo a los honrados y trabajadores que a los perezosos.

Claramente comprendió el poder tan

grande, para bien y para mal, que tendría en el porvenir aquel niño que estaba ante él, de pie, con las manos metidas en los bolsillos y los ojos abiertos de par en par. También se le ocurrió que, incluso ahora ya tenía cierto poder, a través de su influencia sobre el orgulloso anciano y que, si no fuese tan ingenuo y de tan buenos sentimientos, podía haber sido la peor de las desgracias, no para los demás, sino para el mismo pequeño.

Mientras tanto, Fauntleroy se había acercado más a su abuelo, y poniéndole una mano sobre la rodilla, con la mayor confianza y cariño del mundo, dijo:

—Lo que yo haría sería permitirle quedarse y le daría todo lo que necesitase para sus hijos; pero yo no soy más que un chiquillo.

Después de una pequeña pausa su rostro se iluminó y añadió:

—Usted puede hacer todo lo que quiera, ¿no?

—¡Hum! —Contestó Su Excelencia, mirándole—. ¿Es eso lo que crees? —y verdaderamente eso no parecía disgustarle en modo alguno.

—Quiero decir que puede usted darle lo que quiera a todo el mundo —dijo Fauntleroy—. ¿Quién es el señor Newick?

—Mi administrador —contestó su abuelo—. Y debo confesar que algunos de mis arrendatarios no le profesan demasiadas simpatías.

—¿Quiere usted escribirle ahora? — Le preguntó Cedric—. ¿Le traigo la pluma y el tintero? Puedo retirar el juego de la mesa.

El conde, que seguía mirándole, tardó un poco en contestar.

—¿Sabes escribir? —preguntó por fin.

—Sí —contestó Cedric—; pero no muy bien.

—Venga, retira eso de la mesa —ordenó el conde—, y trae de mi

escritorio pluma, tintero y papel.

El interés que sentía el señor cura se acrecentó todavía más. Fauntleroy cumplió diestramente el encargo de su abuelo y en muy pocos minutos un pliego de papel, una pluma y un enorme tintero estuvieron preparados.

—Ea —comunicó con alegría—, ya puede usted escribir.

—No, señor —le contestó su abuelo—, eres tú quien va a escribir.

—¡Yo! —exclamó Cedric, poniéndose muy colorado—. ¿Acaso servirá de algo si está escrito por mí? No sé escribir todas las palabras correctamente, cuando no tengo al lado

el diccionario o alguna cosa que me corrija.

—Servirá —contestó el conde—. Higgins no se quejará de tu ortografía, y yo no soy tan filántropo como tú. Moja la pluma y empieza.

El niño tomó la pluma, la metió en el tintero y, apoyándose sobre la mesa, se dispuso a escribir.

—¿Qué pongo? —preguntó.

—Puedes escribir: «No hay que molestar a Higgins, por ahora». Y firmar: «Fauntleroy» —contestó el conde.

El niño mojó la pluma en el tintero y se dispuso a escribir. Fue una ardua

tarea, que requirió bastante tiempo y a la cual se entregó en cuerpo y alma. Al cabo de un rato el manuscrito quedó terminado y se lo entregó a su abuelo con una sonrisa algo angustiosa.

—¿Cree usted que servirá? —se atrevió a preguntar.

El conde lo leyó y una enigmática sonrisa afloró a sus labios.

—Sí, tenlo por seguro. Higgins lo encontrará totalmente satisfactorio.

Entonces se lo entregó al señor Mordaunt. Esto fue lo que el cura pudo leer:

Querido señor Newick aga ustedé

el favor de no molestar al señor Higgins por ahora lo que le agradecerá.

Su afectísimo

Fauntleroy.

—El señor Hobbs, el tendero, siempre terminaba así sus cartas —comentó Cedric—, y me ha parecido mejor decir «haga usted el favor». ¿Está bien la ortografía?

—Bien, no puede decirse que sea muy académica —indicó el conde.

—Ya me lo temía. Debí preguntar primero. Es lo que pasa siempre con las

palabras difíciles: hay que buscarlas en el diccionario para estar seguro de no equivocarse. La volveré a escribir.

Y efectivamente, volvió a escribir la carta. Para evitar las faltas de ortografía, le pedía al conde que le deletreara las palabras dudosas.

Al retirarse el cura con la carta, se llevaba además una impresión mucho más agradable y optimista que ninguna de las que anteriormente le habían acompañado en su regreso por la hermosa avenida del castillo.

Cuando se fue, lord Fauntleroy, que le había acompañado hasta la puerta, volvió junto a su abuelo y le preguntó:

—¿Puedo ir a ver ahora a mamá?

Creo que ya me estará esperando.

El conde permaneció unos instantes callado.

—En la cuadra hay algo que tienes que ver —dijo por fin—. Toca el timbre.

—Se lo agradezco mucho, pero si me hace usted el favor de dejarlo para mañana me parece que será lo mejor, porque mamá debe de hacer ya mucho que me espera.

—Muy bien —dijo el conde secamente—. Daremos orden de que enganchen. Lo que te quería enseñar era una jaquita.

Fauntleroy se quedó mudo de

emoción; por fin pudo exclamar:

—¡Una jaquita! ¿De quién es?

—Tuya —contestó su abuelo.

—¡Mía! —Gritó Cedric—. ¿Cómo todo lo que hay arriba?

—Completamente tuya. ¿Quieres verla? —le preguntó el conde—. ¿Doy orden de que la traigan al jardín?

La alegría enrojeció todavía más las mejillas de lord Fauntleroy.

—¡Nunca me imaginé que tendría una jaquita! ¡Qué contenta se va a poner mamá!

—¿Quieres verla? —repitió el conde de Dorincourt.

—¿Qué si quiero verla? Tengo

muchas ganas de verla, tantas que apenas puedo contenerme de echar a correr, pero temo que sea ya demasiado tarde.

—¿Es imprescindible que vayas a ver a tu madre esta tarde? ¿No puedes dejarlo para otro día?

—Imposible —contestó el niño, vivamente—. Se habrá pasado toda la mañana pensando en mí, lo mismo que yo he estado pensando en ella.

—Bien, pues llama al timbre —dijo el conde.

Permanecía bastante silencioso en el carruaje mientras bajaban la avenida; en cambio, el niño no cesaba de hablar de

la jaquita, por supuesto. ¿De qué color era? ¿Qué tiempo tenía? ¿Cómo sería de grande? ¿A qué hora se podría levantar al día siguiente para verla?

—¡Mamá se va a poner contentísima! —Le explicaba al abuelo—. ¡Le va a agradecer mucho a usted que sea tan bueno conmigo! Ella sabe cuánto me gustan las jaquitas, pero nunca creímos que pudiera tener una. Creo que usted es la persona más buena del mundo entero. Siempre está usted pensando en los demás y haciéndoles favores. Mamá dice que esto es lo más importante: no pensar en uno mismo sino en los demás. Así es, ¿verdad?

Su Excelencia se quedó tan atónito al verse pintado con tan bellos colores que no supo qué contestar. Sabía que debía reflexionar antes de responder. ¿Qué magia poderosa era ésta que por medio de la sencilla bondad de un niño transformaba cada uno de sus malos y egoístas impulsos en otros buenos y generosos?

—¡Hace usted felices a tantas personas! —Continuó el niño—, a Miguel, a Brígida, a sus hijos, a la mujer de las manzanas, a Dick, al señor Hobbs, al señor Higgins, a la señora Higgins y a sus hijos, al señor cura y a mamá y a mí con la jaquita y todo lo

demás. ¡He estado contando con los dedos y me parece que son veintisiete las personas a las que usted ha hecho felices! ¡Veintisiete!

—¿Y yo soy el que las ha hecho felices? —preguntó el conde de Dorincourt.

—Pues claro que sí —contestó el niño—, y ¿sabe usted que algunas personas tienen ideas equivocadas sobre los condes cuando no les conocen? El señor Hobbs era uno de ellos. Voy a escribirle para informarle de la verdad.

—¿Y qué opinión tenía el señor Hobbs de los condes? —preguntó Su Excelencia.

—El problema era que nunca había tratado con ninguno —contestó su joven acompañante—, y sólo los conocía por los libros. Creía, y no se ofenda usted por esto, que eran unos tiranos, y decía que nunca consentiría que ninguno de ellos entrara en su tienda. Pero si le hubiera conocido a usted, estoy seguro de que hubiera pensado de otra manera. Tengo que hablarle de usted.

—¿Y qué le vas a decir? —le preguntó con curiosidad el conde.

—Le diré que es usted el hombre más bueno del mundo, y que siempre está pensando en los demás y haciéndoles felices... y que espero

llegar a ser como usted cuando sea mayor.

—¡Cómo yo! —repitió Su Excelencia.

—Sí, como usted —dijo, para añadir luego humildemente—: bueno, si puedo. Quizá no llegue a ser tan bueno, pero voy a intentarlo con todas mis fuerzas.

El coche seguía rodando por la majestuosa avenida bajo los hermosos árboles. El pequeño lord Fauntleroy se volvió para ver los preciosos lugares donde crecían altos helechos y campanillas azules que se mecían con la brisa; vio a los ciervos, y de cuando en

cuando algún conejo que corría asustado. Su corazón rebosaba de alegría a la vista del paisaje que le rodeaba. Pero el anciano conde, aunque hacía ver que miraba las mismas cosas, veía y oía otras muy distintas: una larga existencia vacía de cualquier acción generosa, o pensamiento bondadoso; años de juventud dedicados por completo a dilapidar su salud, sus riquezas y su poder, a satisfacer sus deseos y matar el tiempo, mientras iban pasando los días, los meses y los años, uno tras otro; y se veía, por fin, llegado a la vejez sin amigos verdaderos, solo en medio de sus incontables riquezas.

Y, desde luego, estas reflexiones no eran nada agradables, ni siquiera para un hombre tan cínico y tan mundano como el anciano, que durante sesenta años se había bastado a sí mismo y que nunca se había preocupado por la opinión que tenía el mundo de él, mientras no estorbase sus diversiones y su comodidad.

Hasta entonces nunca había pensado en ello, y si ahora se le ocurría preguntarse si realmente era una persona digna de servir de modelo a los demás, era únicamente porque un niño inocente, que le creía mucho mejor de lo que era en realidad, deseaba seguir sus ilustres

pasos e imitar su ejemplo.

Fauntleroy, al ver el fruncimiento de ceño de su abuelo, pensaba que debía dolerle mucho el pie, y en vista de ello, el pequeño, que era sumamente considerado, decidió no molestarle y se dedicó a admirar en silencio el paisaje. Por fin el coche se detuvo en Court Lodge, y el niño saltó a tierra casi sin dar tiempo al lacayo de abrir la portezuela.

El conde despertó bruscamente de su ensimismamiento.

—¿Hemos llegado ya? —preguntó.

—Sí —contestó lord Fauntleroy—.

Espere a que le de el bastón y apóyese

en mí para bajar.

—No. Yo me quedo en el coche —
dijo bruscamente.

—¿No... viene usted a ver a mamá?
—preguntó Cedric, asombrado.

—Tu mamá me dispensará —
contestó secamente el conde—. Corre y
dile que ni siquiera una jaquita ha
podido detenerte.

—Lo va a sentir muchísimo —dijo
el niño—. ¡Debe de tener tantas ganas
de verle!

—Temo que te equivoques —fue la
contestación del conde—. El coche te
recogerá a la vuelta. Tomás, dile a
Jeffries que siga.

Tomás cerró la portezuela y el niño echó a correr no sin haber dirigido a su abuelo una mirada de perplejidad. Su abuelo tuvo la oportunidad de ver un par de jóvenes y fuertes piernas correr con asombrosa rapidez por el camino que conducía a la puerta de la casa. Era evidente que su dueño no tenía la menor intención de perder el tiempo. El coche se movía con lentitud y Su Excelencia se recostó sobre los almohadones; seguía inclinado para no perder de vista al niño. Otra figura, pequeña también, esbelta y joven, toda vestida de negro, corrió a su encuentro y Cedric saltó a los brazos de su madre, se colgó de su

cuello y cubrió de besos su joven y hermoso rostro.

Capítulo VII

EN LA PARROQUIA

EL DOMINGO siguiente, el señor cura tuvo un nutrido auditorio. No podía recordar ningún otro domingo en el que la parroquia estuviera tan concurrida. Veía personas que rara vez le honraban con su presencia; incluso había venido gente de una aldea cercana. Entre la concurrencia se encontraban labradores quemados por el sol, y labradoras gordas y coloradas, que rebosaban satisfacción, con sus vistosos chales y su numerosa prole. Todo el mundo ocupaba sus bancos: la esposa del médico y sus

cuatro hijas, la señora Kimpsey y el señor Kimpsey, que eran los dueños de la botica que proveía de píldoras al conde para calmar sus ataques de gota, la señora Dibble, la señorita Smiff, la modista, y su amiga la señorita Perkins. También estaban allí el ayudante del doctor y el del farmacéutico; en fin, de una forma u otra, todas las familias del pueblo estaban allí representadas. Durante la semana anterior habían circulado muchas anécdotas sobre el pequeño lord Fauntleroy.

Tan ocupada había estado la señora Dibble, atendiendo a las personas que venían a comprarle y a oírle lo mucho

que tenía que contar, que la campanilla de la puerta, de tanto sonar con las entradas y salidas, se había desgastado. La señora Dibble sabía perfectamente cómo estaban amuebladas las habitaciones del pequeño lord Fauntleroy. También estaba enterada de que le habían comprado juguetes de los más caros, e incluso de que tenía una preciosa jaquita alazana y un mozo para cuidarla, y un pequeño coche con los arneses montados en plata. Podía repetir textualmente las palabras de los criados al ver al niño la noche de su llegada y cómo todas las criadas habían dicho que era horroroso separar al pobre niño de

su madre. Los criados aseguraban que tenían el corazón destrozado al verle entrar solo en la biblioteca para conocer a su abuelo, porque nadie podía aventurar cómo sería tratado aquel pobre chiquillo, y si el mal genio del conde era capaz de asustarles a ellos, ¿qué le ocurriría a un niño tan pequeño?

—Pero, ha de creerme, señorita Jennifer —contaba la señora Dibble—, según dice Tomás, el niño no sabe lo que es el miedo... Me ha contado Tomás que el conde estaba sorprendidísimo y que no hacía más que mirarle y oírle, y Tomás opina, señora Bates, que, a pesar de todo lo malo que es el conde, en el

fondo estaba satisfecho y orgulloso de su nieto, aunque, claro está, sin querer demostrarlo. Porque nunca se ha visto a un muchacho más apuesto y de más buenos modales, aunque algo ceremonioso, según dice Tomás.

Luego comentó la historia de Higgins. El reverendo señor Mordaunt la había contado en su mesa, y la criada que servía la comida la repitió en la cocina, corriendo desde allí como un reguero de pólvora. Cuando el día de mercado apareció Higgins en la ciudad, varias personas le preguntaron y él les mostró la carta firmada «Fauntleroy». De modo que las labradoras tuvieron

bastante de qué hablar, mientras tomaban el té o hacían sus compras.

El domingo fueron a la iglesia, unas a pie y otras en carros, guiados por los maridos, para conocer al pequeño lord, que con el tiempo llegaría a ser el dueño de aquellas tierras.

El conde no solía ir a la iglesia, pero aquel domingo se le antojó acudir a ella y tuvo el capricho de sentarse en el gran banco señorial al lado de Fauntleroy.

Alrededor de la parroquia les esperaba mucha gente; había grupos junto a la verja y en el pórtico, que habían estado discutiendo sobre si Su

Excelencia vendría o no. Cuando la discusión estaba muy animada, una anciana lanzó de repente una exclamación:

—¡Oh! —Dijo—. Esa señora debe de ser la madre; ¡qué bonita es!

Al oírlo se volvieron todos los demás, y vieron venir, por el camino que conducía a la iglesia, una esbelta figura toda vestida de negro. Traía el velo del sombrero echado hacia atrás, lo que descubría su juventud y hermosura.

La señora Errol tardó en darse cuenta de las personas allí reunidas. Venía pensando en Cedric, en sus visitas y en su alegría del día anterior cuando,

montado en la jaquita, había llegado hasta la puerta de Court Lodge, muy contento y feliz.

Pero por fin notó que todos la miraban y que su llegada había causado cierta sensación; empezó a darse cuenta de ello al ver a una anciana que le hacía una cortesía muy rimbombante, lo mismo que otra mujer que al mismo tiempo le decía: «Dios la bendiga, señora». Y comprobó que todos los hombres se descubrían cuando pasaba. En un primer momento se sorprendió de lo que estaba ocurriendo, pero comprendió rápidamente que la saludaban como madre del futuro heredero, por lo que

contestó enseguida muy sonriente y dando las gracias a la mujer que la había bendecido. Para una persona como ella, acostumbrada a vivir en una ruidosa ciudad americana, atestada de gente, estas deferencias constituían una novedad un tanto embarazosa, pero después de todo no podía por menos que agradarle, ya que le emocionaba la sencillez con que aquellas personas le demostraban su afecto. Apenas hubo traspasado el pórtico y entrado en la iglesia, apareció el carruaje que transportaba al conde y a Cedric.

—¡Ya vienen! —fue el grito que pasó de boca en boca.

El coche se detuvo, Tomás se apeó y abrió la portezuela: un niño rubio, vestido de terciopelo negro, bajó de un salto.

Todos los presentes, hombres, mujeres y niños, le miraron con curiosidad.

—Es el vivo retrato del capitán —decían los que recordaban a su padre—. ¡Es el capitán en persona!

Mientras tanto, Cedric contemplaba al conde con el mayor interés imaginable. En cuanto creyó poder ser útil, tendió la mano y le ofreció el hombro, lo mismo que si tuviese siete pies de estatura. Se veía claramente que,

aunque el conde atemorizaba a otras personas, no infundía el menor temor a su nieto.

—¡Apóyese en mí! —le oyeron decir—. ¡Qué contentos están todos al verle y cómo se nota lo mucho que le quieren!

—Quítate la gorra, Fauntleroy —le dijo el conde—, te están saludando.

El niño se quitó de inmediato la gorra, descubriendo sus brillantes bucles ante la masa de gente que le rodeaba y volviendo hacia todos sus hermosos ojos, tratando de saludar al mismo tiempo a todos y a cada uno de ellos.

—¡Qué Dios bendiga a Vuestra Excelencia! —dijo la misma anciana que poco antes había bendecido a su madre.

—Gracias, señora —contestó el pequeño lord.

Entraron en la iglesia; allí tampoco le quitaron la vista de encima ninguno de los congregados. Cuando por fin el niño se sentó, descubrió dos cosas que le agradaron mucho: la primera fue que al otro lado de la iglesia, y desde donde podía verle muy bien, estaba sentada su madre y le sonreía; la segunda era que en la pared, cerca de uno de los lados del banco, había dos extrañas figuras,

con las manos cruzadas, de frente una a la otra, a cada lado de una baja columna que servía de atril para dos libros de oraciones, y estaban vestidas de un modo muy raro y anticuado. Debajo había un letrero, en el que Cedric sólo pudo leer estas extrañas palabras:

*Aquí yace el cuerpo de Gregoryo
Arthure, prymer conde de
Dorincourt, así como el de
Alisone Hildegarde, su muger.*

—¿Puedo hablar en voz baja? — preguntó el niño, devorado por la curiosidad.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó su

abuelo.

—¿Quiénes son éstos?

—Ascendientes tuyos, que vivieron hace unos cuantos siglos.

—Posiblemente —dijo lord Fauntleroy contemplándolos con respeto — será de ellos de quienes he heredado yo mi ortografía.

Cuando empezó a sonar el órgano, miró sonriendo a su madre. Le gustaba mucho la música, y ambos cantaban juntos muchas veces, así es que se unió entonces a los demás, alzándose su voz pura y dulce, clara como el canto de un pájaro. Disfrutaba tanto cantando, que se olvidó de todo cuanto le rodeaba.

También el conde se olvidó algo de sí mismo, mientras, sentado en un rincón del banco, observaba al muchacho. Cedric, con el libro abierto entre las manos, cantaba con toda su alma. Su madre, que le miraba desde el extremo opuesto, sintió que su corazón se estremecía y una oración acudió a sus labios para rogar que la sencilla felicidad del muchacho no desapareciera nunca, y que el gran cambio de fortuna que había tenido lugar para él, no le acarreará ningún mal espiritual. En aquellos días, su corazón se sentía agitado por muchos temores.

—¡Oh, Ceddie, querido! —le había

dicho la noche anterior, mientras le daba un abrazo de despedida—. Quisiera ser muy lista y poderte dar buenos consejos. Sé siempre bueno, valiente, noble y amable, para que mientras vivas no ofendas a nadie y puedas hacer bien a muchos, de tal forma que el mundo, a pesar de ser tan grande, sea favorecido por la existencia de mi hijo. Esto es lo mejor de todo: que, por poco que sea, un hombre haya mejorado en algo la Humanidad.

Al volver al castillo, Cedric repitió estas palabras a su abuelo.

Y añadió:

—Yo pensaba en usted cuando mamá

me decía esto, y le dije que eso es lo que usted había hecho y que yo intentaría parecerme a mi abuelo.

—¿Y qué contestó tu madre? — preguntó el conde, intrigado.

—Dijo que le parecía muy bien y que siempre debemos ver las virtudes de los demás y procurar imitarlas.

Seguramente era éste el pensamiento que ocupaba la mente del conde, mientras miraba a través de los pliegues de las cortinillas del banco. Muchas veces, por encima de las cabezas de los fieles, miró hacia el sitio que ocupaba la mamá de Cedric, observando el lindo rostro que su hijo tanto había amado y

aquellos ojos tan parecidos a los del niño que tenía a su lado; pero hubiera sido difícil averiguar la índole de sus pensamientos: si seguían siendo duros y amargos o si se habían dulcificado un poco. Cuando salieron de la iglesia, muchos de los allí reunidos se detuvieron para verles pasar. Al acercarse ellos a la verja, un hombre, con el sombrero en la mano, dio un paso hacia delante y se detuvo enseguida.

—Bien, Higgins —dijo el conde.

Cedric se volvió enseguida para mirarle.

—¡Oh! —Exclamó el niño—. ¿Usted es Higgins?

—Sí, Milord —dijo el hombre, ruborizándose—. El señor Newick me dijo que su joven señoría había tenido la bondad de abogar por mí, y yo deseo darle las gracias si Vuestra Excelencia lo permite.

—¡Oh! Yo sólo escribí la carta; mi abuelo fue quien hizo todo —indicó Cedric—; pero ya sabe usted lo buenísimo que es con todo el mundo. ¿Está ya bien la señora Higgins?

El señor Higgins parecía encontrarse algo cortado; él también estaba asombrado al oír hablar de su señor como un ser bondadoso.

—Yo... bien... sí, Milord —pudo

balbucear, por fin—, mi esposa está mejor desde que se arregló nuestra situación. La pena era lo que la estaba matando.

—Me alegro —dijo Fauntleroy—. Mi abuelo estaba tan preocupado como yo a causa de la escarlatina de sus hijos; ya sabrá usted que él también ha tenido hijos... Yo soy su nieto, el hijo del capitán Errol.

Higgins creía que se volvía loco. Procuró no dirigir ninguna mirada al conde, pensando que eso sería lo mejor, ya que era público y notorio que el cariño paternal que el anciano profesaba a sus hijos se había sentido satisfecho

con sólo verles dos o tres veces al año, y que cuando alguno caía enfermo, se iba rápidamente a Londres para que no le molestaran ni los médicos ni las enfermeras. Era, por lo tanto, algo duro para el conde oír decir que tenía interés por la fiebre escarlatina de sus hijos.

—Como ves, Higgins —dijo, con una sonrisa algo forzada—, os habéis equivocado en vuestros juicios. Lord Fauntleroy sí que me conoce bien. Cuando quieras comprender cuál es mi verdadero carácter, harás bien en recurrir a él. Vamos, sube a mi coche, Fauntleroy.

El niño subió al coche de un salto; el

coche empezó a correr por el camino, y cuando se perdió de vista, el conde seguía sonriendo con sarcasmo.

Capítulo VIII

CEDRIC APRENDE A MONTAR

LORD Dorincourt tuvo muchas ocasiones para sonreír amargamente. Era evidente que, a medida que progresaba la amistad con su nieto, sonreía tan frecuentemente, que había momentos en que perdía completamente su acritud.

No hay que negar que, antes de aparecer lord Fauntleroy en su vida, el anciano se encontraba cada vez más cansado de su soledad, su gota y sus setenta años. Después de una larga vida, no resultaba nada agradable permanecer

sentado en una habitación, por majestuosa que fuera, con una pierna sobre un taburete y sin otra distracción que ponerse furioso y dar voces a un lacayo asustado, que no le podía ver ni en pintura. El conde era demasiado listo como para no comprender perfectamente que sus criados le odiaban a muerte, y que las pocas visitas que recibía no eran por cariño ni amistad. Mientras estuvo fuerte y bueno, anduvo de un lado a otro, fingiendo que se divertía, aunque en realidad no era así; cuando se sintió falta de salud, se encerró en Dorincourt con su gota, su periódico y sus libros. Pero no podía leer todo el tiempo y cada

día que pasaba se aburría más y más. Cada vez se volvía más irritable y menos sociable. Fue justo en esa época cuando llegó Cedric al castillo, y al ver al muchacho, afortunadamente para el pequeño, el orgullo del abuelo se encontró plenamente satisfecho. Pero se le metió en la cabeza que la apostura y la valentía de Cedric procedían de la sangre de los Dorincourt y eran un honor para su estirpe. Cuando le oyó hablar y pudo apreciar lo bien educado que estaba el niño, a pesar de su infantil ignorancia de todo lo relacionado a su nueva posición social, le gustó más todavía y empezó a sentirse distraído

con su compañía. Le agradó también ir a la iglesia con el niño, y presenciar la emoción y el interés que había despertado su llegada. Sabía que la gente comentaría favorablemente la gallardía del chico. El señor de Dorincourt era un anciano muy soberbio y orgulloso y, por lo tanto, se sentía a sus anchas demostrando al mundo que por fin la solariega casa de Dorincourt tenía un heredero digno del título que le correspondía.

La primera mañana que sacaron la jaquita para que la montase Cedric, el conde estuvo tan satisfecho que casi se olvidó de su gota. Cuando llegó el

cochero con el animal, que arqueaba graciosamente el cuello y agitaba su esbelta cabeza, el conde se colocó junto a una de las ventanas y desde allí presenció el primer ensayo de equitación de Cedric, pensando aún si daría muestras de timidez el chiquillo. La jaca no era muy pequeña, y había visto a muchos niños asustarse al intentar subirse a un caballo por vez primera. Fauntleroy montó encantado. Nunca lo había hecho y estaba loco de alegría.

—El chiquillo es valiente —decía después en la cuadra, Wilkins, el cochero—. No me costó ningún trabajo

subirle, y una vez arriba, se mantuvo más tieso que cualquier otro chico mayor y me dijo: «Wilkins, ¿estoy bien derecho? En el circo estaban muy derechos los que montaban a caballo». Y yo le contesté: «Su Excelencia está derecho como un palo». Él, muy contento, se echó a reír y me pidió: «Avíseme usted siempre que no vaya muy derecho».

Pero ir muy derecho mientras otro llevaba las riendas y la jaquita iba al paso no era muy difícil. Al cabo de unos minutos, Fauntleroy se dirigió a su abuelo, que le observaba desde la ventana.

—¿No puedo ir solo? —le preguntó —. Me gustaría ir más de prisa. El chico de la Quinta Avenida trotaba y galopaba.

—¿Crees tú que podrás trotar y galopar? —le preguntó el conde.

—No lo sé, pero me gustaría intentarlo.

El conde hizo una señal a Wilkins, y éste trajo su caballo, lo montó y tomó las riendas de la jaquita.

—Ahora —dijo el conde—, déjale que trote.

Los minutos que siguieron fueron emocionantes para el nuevo jinete. Descubrió que no era lo mismo trotar que ir al paso, y cuanto más trotaba la

jaquita más problemático le resultaba.

—Sa... a... al... ta mu... cho, ¿n... o? —preguntó a Wilkins.

—Ya se acostumbrará Vuestra Excelencia con el tiempo. Levántese sobre los estribos.

Efectivamente, el niño hacía lo que podía para levantarse sobre los estribos, pero lo hacía desacompasado y eso le incomodaba mucho. Estaba sin aliento, con la cara muy encendida, porque se asía con todas sus fuerzas y se sostenía todo lo derecho que podía. El conde le observaba desde la ventana. Al volver a aparecer los jinetes, después de haberse ocultado por unos momentos detrás de

una arboleda, el niño no llevaba sombrero. Tenía las mejillas rojas y los labios los mantenía muy apretados, pero seguía trotando con gran valentía.



—Espera un momento —le gritó su abuelo—. ¿Dónde tienes el sombrero?

Fue Wilkins el que contestó:

—Se le cayó, señor. Pero no me dejó bajar a recogerlo.

—No tiene demasiado miedo, ¿eh? —le preguntó con sequedad el conde.

—¿Miedo, Milord? ¡Si no lo conoce! —Le indicó el cochero—. No es la primera vez que enseño a alguien a montar, pero no he visto a ningún señorito más decidido a sostenerse sobre el caballo.

—¿Estás cansado, Fauntleroy? —Inquirió el conde—. ¿Quieres bajarte?

—Me sacude más de lo que pensaba —le confesó el niño—, y también me canso, pero no quiero bajarme; quiero aprender a montar. En cuanto descanse un poco iré a buscar el sombrero.

Si la persona más lista del mundo le hubiera querido decir a Cedric qué era lo mejor que podía hacer para complacer al anciano que le observaba, no hubiese podido pensar nada que diese mejor resultado. Mientras la jaquita trotaba hacia la avenida el rostro adusto del anciano se relajó un poco y en su cara apareció una sonrisa con un cierto asomo de dulzura. Esperó con ansiedad volver a oír de nuevo las

pisadas de los caballos; volvían más aprisa que antes. Y el niño seguía sin sombrero, aunque se lo traía Wilkins. Cedric tenía las mejillas aún más coloradas que antes, y los rizos muy alborotados, pero venía galopando.

—¡Vaya! —Dijo, tirando de las riendas para detener la jaca—. Por fin he galopado. No lo he hecho tan bien como el chico de la Quinta Avenida pero no ha estado mal, ¿verdad, señor Wilkins?

El cochero asintió. Desde entonces, Wilkins, la jaquita y él se hicieron grandes amigos. Apenas había día que no se les viese galopar juntos. Un día, a

lord Fauntleroy se le ocurrió bajarse de la jaca para que un chico cojo, con un pie lastimado, pudiera volver con ella a su casa.

—Y no hubo manera de hacerle desistir de su propósito —decía Wilkins en la cuadra donde relataba el suceso—. No quiso permitir que fuera yo quien me apease, porque decía que mi caballo era muy grande para el mozuelo. «Mira, Wilkins —me decía—, este muchacho está cojo y yo no».

Y al chico no le quedó más remedio que montar, mientras Milord caminaba a su lado, con las manos en los bolsillos y hablando y silbando como si fuera la

cosa más natural del mundo. Cuando llegaron a casa del chico, la madre salió corriendo para ver qué ocurría, y Milord se quitó enseguida la gorra y le dijo: «Señora, he traído a su hijo a casa porque le duele mucho la pierna y me parece que este bastón no le basta para apoyarse; le voy a decir a mi abuelo que le encargue un par de muletas». La mujer se quedó helada, y con razón, y yo por poco creo volverme loco sin salir de mi asombro.

Cuando el conde oyó la historia, lejos de enfadarse se puso a reír y le dijo a Fauntleroy que volviera a explicársela con todo lujo de detalles.

Unos días después, el coche del conde de Dorincourt se detuvo ante la casa del muchacho cojo. Cedric bajó de un salto del coche y se dirigió a la puerta, llevando al hombro un par de muletas, que presentó a la mamá del muchacho, diciéndole:

—Mi abuelo le envía sus saludos y estas muletas para su hijo, que deseamos se mejore.

La señora se quedó muy asombrada y contenta, y le dio a su vez las gracias a Cedric.

—Le dije que usted le enviaba sus saludos, porque, aunque usted no me lo había dicho, creí que se le había

olvidado —explicó Cedric al conde—. He hecho bien, ¿verdad?

Y el conde se echó a reír y no le dijo que había obrado mal. Los dos eran cada vez más amigos y la fe de Cedric en la benevolencia de su abuelo aumentaba día a día.

No tenía la menor duda de que su abuelo era el más amable y el más generoso de cuantos ancianos existían. El niño se encontraba muy feliz a su lado, y más feliz era cuando iba a visitar a su mamá. Pero, a pesar de su extrema felicidad, había algo que preocupaba cada vez más a Cedric: no entendía por qué su madre y su abuelo no se veían

nunca. Y eso le daba vueltas y más vueltas en la cabeza. Pensaba en este misterio mucho más a menudo de lo que nadie imaginaba, ni siquiera su madre, y desde luego el conde estuvo mucho tiempo sin sospechar ni remotamente mi preocupación.

Cuando el coche del castillo se detenía en Court Lodge, el conde no se bajaba, y en las pocas ocasiones en que Su Excelencia iba a la iglesia, sólo el niño se detenía en el pórtico a hablar con su madre o se volvía a casa con ella; y, sin embargo, todos los días salían del castillo flores y frutas para Court Lodge.

Pero la acción virtuosa del conde, que a los ojos de Cedric le encumbró a la cima de la perfección, fue la siguiente: una semana después del primer domingo en que la señora Errol había vuelto sola y a pie desde la iglesia, cuando Cedric fue a visitarla, se encontró en la puerta del castillo, en lugar del landó con su brioso tronco, con un lindo cupé, tirado por un magnífico caballo castaño.

—Este coche es un regalo que tú le haces a tu madre —le dijo el conde con brusquedad—. No está bien que vaya andando a todas partes, necesita un coche. El cochero se encargará del

cuidado del caballo y del coche. Es un regalo tuyo —y remarcó mucho este «tuyo».

Es difícil describir la alegría del niño. No podía contenerse y el camino le pareció más largo que nunca. Su madre estaba en el jardín, recogiendo flores; se tiró del coche y corrió hacia ella.

—¡Querida mamá! —Gritó—, ¡no podrás creerlo! ¡Este coche es para ti! Dice el abuelo que es un regalo mío. Es tu propio coche, para que vayas a todas partes con él.

Se le veía tan contento que su madre no sabía qué hacer. Le faltaba valor para

rehusar el regalo, sabiendo que eso entristecería grandemente a Cedric, por lo que se vio obligada a montarse en el coche, con rosas incluidas, y se dejó llevar a dar un paseo, mientras su hijo le contaba lo bueno que era el abuelo. La señora Errol no podía por menos que reírse al ver la inocencia de su hijo, y le besaba y le abrazaba, muy feliz de que el pequeño creyese tan bueno al anciano.

Al día siguiente, el niño escribió a Hobbs una carta muy larga, y después de pasarla en limpio, se la llevó a su abuelo para que la leyese. Decía así:

Mi querido señor Hobbs,

quiero hablarle de mi abuelo, que es el mejor que existe es una mentira que los condes sean tiranos, no es un tirano mi abuelo me gustaría que lo conociera serian buenos amigos tiene gota en el pie y sufre mucho pero es tan suñdo que yo le quiero más cada di a porqués natural querer a un conde como este que es bueno para todo el mundo pero no ha jugado nunca a baseball me ha regalado una jakita y un coche y a Mamá uno prezioso y tengo tres cuartos y jugetes de todas clases se sorprendería.

usted le gustaría el castillo y el parque es un castillo tan grande que se puede perder uno me dice Wilkins. Wilkins es el cochero dice que ay un calavozo debajo del castillo es tan bonito ay unos árboles tan grandes y ay cierbos y conejos mi abuelo es muy rico pero noes muy orgulloso como usted creía que eran los condes me gusta estar con él las gentes son tan buenas y tan amables que se quitan los sombreros y las mugeres hazen reverencias y aveces dicen dios le bendiga ya se montar pero al principio saltaba mucho cuando

*trotava mi abuelo dejó a un pobre
ombre seguir en las tierras sin
pagar y la señora Mellon fue a ver
a los niños enfermos y llevarles
vino y caldo me gustaría verle
desearía que mamá viviese en el
castillo pero casi estoi contento
no la echo de menos demasiado y
quiero mucho al abuelo todos le
quieren aga el favor de escribirme
pronto su afectísimo amigo.*

Cedric Errol.

*p.d. no ay nadie en el calavozo
mi abuelo no a tenido a nadie
pudiéndose ai/i.*

p.d. es un conde tan bueno que me recuerda a usted cae simpático a todo el mundo.

—¿Echas mucho de menos a tu madre? —le preguntó el conde tras leer la carta.

—Sí —respondió el niño—; nunca dejo de pensar en ella.

Se acercó al conde, y poniéndole una mano sobre la rodilla, le dijo, mirándole fijamente:

—¿Usted no la echa de menos?

—Yo no la conozco —contestó el conde, de manera cortante.

—Ya lo sé, y eso es precisamente lo

que me llama la atención —indicó Cedric—. Me dijo que no le hiciese preguntas, y yo no se las haré, pero a veces no puedo evitar ponerme a pensar y me hago muchos líos. Pero no voy a preguntarle nada. Cuando la echo muchísimo de menos me asomo a la ventana de mi cuarto y veo a través de los árboles la luz que enciende mamá todas las noches para mí. La pone en la ventana en cuanto anochece y puedo verla brillar aunque está muy lejos, y sé lo que quiere decir.

—¿Y qué quiere decir? —preguntó el conde.

—«*Buenas noches. Dios te guarde*

durante tu sueño». Esto es lo que me decía cuando vivíamos juntos. Todas las noches me repetía estas mismas palabras. Ya ve que siempre estoy bien protegido...

—Muy bien, no tengo la menor duda de ello —interrumpió secamente su abuelo, frunciendo el entrecejo; después miró largamente a Cedric y éste no pudo imaginar en qué estaría pensando el conde de Dorincourt.

Capítulo IX

«EL PATIO DEL CONDE»

LA VERDAD es que en aquellos días el conde pensaba en muchas cosas en las cuales nunca había pensado, todas relacionadas, de una forma u otra, con su nieto. La soberbia era su pasión dominante, y el muchacho satisfacía plenamente su orgullo. Este orgullo, al fin satisfecho, le hizo encontrar un nuevo interés en su vida. Empezó por presentar a todo el mundo a su heredero.

Bien sabía todo el mundo cuántas humillaciones le habían proporcionado sus hijos; era, pues, un notable triunfo

mostrarles al nuevo lord Fauntleroy, que no podría avergonzar a nadie, por exigente que fuese. Quería que el chiquillo se diera cuenta de la importancia de su posición social, y deseaba que los demás la reconocieran también, y se entretenía planeando grandes cambios para el porvenir. A veces se sorprendía a sí mismo deseando en lo más hondo de su corazón que su pasado hubiera sido distinto por completo, sin nada de lo que podía repugnar al noble y puro corazón infantil de su nieto, si algún día llegaba a conocerlo. No era nada agradable pensar en la expresión del hermoso e

inocente rostro de Cedric, si se enteraba por casualidad de que hacía muchos años que su abuelo era conocido como «*el malvado conde de Dorincourt*». Esta sola idea le ponía de tal modo nervioso que tenía el mayor empeño en que el niño siguiera ignorándolo. Con este interés, hasta la gota quedaba desplazada de sus preocupaciones. Y al cabo de algún tiempo incluso el médico se quedó asombrado al ver que la salud de su cliente había mejorado mucho más de lo que esperaba. Posiblemente, esta mejoría se debía a que el tiempo pasaba más deprisa para el conde, y a que otros pensamientos le distraían de su

enfermedad y sus dolores.

También los campesinos quedaron sorprendidos una buena mañana al ver al pequeño lord montado en su jaquita y acompañado por otra persona que no era Wilkins. Este nuevo acompañante montaba un hermoso caballo blanco y no era otro que el mismísimo conde de Dorincourt. El niño, por supuesto, le había pedido que le acompañara desde entonces, ya que, según decía, le daba pena dejarlo solo en aquel castillo tan grande. Desde entonces, Selim, que así se llamaba el caballo del conde, era ensillado casi todos los días y se hizo habitual la imagen del anciano montado

sobre el caballo blanco, con su aguileño y adusto rostro, que todavía conservaba rasgos de varonil belleza, al lado de lord Fauntleroy, montado en la jaquita alazana. Y en sus paseos por los pintorescos caminos y a través de las verdes praderas, los dos jinetes llegaron a intimar más todavía.

A medida que transcurría el tiempo, el anciano conde llegó a oír hablar mucho de la «queridísima mamá» de Cedric y de su vida, mientras el niño trotaba a su lado, con animada charla. Era imposible encontrar un compañero más alegre, y por supuesto, era él el que llevaba todo el peso de la conversación.

Su abuelo permanecía escuchándole en silencio, mientras se recreaba mirando su expresivo y alegre rostro. Otras veces le mandaba galopar, y cuando el pequeño se alejaba, valiente y tieso como un palo, le contemplaba lleno de orgullo; en cuanto a lord Fauntleroy, cada vez que regresaba de una de esas galopadas, riendo, gritando y agitando la gorra, pensaba que, sin lugar a dudas, él y su anciano abuelo eran dos buenos amigos. Una de las primeras cosas que descubrió el conde fue que la señora Errol no llevaba una vida regalada. No tardó en averiguar que los pobres la conocían muy bien. Cuando en alguna

casa entraba la tristeza, la enfermedad o la miseria, no faltaba a la puerta el cupé de la nuera del conde de Dorincourt.

—¿Sabe usted, abuelo —le dijo un día el niño—, que todos le dicen «Dios la bendiga» cuando la ven y que los niños se ponen muy contentos? Algunas chicas van a casa a aprender a coser. Dice mamá que como ahora tiene tanto dinero quiere socorrer a los pobres.

En absoluto había desagradado al abuelo de Cedric que la madre de su heredero fuera una mujer muy hermosa y tan digna como la más encopetada duquesa, y tampoco le disgustó saber que era popular y querida por los

pobres; pero, incluso así, muchas veces sentía celos y la seguía odiando al ver cómo ocupaba un lugar privilegiado en el corazón de su hijo. El anciano hubiera querido ser el primero y no haber tenido rival.

Aquella misma mañana, hizo que su caballo se detuviera en lo alto de una colina y, señalando con la fusta el hermoso paisaje que se prodigaba ante ellos hasta más allá de lo que alcanzaba su vista, dijo:

—¿Sabes que todas estas tierras entran dentro de mis posesiones?

—¿Ah, sí? —Preguntó a su vez Cedric—. ¡Cuántas y qué hermosas son,

para ser de una sola persona!

—Supongo que ya sabrás que algún día serán tuyas por completo; éstas que ves y muchas más.

—¡Mías! ¿Cuándo? —dijo Fauntleroy.

—Cuando yo muera —le contestó su abuelo.

—Si ha de ser así, no las quiero. Yo deseo que usted viva siempre —le indicó el chiquillo.

—Eres muy bueno, Cedric —respondió el conde, con su habitual sequedad—; pero, de cualquier forma, algún día serán tuyas...; algún día tú serás el conde de Dorincourt.

Lord Fauntleroy permaneció en silencio unos minutos. Miraba por encima de los árboles las casitas del valle, los bosquecillos, los caseríos y la aldea, divisando a lo lejos los torreones del castillo, y dio un profundo suspiro.

—¿En qué piensas, Fauntleroy? — preguntó su abuelo.

—Pienso en lo pequeño que soy y en lo que me dijo mi queridísima madre.

—¿Qué fue lo que te dijo? — inquirió el conde.

—Que posiblemente no fuera tan fácil como parece el ser rico; que si uno siempre tenía tantas cosas, algunas veces olvidaría que los demás no eran

igualmente afortunados, cosa que el rico debe procurar tener siempre presente. Yo le conté lo bueno que era usted, y me dijo que así deben ser los ricos, porque un conde tiene mucho poder, y si en lugar de ocuparse de sus arrendatarios, no hace más que pasárselo bien, pueden suceder muchas desgracias que de otro modo habrían sido fáciles de evitar. Esto sería tristísimo porque son muchos. Era en esto en lo que pensaba: que no sabía cómo me las arreglaría cuando fuese mayor, para conocerles u todos. ¿Cómo se entera usted de lo que les sucede?

Ésta era una pregunta de difícil

respuesta, pues las relaciones que el conde sostenía con sus arrendatarios, se limitaban a controlar el pago de las rentas y a echar a la calle a los que no pagaban.

—Newick es el encargado de esto —dijo, no sin cierto apuro—. Ya es tiempo de volver al castillo —y añadió—, cuando tú seas conde, procura ser mejor de lo que yo he sido.

Volvían los dos jinetes en silencio. Al conde de Dorincourt le parecía imposible, después de no haber querido realmente a nadie a lo largo de su existencia, querer ahora a su nieto; pero estaba convencido de que era así. Al

principio, sólo se había sentido halagado en su orgullo al admirar la hermosura y gallardía del muchacho; pero ahora sentía algo más que orgullo satisfecho. Algunas veces se encontraba riendo solo, con su risa sarcástica, pensando en lo mucho que le gustaba tener al niño a su lado, cuánto disfrutaba oyéndole hablar, y cómo deseaba que su nieto le quisiera y tuviese una buena opinión de él.

El conde pensaba que eso le sucedía porque era ya muy viejo y no tenía otra cosa que le interesase, pero sabía perfectamente que no era del todo sincero consigo mismo, y que si se

hubiese permitido ser completamente ingenuo, se habría visto obligado a confesar que las cualidades que más le atraían de su nieto eran precisamente las que él no había poseído nunca: la bondad, la nobleza, la honestidad y la generosa confianza de aquella persona que nunca sospecha nada malo de nadie.

Unos días después, Cedric entró en la biblioteca muy cabizbajo: venía de casa de su madre. Se sentó en la misma butaca que utilizaba siempre y se quedó contemplando las cenizas de la chimenea. Su abuelo le observaba en silencio, intentando descubrir por dónde saldría esta vez el chiquillo. Al fin dijo,

mirando fijamente al conde:

—¿Está realmente enterado Newick de todo lo que les pasa a los arrendatarios?

—Imagino que sí, Fauntleroy. Ésta es su obligación —le contestó Su Excelencia—. ¿Ocurre algo malo?

A pesar de que pueda parecer extraño, al conde no había nada que le interesase más que la preocupación que sentía el pequeño por sus colonos. El nunca se había ocupado de ellos, pero le agradaba ver que su nieto sí lo hacía.

—Hay un sitio —empezó a decirle Cedric— que... Bueno, mi madre lo ha visto, está en el otro extremo del pueblo.

Las casas amontonadas se van cayendo y apenas se puede respirar allí. La gente vive en la mayor de las miserias y todo es malísimo. Suele haber muchas fiebres allí, los niños se mueren y los mayores, viviendo de este modo, tan pobres y tan desgraciados, acaban por volverse malos. Están aún peor que Brígida y Miguel, porque les entra la lluvia por los tejados. Mamá fue a visitar a una señora que vive allí, y no dejó que me acercara hasta que se hubo cambiado de ropa. Se le saltaban las lágrimas mientras me lo contaba.

También a él se le saltaban las lágrimas al contarlo, pero al mismo

tiempo hacía grandes esfuerzos por esbozar una sonrisa.

—Le dije a mamá que usted no lo sabía.

Entonces saltó de su butaca y se apoyó en la del conde para decirle:

—Usted puede arreglarlo de la misma forma que arregló lo de Higgins. Yo sé que usted siempre lo arregla todo. Y le he explicado a mamá que seguramente a Newick se le había olvidado comentárselo, porque si no fuera así, esas pobres gentes ya estarían viviendo en casas nuevas y no en esas casuchas medio destruidas.

El conde tardó un poco en dar su

contestación; mientras miraba la angustiada cara de su nieto, recordaba que Newick le había dicho, más de una vez y más de dos, que el lugar era insalubre para vivir, debido a las malas condiciones que allí se reunían. Estaba perfectamente enterado de que las casas amenazaban ruina, que los desagües no funcionaban, que había goteras en los tejados y humedad en las paredes, que las ventanas no cerraban y que la miseria y las fiebres se habían adueñado del lugar. El reverendo cura también le había hablado de ello, describiéndoselo con palabras más fuertes que las que había utilizado el señor Newick. Pero

Su Excelencia, como respuesta, sólo había soltado unos cuantos juramentos; luego, desesperado con sus dolores de gota, había añadido que: «cuanto antes reventasen los moradores de ‘El Patio del Conde’ —que así era como se conocía a aquel extremo del pueblo—, mucho mejor, y que no había más que hablar del asunto». No obstante, al mirar la mano que tan confiadamente descansaba sobre su rodilla, y el noble y triste semblante que le miraba, sintió en aquel momento verdadera vergüenza, no sólo de «El Patio del Conde» sino de sí mismo.

—¿Así es que quieres convertirme

en constructor de casas para pobres? —
le dijo a Cedric, acariciando su mano.

—Sí, estoy completamente
convencido de que es necesario derribar
las que hay ahora —contestó Fauntleroy,
muy serio—. Eso dice mi madre.
Vamos... vamos mañana mismo a dar la
orden de que las tiren. ¡Se pondrán
todos tan contentos al verle...!
Enseguida se darán cuenta de que ha ido
usted a ayudarlos.

El conde se levantó, y apoyándose
en el hombro del niño, le dijo, con una
sonrisa en los labios:

—Vamos a dar nuestro paseo por la
terraza y hablaremos de este asunto.

Y, aunque mientras paseaban por la terraza, como era su costumbre en las tardes apacibles, el conde sonrió varias veces más, parecía no obstante estar absorto en una idea que no le disgustaba, y seguía apoyándose de forma cariñosa en el hombro de su joven nieto.

Capítulo X

LA PREOCUPACION DEL CONDE

VERDADERAMENTE, en sus visitas a los pobres de aquella aldea, que tan pintoresca aparecía a lo lejos, la mamá de Cedric había sido testigo de muchas desgracias. Si bien de lejos parecía todo muy pintoresco, de cerca se podía apreciar que no lo era ni por asomo. Encontró holgazanería, pobreza e ignorancia en un lugar donde deberían reinar el trabajo y el bienestar; después se enteró de que Erleboro era tenido por el pueblo más mísero de toda la comarca. El cura la puso al corriente de

los muchos impedimentos que había encontrado y de los desengaños que había sufrido. Tampoco le faltaron a ella. Los administradores de aquel territorio habían sido escogidos entre gente adulatora, que sólo aspiraba a dar gusto al conde sin preocuparse para nada de la miseria de los pobres colonos. Por lo tanto, se habían descuidado infinidad de cosas que debían estar arregladas hacía ya tiempo, y todo iba de mal en peor; particularmente, «El Patio del Conde» con sus casas medio derrumbadas y sus míseros, enfermizos y holgazanes moradores, era una verdadera

vergüenza. Cuando lo vio por vez primera, la señora Errol se estremeció. Tanta fealdad, miseria y suciedad hacía peor efecto en un pueblo que en una ciudad, ya que allí parecía que podía remediarse con más facilidad. Al ver después cómo crecían aquellos niños anémicos, abandonados, entre el vicio y la indiferencia, se acordó de su hijo, que vivía en un magnífico e inmenso castillo, servido y cuidado como un príncipe, sin indicar un solo deseo que no fuera satisfecho de inmediato, rodeado de lujo y bienestar y toda clase de refinamientos. Este contraste despertó en su maternal corazón un audaz y a la vez

generoso pensamiento. Había notado, de la misma forma que lo habían observado los demás, que su hijo había tenido la suerte de caerle bien al conde, que éste no le negaba nada, o casi nada, de cuanto le solicitaba.

—El conde le da cuanto desea —le había dicho al señor Mordaunt—, satisface todos sus caprichos. ¿Por qué no hemos de utilizar esta benevolencia en favor de los más desamparados? Yo me encargaré de conseguirlo.

Conocía a la perfección lo tierno y bondadoso que era el corazón de su hijito, así es que únicamente se limitó a contar al pequeño lo que pasaba en «El

Patio del Conde», segura de que se lo diría de inmediato a su abuelo, y esperaba de esto excelentes resultados. Y efectivamente, con grande y general sorpresa, los resultados fueron extremadamente positivos, pues lo que más influía en el alma del conde era la desmesurada confianza que el niño tenía en su bondad..., el convencimiento de que su abuelo era muy justo y generoso. El conde, por su parte, había llegado a querer tanto a aquel muchachito de dorados rizos que, antes que perder su cariño, prefería hacer alguna buena acción de vez en cuando. Por lo tanto, aunque riéndose de sí mismo, después

de reflexionar un poco, mandó llamar a Newick y le ordenó derribar aquellas inmundas chozas y construir en su lugar casas nuevas.

—Es lord Fauntleroy quien insiste en ello —le comentó con sequedad—; cree que así mejorará la propiedad, por lo que puede usted decirles a los vecinos que se hace con esta única idea.

Y mientras decía esto miraba al pequeño lord, que estaba tendido sobre la alfombra jugando con Dougal. El perro se había convertido en su inseparable compañero y le seguía a todas partes, andando con solemnidad a su lado cuando iba a pie, y trotando

majestuosamente detrás, cuando iba en coche o montado a caballo.

La noticia de la reconstrucción del barrio circuló rápidamente. Todos, tanto los del pueblo como los de la ciudad, se enteraron de la proyectada mejora; algunos, la mayoría, tardaron en creérselo, pero cuando vieron llegar un pequeño batallón de trabajadores, que luego empezaron a destruir las miserables casuchas, comprendieron que lord Fauntleroy había vuelto a hacer algo por ellos y que su inocente mediación pasaría a la historia del lugar como un hecho digno de mencionar. ¡Qué asombrado hubiera quedado

Cedric si les hubiera oído hablar de él, alabarle y profetizar las mejoras que haría cuando fuera mayor! Pero el niño ni tan siquiera lo llegó a sospechar. Él seguía viviendo con la misma sencillez de siempre, retozando en el parque, corriendo detrás de los conejos, o bien tumbado bajo la sombra de los árboles, o en la alfombra de la biblioteca, frente a la chimenea, leyendo libros que luego comentaba con su abuelo y con su madre; escribiendo largas cartas a Hobbs, llenas de faltas de ortografía, y también a Dick, los cuales le contestaban a su vez de un modo muy característico; o bien montando a

caballo junto a su abuelo o con Wilkins. Cuando paseaban por la plaza de la vecina ciudad, observaba que la gente se giraba para mirarles y que al descubrirse ante ellos sus caras expresaban satisfacción; pero él todo lo atribuía a la presencia de su abuelo y le decía:

—¡Le quieren a usted tanto!... ¿No ve usted cómo se alegran de verle? Espero que algún día me quieran a mí de la misma forma que a usted, pues debe de ser muy agradable ser querido de esta manera por todo el mundo.

Y se sentía muy orgulloso de ser el nieto de un hombre tan apreciado y

admirado por todos.

Mientras se construían las casas, Cedric y su abuelo solían ir a caballo hasta «El Patio del Conde», donde Fauntleroy observaba las obras con el mayor interés. Se apeaba de su jaca y se ponía a hablar con los albañiles, les interrogaba sobre su trabajo y les contaba a su vez cosas sobre América.

Al cabo de dos o tres conversaciones con esas personas, se encontró en disposición de ilustrar al conde sobre el oficio de la albañilería mientras regresaban al castillo.

—Siempre me gusta enterarme de estas cosas —le comentaba a su abuelo

—, porque nunca se sabe en lo que uno puede parar.

Cuando los albañiles le perdían de vista, empezaban a comentar sobre su persona, y se celebraban con ruidosas carcajadas sus frases tan inocentemente dichas; pero todos le querían y les agradaba verle allí entre ellos, hablando sin mesura, con las manos metidas en los bolsillos, el sombrero bien colocado y su expresivo rostro.

—Es todo un hombrecito —solían decir—, y habla como un viejo; menos mal que se no se parece a su abuelo.

Y los albañiles, al volver a sus hogares, hablaban de él a sus mujeres, y

éstas a su vez hablaban entre ellas, de tal forma que fue así cómo todo el mundo en las inmediaciones llegó a ocuparse del pequeño lord Fauntleroy. Y así todos se enteraban de que «el malvado conde» había encontrado a alguien a quien consideraba merecedor de su cariño, alguien que, por fin, había conmovido su frío y pérfido corazón.

Pero nadie llegó a saber a ciencia cierta cuán grande era el cariño que el anciano llegó a profesar a su nieto, cariño que aumentaba de día en día, al ver que aquel niño era el único ser a quien no inspiraba temor y odio. Comenzó a desear que llegara pronto el

tiempo en que Fauntleroy, convertido en un fuerte y gallardo mozalbete, pero conservando el buen corazón que le conquistaba amigos en todas partes, tuviese así una larga vida, y pensaba en cómo sería empleada ésta por el muchacho y qué uso haría de los innegables dones que Dios le había otorgado. Numerosas veces se encendían sus mejillas y sus ojos brillaban de orgullo y satisfacción, mientras observaba al pequeño, echado sobre la alfombra, frente a la chimenea, leyendo algún libro; y en estas ocasiones se decía a sí mismo que el chico podía llegar a ser lo que quisiera.

Nunca le dijo a nadie lo que sentía por Fauntleroy; siempre que hablaba de él era con la misma sonrisa fría, pero Cedric no tardó en adivinar que su abuelo le quería mucho y que deseaba tenerle siempre cerca, junto a su butaca en la biblioteca, frente a él en el otro extremo de la mesa, a su lado si salían a caballo o en coche, o daban su acostumbrado paseo por los jardines o por la terraza.

—Abuelo —dijo un día Cedric, levantando la cabeza del libro que leía, tendido sobre la alfombra—, ¿se acuerda Usted de lo que le dije la primera noche, que seríamos buenos

camaradas? A mí me da la sensación de que no podríamos ser mejores amigos. ¿Qué le parece a usted?

—Yo creo que, ciertamente, somos bastante buenos amigos —respondió Su Excelencia—. Ven aquí, Fauntleroy.

El niño se levantó y se acercó al conde.

—¿Hay algo que desees? —Le preguntó su abuelo—. ¿Algo que no tengas?

Los ojos del pequeño se posaron en los del conde con pesar.

—Una sola cosa —le dijo.

—¿Y qué es eso que desees?

El niño permaneció un buen rato en

silencio, como si no osara contestar para no herir a su abuelo; no en vano había dado tantas vueltas al asunto.

—Bueno, ¿qué es? —repitió el conde de Dorincourt.

—Es mamá —contestó el niño, finalmente.

El conde experimentó un ligero estremecimiento.

—Pero si la ves todos los días —indicó—. ¿No tienes bastante?

—La verdad es que estaba acostumbrado a verla siempre. Me daba un beso al acostarme y al despertar estaba siempre junto a mi cama. Podíamos contarnos siempre todo sin

tener que esperar a una hora fija.

Los ojos del anciano y del niño se escudriñaron fijamente en medio del más absoluto silencio. Después, el conde, con el ceño fruncido, preguntó:

—¿No te olvidas nunca de tu madre?

—No —contestó Cedric—, nunca, y ella tampoco se olvida nunca de mí. Yo no me olvidaría de usted, abuelo, aunque no viviera en el castillo; al contrario, le recordaría todavía más.

—Palabra de honor —comentó el conde, después de mirarle un momento—. Te creo.

Los celos que le atormentaban siempre que el niño hablaba de su madre

parecieron ahora cobrar más fuerza; y eso era debido a que cada día era mayor el cariño que profesaba hacia su nieto.

Pero no tardaron mucho en atormentarle otras preocupaciones, tanto más difíciles de soportar, que casi llegaron a hacer que se olvidara del odio que sentía por su nuera. Esto ocurrió de la siguiente manera: Una tarde, pocos días antes de terminarse las obras de «El Patio del Conde», se celebró un gran banquete en Dorincourt. Hacía ya mucho tiempo que no se había celebrado en el castillo ninguna fiesta como aquélla. Unos días antes, sir Harry y lady Lorrیداile, la única hermana del

conde, habían llegado al castillo. Este acontecimiento causó gran conmoción en el pueblo y puso la campanilla de la tienda de la señora Dibble en continuo vaivén, pues era sabido que, desde que contrajo matrimonio, lady Lorridaile sólo había estado en el castillo una vez, y de esto hacía ya treinta y cinco largos años.

Era una señora ya anciana, pero todavía hermosa, con el pelo blanco y de sonrosadas mejillas, buena como el pan; pero no apreciaba mucho a su hermano, y como tenía, además, una voluntad indomable y decía francamente lo que pensaba, dejó de tratarse con él

después de varias riñas.

Durante los años que no se habían tratado, oyó hablar mucho de él y, a decir verdad, de un modo un poco desagradable. Había oído comentar el abandono en que tenía a la condesa y la muerte de la desgraciada señora, su falta de cariño hacia los hijos, y lo débiles y viciosos que eran los dos mayores, los cuales le habían proporcionado numerosos disgustos y muchos bochornos. A los dos hijos mayores del conde no los llegó a conocer nunca, pero un día había llegado a Lorridaile Park un muchacho de unos dieciocho años, alto, esbelto y de muy buen ver, que se

le presentó diciendo que era su sobrino Cedric Errol y que venía a hacerle una visita, ya que pasaba por allí cerca y deseaba conocer a su tía Constancia, de la que había oído hablar mucho a su madre.

El afectuoso corazón de lady Lorridaile se conmovió al verle, y le instó para que se quedara con ella y con su marido durante una semana, en el transcurso de la cual le mimó muchísimo y se quedó muy admirada de él. Pudo observar que su sobrino tenía muy buen carácter, y era muy ingenioso y alegre, por lo que, cuando se marchó, lady Lorridaile le echó mucho de menos y en

numerosas ocasiones había sentido deseos de volver a verle, lo cual le resultó imposible, pues al conde le molestó mucho que su hijo hubiera ido a ver a su hermana y le prohibió terminantemente que volviera a hacerlo. Pero lady Lorridaile siempre le recordaba con cariño, y aunque temía que hubiera hecho una mala boda en América, se enojó mucho al saber que su padre le había echado de su casa, y que nadie sabía ni cómo vivía. Por fin se enteró de su muerte; poco después le notificaron el óbito de Bevis, el primogénito del conde, y posteriormente supo de la muerte de Mauricio, ocurrida

en Roma. Por último se enteró de la historia del niño americano, a quien se buscaba para traerle a Inglaterra para ser lord Fauntleroy.

—Es muy probable que le eche a perder como a los demás —dijo a su marido—, a menos que la madre tenga la suficiente voluntad para educarle.

Pero cuando supo que la madre de Cedric había sido separada de su hijo, la indignación la dejó casi sin habla.

—¡Es vergonzoso, Enrique! —exclamó—. ¡Imagínate a un niño de esa edad, separado de su madre y recluido en compañía de ese malvado hombre que es mi hermano! Una de dos, o el

anciano conde tendrá al chiquillo aterrizado con su mal genio, o le mimará tanto que lo convertirá en un niño insoportable. Si yo consiguiera algo escribiéndole...

—No te esfuerces, Constancia, con tu hermano no conseguirás nada —había dicho sir Enrique.

—Sí, ya lo sé; le conozco demasiado bien; pero lo que ha hecho no tiene nombre.

No eran únicamente los pobres y los labradores los que hablaban de lord Fauntleroy; otras personas también le conocían. Se hablaba tanto de él y se comentaba tanto su apostura y su buen

carácter, como su popularidad y la creciente influencia que ejercía sobre el conde, así que estos rumores llegaron hasta las posesiones de la nobleza; y en más de un condado de Inglaterra se ocuparon de aquella personita. Se hablaba de él en las fiestas, las señoras compadecían a su madre y se preguntaban si realmente sería tan guapo como se decía; los caballeros, conociendo bien al conde de Dorincourt, se reían mucho de la buena fe que tenía el pequeño en la bondad y amabilidad de su abuelo. Sir Tomás Asshe, de Asshaine Hall, encontró un día en Erleboro al conde y a su nieto mientras

paseaban a caballo y se detuvo para saludar al conde y para felicitarle por su restablecimiento y por el buen semblante que mostraba. Hablando después de este encuentro decía: «Les aseguro que el viejo iba más inflado que un pavo real, lo cual no es nada extraño, pues no he visto nunca a un chico más apuesto y más robusto que el famoso nieto. Derecho como un huso, y montando con la misma soltura que si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida».

Así fue como poco a poco estos rumores llegaron hasta lady Lorrیداile. Una vez se hubo enterado de lo ocurrido con Higgins, el muchacho cojo, las

casuchas y otra serie de cosas, le entraron ganas de conocerle. Justamente cuando se dedicaba a pensar en el modo en que podría realizar su deseo, recibió, no sin gran sorpresa por su parte, una carta con el sello de su hermano, en la cual la invitaba, junto a su marido, a pasar unos días en Dorincourt.

—¡Es increíble! —exclamó—. Había oído decir que este niño obraba milagros en su abuelo, y ahora empiezo a creer que es cierto. Quiere que le conozcamos. Todo el mundo dice que adora al chiquillo, a quien satisface por completo en todos sus deseos.

Y contestó rápidamente, aceptando

la invitación. El día de su llegada a Dorincourt era ya tarde, y subió directamente a su habitación sin ver a su hermano. Cuando se hubo cambiado de vestido bajó a la sala. El conde, de pie cerca de la chimenea, parecía más alto y más tieso que nunca, y a su lado, vestido de terciopelo negro, con el gran cuello de encaje blanco que le caracterizaba, había un niño de cara juvenil que posó en ella unos ojos oscuros tan agradables y cándidos que al verlos estuvo a punto de lanzar una exclamación de sorpresa y alegría.

Saludó al conde, llamándole por su nombre de pila, el Cual no había vuelto

a pronunciar desde su juventud.

—¿Qué tal estás, Molyneux? ¿Éste es el niño?

—Sí, Constancia —asintió el aludido—; éste es... Fauntleroy, esta señora es tu tía abuela, lady Lorridaile.

—¿Cómo está usted, tía? —saludó Fauntleroy.

Lady Lorridaile puso una mano sobre un hombro de Cedric, luego le miró y finalmente le dio un efusivo beso, al tiempo que decía:

—Soy tu tía Constancia y quería mucho a tu pobre padre, a quien te pareces mucho.

—Me gusta oír decir que me parezco

a papá —contestó el niño—, porque por lo que parece todos le querían mucho... lo mismo que a mamá... tía Constancia.

La tía Lorridaile estaba extasiada; se inclinó y volvió a besarle; desde aquel momento se hicieron muy buenos amigos.

—Bueno, Molyneux —le dijo al conde cuando estuvieron solos—, no podías haber tenido mayor suerte.

—Eso creo —contestó secamente el conde—. Somos grandes amigos y me tiene por el más encantador y amable de los filántropos. Te quiero decir algo en confianza, pues aunque no te lo dijera, seguro que no tardarías en darte cuenta

de que corro un grave peligro de
chiflarme por completo con el chiquillo.

—¿Y qué piensa de ti la madre? —
preguntó lady Lorrیداile, con su
acostumbrada franqueza.

—No me he molestado en
preguntárselo —respondió con
semblante enfadado el conde.

—Pues bien —siguió la tía abuela
de Cedric—, mi intención es, desde
luego, hablarte con toda confianza,
Molyneux, y te diré que no apruebo en
absoluto tu conducta y que pienso visitar
de inmediato a la señora Errol; así es
que si vas a pelearte conmigo, hazlo de
una vez, cuanto antes mejor. Cuanto más

voy sabiendo de este asunto, más convencida estoy que debe de ser gracias a ella que el niño sea como es. Nos han llegado noticias a Lorridaile Parle de que tus pobres colonos ya la quieren muchísimo.

—Es al niño al que quieren muchísimo —precisó el conde—. En cuanto a la señora Errol, la encontrarás muy bonita. Algo agradecido debo estarle, por haber transmitido su belleza al niño, y puedes ir a verla cuando quieras. Por mi parte sólo pido que siga viviendo en Court Lodge, y que no me exijas que vaya a verla.

Y después de estas palabras, el

conde se encerró en un mutismo absoluto.

—He visto claramente que ya no le tiene tanto odio como antes —comentó posteriormente lady Lorrیداile a sir Enrique—, y en cierta forma ha cambiado mucho. Aunque parezca imposible, el cariño que tiene a ese niño le está transformando en un ser humano. ¡Y resulta que el chico le quiere de verdad! ¡Se apoya en su silla y en sus rodillas! ¡Los hijos del conde, antes de hacer esto, hubieran preferido apoyarse sobre un tigre!

Al día siguiente, lady Lorrیداile fue a ver a la señora Errol, y al regresar

estuvo hablando con su hermano:

—Molyneux, la señora Errol es la mujer más bonita que he visto nunca. Su voz es tan suave como el sonido de una campanilla, y ya puedes agradecerle que el niño sea como es. Le ha dado algo que vale mucho más que la hermosura, y te equivocas mucho al no quererla convencer de que venga a vivir aquí para cuidarte. Voy a invitarla a Lorrیداile Park.

—No querrá separarse de su hijo —contestó el conde.

—Es que he pensado también llevarme al chico —dijo, riéndose, lady Lorrیداile.

Pero sabía perfectamente que esto era imposible y cada día que pasaba, comprendía mejor cuán unidos estaban su hermano y el niño.

Comprendió también que el motivo principal de dar el solemne banquete era el deseo del conde de presentar en sociedad a su nieto y heredero, para poder demostrar que el niño, de quien tanto se había hablado, era mucho mejor de lo que se decía.

—Bevis y Mauricio le dieron muchos disgustos —comentó lady Lorrیداile a su marido—. Eso lo sabe todo el mundo. Yo creo que llegó incluso a odiarles. En cambio, con este

niño su orgullo se encuentra por completo satisfecho.

Todas las personas convidadas aceptaron la invitación por estar llenos de curiosidad hacia el pequeño lord Fauntleroy. En efecto, el día del banquete toda la alta sociedad de los contornos le conoció.

—El chico está muy bien educado y por lo tanto no molestará a nadie —había dicho el conde—. Por lo general, los niños son molestos o imbéciles; los míos eran las dos cosas; pero éste sabe perfectamente cuándo debe contestar y cuándo debe callar. Nunca molesta.

Pero los invitados no le dejaron

callado durante mucho tiempo; todos tenían algo que decirle, ya que justamente lo que querían era oírle hablar.

Las señoras le mimaban y le hacían preguntas; también se las hacían los caballeros, a la vez que bromeaban con él. Fauntleroy no comprendía a veces por qué se reían tanto cuando contestaba a alguna pregunta; pero como estaba acostumbrado a ver muy divertida a la gente mientras él estaba muy serio, no se preocupó en lo más mínimo.

Aquella noche lo pasó muy bien. Los magníficos salones estaban espléndidamente iluminados. Había

muchas flores y muchas señoras vestidas con trajes maravillosos y con muchísimos adornos alrededor de las gargantas y sobre las cabezas. Especialmente una señorita que, por lo que dijeron, acababa de pasar una temporada en Londres, y era tan encantadora que no podía apartar la vista de ella. Era más bien alta, y su cabeza estaba adornada de suaves y negros cabellos, tenía unos hermosos ojos y sus labios y mejillas parecían hechos con pétalos de rosa.

Llevaba un precioso vestido blanco y un collar de perlas adornando su garganta. A esta señorita le sucedía una

cosa muy rara: la rodeaban tantos caballeros que Fauntleroy pensó que debía de ser algo así como una princesa. Estaba tan interesado en ella que, sin darse cuenta, poco a poco se le fue acercando, hasta que por fin la señorita se volvió hacia él y le dijo sonriendo:

—Ven aquí, lord Fauntleroy, y dime por qué me miras tanto.

—Estaba pensando en lo bonita que es usted —le contestó con la mayor ingenuidad el niño.

Todos los caballeros se echaron a reír; la señorita también se rio un poco, y sus mejillas subieron de color.

—¡Ah, Fauntleroy! —Dijo uno de

los caballeros—, haces bien en aprovechar el tiempo; cuando seas mayor no te atreverás a decirlo.

—¿Y por qué no habría de decirlo?
—Inquirió Cedric—. ¿Puede usted negarlo? ¿O es que no le parece también a usted muy bonita?

—Nosotros no podemos expresar todo lo que pensamos —medió otro caballero, para sacar del apuro al interrogado.

Pero la hermosa señorita, que se llamaba Vivian Herbert, alargando el brazo, atrajo a Cedric hacia sí, pareciendo todavía más bonita, si eso era posible.

—Lord Fauntleroy puede decir todo lo que se le ocurra —indicó—, y yo le estoy muy agradecida. Estoy segura de que dice lo que piensa.

Y aprovechó para darle un beso.

—Ciertamente, creo que es usted la persona más bonita que he visto —volvió a decir Cedric, mirándola con ojos admiradores—, exceptuando a mamá. Claro está que yo no puedo encontrar a nadie tan guapa como mamá. Creo que es la persona más hermosa del mundo.

—Yo también lo creo —dijo la señorita Herbert, riéndose y volviendo a besarle.

Estuvo con él casi toda la noche, y el grupo que les rodeaba fue uno de los más animados. Sin darse cuenta de cómo, Cedric se encontró enseguida explicándoles cosas de América, de la república, de Dick y del señor Hobbs, y por fin sacó orgullosamente de su bolsillo el regalo de despedida de Dick: el pañuelo de seda roja, diciendo:

—Esta noche lo llevo en el bolsillo porque hay mucha gente, y creo que a Dick le gustaría que yo lo usase en una ocasión como ésta.

Y los ojos de Cedric expresaban tanta seriedad y tanto cariño al decir esto, que ninguno de los allí reunidos se

atrevió a reír, a pesar de tratarse de un pañuelo muy grande y muy feo.

—A mí me gusta mucho, porque es un regalo de Dick.

Y, como había pronosticado el conde, aunque habló mucho, no molestó a nadie. Sabía estar callado, escuchando, cuando eran los demás los que hablaban; de esta forma no pudieron evitar sonreír al verle en varias ocasiones acercándose a su abuelo o sentado a su lado, observándole atentamente y escuchando sus palabras con el mayor interés. Una vez se acercó tanto al conde, que le rozó el hombro con la cabeza, y Su Excelencia, notando

las sonrisas de los que les rodeaban, sonrió también, casi por primera vez ante un público tan numeroso. Sabía lo que pensaban los presentes, y le divertía que viesen que él y el pequeño eran muy buenos amigos, a pesar de que el niño podía haber participado de la mala opinión que los demás tenían formada de él.

El señor Havisham tenía prevista su llegada por la tarde; pero se retrasó mucho, cosa que se observó como muy rara en él, ya que en los muchos años que llevaba frecuentando el castillo, no le había sucedido nunca.

Tan tarde llegó, que los invitados

estaban a punto de pasar al comedor. Cuando se acercó al conde, éste le miró asombrado: su rostro frío y perspicaz estaba pálido y desencajado, y parecía muy excitado.

—Me ha retenido —le explicó al conde— un acontecimiento extraordinario.

Era tan inusitado en el abogado el estar excitado como llegar tarde; pero sin lugar a dudas estaba preocupado. Apenas comió y se estremeció en varias ocasiones cuando alguien le dirigía la palabra, como si sus pensamientos se encontraran muy lejos de allí. Al entrar lord Fauntleroy en el comedor, a la hora

de los postres, le miró varias veces nerviosa y agitadamente. Cedric, que lo notó, no sabía qué pensar: el señor Havisham y él eran muy buenos amigos, y siempre que le veía le sonreía en forma amistosa; pero esa noche el abogado parecía haber olvidado hasta el modo de sonreír, y en efecto, todo lo había olvidado menos las extrañas y dolorosas nuevas que aquella misma noche tenía que comunicarle al conde... noticias extraordinarias que habrían de cambiar por completo la situación. Al contemplar los salones brillantemente iluminados; a la distinguida concurrencia, reunida únicamente para

conocer al pequeño lord; al mirar sobre todo al orgulloso abuelo del niño y a éste sonriendo a su lado, se sintió profundamente conmovido, a pesar de ser un experto y viejo abogado, endurecido por la larga práctica de su profesión. ¡Qué fuerte era el golpe que les había de dar!

No se apercibió ni tan siquiera de cómo terminó el inacabable banquete. Le parecía estar en un sueño y varias veces notó que el conde le miraba extrañado. Pero al fin se terminó la comida, se reunieron los caballeros con las señoras en el salón, y encontró a lord Fauntleroy sentado en un sofá al lado de

la señorita Herbert.

—Muchísimas gracias por su amabilidad, señorita. Nunca había asistido a una fiesta, y hacerlo en su compañía me ha divertido muchísimo — le decía en aquel momento Fauntleroy a su acompañante.

Tan bien se lo había pasado que, cuando los caballeros volvieron a reunirse alrededor de la joven y empezaron a hablarle, por más esfuerzos que hacía por atender a la conversación, no podía impedir que se le cerrasen los párpados; por dos o tres veces dio una cabezada, pero se despertaba enseguida al oír la risita de la señorita Vivían

Herbert.

Estaba seguro de que no se dormiría del todo; pero, como detrás suyo tenía un almohadón muy grande y muy blando, poco a poco fue hundiendo la cabeza en él, y por fin sus ojos se cerraron definitivamente y ya no se volvieron a abrir del todo, ni siquiera cuando después de pasado mucho rato, sintió que le besaban suavemente en la mejilla. Era la señorita Herbert que se despedía y le decía en voz baja:

—Buenas noches, pequeño lord Fauntleroy, que tengas felices sueños.

Y cuando se despertó a la mañana siguiente no recordaba que, intentando

abrir los ojos, había murmurado entre sueños:

—Buenas... noches... señorita... me alegro... mucho... de haberla... conocido... es... usted... muy bonita.

Sólo recordaba de forma vaga haber oído las risas de los caballeros y haber pensado en el porqué de aquellas risas.

Tan pronto como se hubo marchado el último invitado, el señor Havisham se apartó de la chimenea, se acercó al sofá en donde descansaba Cedric y se quedó contemplándole un buen rato. El pequeño lord Fauntleroy dormía plácidamente, con una pierna colgando del sofá, un brazo echado por encima de

la cabeza y el rostro enrojecido por el calor de su sueño de niño sano; sobre el gran almohadón se esparcía su cabello dorado: era un cuadro digno de ser pintado.

Mientras el abogado le observaba, acariciándose como de costumbre la barbilla, su rostro expresaba honda preocupación.

—Y bien, Havisham —oyó que decía el conde por detrás de su hombro —; ¿qué ocurre? Es evidente que algo grave ha sucedido. ¿Qué es eso tan extraordinario? ¿Quieres hacer el favor de decírmelo?

El señor Havisham, dando la

espalda al sofá, se giró y siguió acariciándose la barbilla.

—Traigo malas noticias —dijo, por fin—, muy malas noticias, Milord... no pueden ser peores. Y siento mucho tener que ser yo el portador de ellas...

Al conde le había intranquilizado durante la cena la actitud del señor Havisham, y esa intranquilidad le producía muy mal humor.

—¿Por qué miras de esta forma al chico? —preguntó, irritado—. Le has estado mirando toda la noche como si... Mira, Havisham, ¿por qué no le dejas de mirar y me dices de una vez por todas cuáles son estas malas noticias? ¿Es que

estas noticias tienen algo que ver con lord Fauntleroy?

—Milord —contestó el abogado—, no me andaré con rodeos. Mis noticias se refieren justamente a lord Fauntleroy, y si hemos de creérnoslas... el que está plácidamente dormido en ese sofá no es lord Fauntleroy, sino simplemente el hijo del capitán Errol, y el verdadero lord Fauntleroy, es el hijo de su hijo Bevis, y se encuentra en estos momentos en Londres, en una casa de huéspedes.

El conde se agarró a los brazos de su butaca con tanta fuerza, que parecía que las venas de su mano y de la frente le iban a estallar de un momento a otro.

Su rostro adusto estaba ahora pálido como un muerto.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco? ¿De dónde has sacado esa mentira?

—Si es mentira —contestó el señor Havisham—, por desgracia es muy parecida a la verdad. Esta misma mañana se ha presentado una mujer en el despacho, diciéndome que Bevis se había casado con ella hace seis años; me enseñó el certificado de matrimonio. Al año de casados se separaron, pasándole su marido una pensión para que no le molestase. Tiene un hijo de cinco años... es una americana de la más baja

estofa, una ignorante... y hasta hace poco no se dio cuenta de los derechos de su hijo. Fue a consultar a un abogado, y averiguó que el muchacho era el verdadero lord Fauntleroy y heredero del condado de Dorincourt, y por supuesto insiste en que sus derechos sean reconocidos.

La rubia cabeza, que descansaba sobre el almohadón, se movió. Un suave, soñoliento y prolongado suspiro salió de los labios entreabiertos de Cedric. El pequeño se estiró sin despertarse, pero de una forma tranquila, sin agitación; no parecía turbarle el sueño en lo más mínimo el

hecho de aparecer como un impostor, que ni era lord Fauntleroy ni nunca llegaría a ser conde de Dorincourt. Se limitó a volver su sonrojada cara, como para que pudiera verle mejor el anciano que de forma tan solemne le contemplaba.

—Me negaría a creerlo —dijo entonces el conde—, si no fuera una cosa tan baja y canallesca, que resulta, al tratarse de Bevis, muy normal. Es muy propio de mi hijo. Siempre fue una vergüenza para la familia; fue débil y vicioso; y siempre tuvo gustos degradantes; éste era mi hijo y heredero Bevis, lord Fauntleroy. ¿Dices que la

mujer es una ignorante y ordinaria?

—Me veo obligado a confesar que apenas sabe escribir su propio nombre —le contestó el señor Havisham—. Parece no haber recibido ningún tipo de educación, y es francamente una interesada y oportunista. No le preocupa más que el dinero. Es relativamente guapa, pero se la ve muy vulgar...

El abogado se interrumpió, pareció estremecerse y se quedó callado.

Las venas del conde parecían cuerdas moradas, y por su frente corrían gotas de sudor, que enjugaba con un pañuelo. Sonriendo aún con mayor amargura, y señalando al niño dormido,

dijo:

—Y pensar que a mí me parecía mal la otra mujer, la madre de este niño... No quise verla a pesar de que sabía algo más que escribir su nombre. Supongo que esto debe de ser un castigo divino.

Repentinamente se levantó de la butaca y empezó a pasearse por la habitación. De sus labios salían juramentos; su rabia, su odio y su cruel desengaño le agitaban, como agita la tormenta a los árboles. Daba respeto verle, pero el señor Havisham notó que no se olvidaba del niño ni incluso en los momentos de mayor violencia, ya que evitaba hablar alto para que no

despertase.

—¡Debí imaginármelo! ¡Desde el mismo momento en que nacieron fueron una deshonra para mí! ¡Los odiaba, y me odiaban! Y Bevis era el peor de los dos. No obstante, todavía no puedo creérmelo, y hasta el último momento me negaré en redondo a hacerlo; pero es algo muy propio de Bevis... y realmente parece cosa suya.

Y volvió a encolerizarse y a hacer preguntas acerca de la mujer y de su documentación, mientras paseaba por la habitación y el rostro se le ponía a veces tan pálido y ceniciento como otras aparecía rojo de ira.

Cuando estuvo enterado de todo, el señor Havisham le miró con ansiedad.

El conde estaba cambiado, desencajado y abatido. Sus accesos de cólera le habían hecho siempre mucho daño; pero éste había sido el peor de todos, porque en el fondo había algo más que ira.

Por fin se acercó lentamente al sofá y se detuvo ante él.

—Si alguien me hubiera dicho que llegaría a querer tanto a este niño —dijo, con una voz que demostraba su pesar— no lo hubiera creído. Siempre aborrecí a los niños... y a los míos más que a ningún otro. A éste le quiero, y él

me quiere a mí. No soy agradable ni lo he sido nunca, pero él me quiere y no me tiene miedo, siempre ha confiado en mí. Hubiese ocupado mi lugar mejor que yo: hubiera honrado nuestra estirpe.

Se inclinó hacia el niño y le miró durante unos instantes. Sus pobladas cejas estaban fieramente fruncidas, pero incluso así su rostro no infundía temor. Alargó la mano y separó de la frente del niño los sedosos mechones dorados que la cubrían. Después se volvió y tocó el timbre. Cuando apareció Tomás le dijo, señalando el sofá:

—Lleva —y su voz se alteró bastante—, lleva a lord Fauntleroy a su

habitación.

Capítulo XI

NERVIOSISMO EN AMERICA

DESPUÉS de separarse de su joven amigo, que partía para Inglaterra convertido en lord Fauntleroy, el tendero tuvo tiempo de sobra para darse cuenta de que lo que separaba a ambos amigos era, ni más ni menos, el océano Atlántico; entonces el señor Hobbs empezó a sentirse muy triste y a encontrarse muy solo. El tendero, que no era una persona muy lista, tampoco tenía grandes aptitudes para relacionarse con las personas, por lo que su único entretenimiento consistía en leer los

periódicos y en hacer las cuentas. Cuando Cedric estaba con él, solía ayudarlo con frecuencia a hacer números, ya que había aprendido a sumar y a contar ayudándose con los dedos de la mano. Como además era un niño sumamente atento y al que le gustaba escuchar, tomaba tanto interés en lo que decía el periódico y habían sostenido conversaciones tan largas sobre cualquier tema, que no era extraño que su marcha hubiera dejado, en la tienda de ultramarinos, un vacío muy difícil de llenar. Durante los primeros días, al señor Hobbs le parecía que Cedric no estaba muy lejos y que no

tardaría en regresar; que algún día, al levantar la cabeza del periódico, le vería asomando por la puerta, con su traje blanco, sus medias coloradas, el sombrero en la coronilla, y le diría: «¡Hola, señor Hobbs Hace calor hoy!, ¿verdad?».

Pero como los días iban pasando y Cedric no aparecía, el señor Hobbs se iba sintiendo cada vez más solo y más aburrido. El periódico ya no le divertía como de costumbre, por lo que, después de leerlo, lo dejaba sobre sus rodillas y se quedaba un buen rato mirando el taburete donde solía sentarse Cedric. Este taburete tenía en las patas unas

señales que ponían al tendero muy melancólico; estas muescas eran obra de los tacones del que iba a ser lord Fauntleroy, al golpearlas, mientras hablaba. Después de contemplar aquellas señales, el señor Hobbs solía sacar el reloj de oro que le había regalado Cedric y leía la inscripción grabada en el estuche:

*Al señor Hobbs de su más
antiguo amigo:
lord Fauntleroy.*

*Siempre que tomes esto en tus
manos, querido amigo, acuérdate
de mí.*

Después de mirarlo un rato, cerraba la tapa dando un suspiro, se levantaba y se dirigía hacia la puerta... se situaba entre el cajón de las patatas y el barril de las manzanas y se ponía a mirar la calle, con la esperanza de ver aparecer por la esquina al pequeño lord. Por la noche, una vez había cerrado ya la tienda, encendía su pipa y paseaba lentamente hasta la casa que había sido habitada por los Errol y en la cual había un cartel en el que se anunciaba que aquella casa estaba en alquiler. Se detenía allí un rato, moviendo la cabeza y chupando con fuerza la pipa; luego se dirigía muy triste a su casa. Siguió así

durante un par de meses, pasados los cuales se le ocurrió por fin una idea; como era tan lento, tardaba mucho en discurrir nuevas ideas y por lo general prefería la rutina a las innovaciones.

Pasado aquel tiempo durante el cual las cosas, en lugar de mejorar, habían ido empeorando, un nuevo plan fue desarrollándose lentamente en su cerebro. Iría a ver a Dick; él estaba enterado de todos sus asuntos por Cedric, que le había hablado mucho de él, y esperaba encontrar algún consuelo, hablando con el mozalbete, del amigo ausente.

Sucedió, pues, que un día que Dick

se encontraba muy atareado limpiando las botas de un parroquiano, un hombre bajo y regordete, de cara redonda y con la cabeza calva, se detuvo en la acera, mirando el anuncio de limpiabotas que rezaba:

«Profesor Dick Tipton; no hay quien le gane».

Estuvo un buen rato mirando el letrero, tanto que a Dick empezó a llamarle la atención, y cuando terminó el trabajo que tenía entre manos, le preguntó:

—¿Quiere usted que le limpie los zapatos, señor?

El hombre grueso se adelantó pausadamente y, poniendo un pie en el cajón del limpiabotas, dijo:

—Sí, por favor.

Entonces Dick se puso a trabajar rápidamente, mientras el hombre miraba alternativamente al limpiabotas y al letrero.

—¿De dónde ha sacado usted esto?

—preguntó el señor Hobbs.

—Me lo regaló un amigo —contestó Dick—, un chico que me dio todo el equipo y que es el niño más bueno que he conocido. Ahora vive en Inglaterra, se fue allá para hacerse lord.

—Lord, lord... —dijo el señor

Hobbs con estudiada lentitud—. Lord Fauntleroy, que con el tiempo llegará a ser conde de Dorincourt.

—¡Cómo! ¿Le conoce usted, también?

—Sí, le conozco... —respondió el tendero, limpiándose el sudor de la frente— desde que nació. Éramos amigos desde siempre.

Estos recuerdos emocionaban al señor Hobbs. Sacó del bolsillo el magnífico reloj de oro, lo abrió, y se lo enseñó a Dick, mostrándole la inscripción del estuche.

—Este fue su regalo de despedida. «No quiero que usted me olvide», me

dijo al dármele. No tenía por qué hacerlo, ya que yo le hubiera recordado siempre; es un amigo inolvidable.

—Es el muchacho más simpático del mundo —comentó el limpiabotas—. Yo le quería mucho, y también éramos amigos. Desde el principio de nuestra amistad puede decirse que fuimos íntimos. Le saqué la pelota de debajo de un autobús y no lo olvidó nunca. Venía aquí con su madre o su niñera y me gritaba: «¡Hola, Dick!», lo mismo que si midiera metro y medio de alto, en lugar de ser poco mayor que un saltamontes. Era un niño de carácter muy alegre, y cuando las cosas me iban mal, me

animaba mucho con sus consejos y buenas intenciones.

—Es cierto —indicó Hobbs—, y ha sido una lástima que le hayan hecho lord y que luego sea conde; hubiera sobresalido más en el negocio de ultramarinos... o en el de las telas —y volvió a mover la cabeza con más sentimiento que nunca.

Resultó que tenían tanto de qué hablar, que era imposible decirlo todo de una vez; así es que se citaron para la noche siguiente, en la que Dick iría a la tienda del señor Hobbs y le haría un rato de compañía. A Dick le había gustado la proposición de Hobbs, ya que, aunque

había sido un golfo casi siempre, había pensado más de una vez en lo interesante de llevar una existencia más respetable. Desde que llevaba solo el negocio, ganaba lo suficiente para poder dormir bajo techado y no en la calle como antes, y esperaba poder llegar más lejos con el tiempo. Así es que, ser invitado a visitar a un hombre gordo y respetable, dueño de una tienda que hacía esquina y hasta de un carro y un caballo, le agradaba tanto que le parecía un verdadero acontecimiento.

—¿Sabe usted algo de castillos y condes? —Preguntó el tendero a Dick—. Me gustaría conocer más detalles.

—En la Gaceta se publica una novela que habla de ellos —comentó el limpiabotas—. Se titula: «*El crimen de una corona o la venganza de la condesa María*». Es una novela de primera y algunos de mis compañeros la están leyendo.

—Llévela cuando venga a mi tienda —manifestó el señor Hobbs—, yo se la pagaré. Lleve todo lo que encuentre que hable de condes, y si no encuentra nada de condes, da lo mismo que sea de marqueses o de duques..., aunque nunca dijo nada de duques o marqueses... Algo sí hablamos de coronas, pero no he visto ninguna. No creo que las haya por

aquí.

—Posiblemente en alguna joyería de la ciudad... —dijo Dick—, pero no sé si sabría reconocerlas, si viera alguna.

El señor Hobbs no dio ninguna explicación sobre si sería capaz de reconocerlas o no; se limitó a mover la cabeza dignamente y dijo:

—Me parece que no son de gran importancia —y con esto dio por zanjado el asunto.

Este fue el comienzo de una verdadera amistad entre el señor Hobbs y Dick. Cuando éste iba a la tienda, el tendero le recibía muy cordialmente, le ofrecía una silla, que apoyaba junto a la

puerta, cerca del barril de manzanas, y cuando veía a su joven visitante sentado allí, le decía, señalando con el dedo:

—Coja las que quiera —y después de esto empezaba a ojear las novelas que le traía Dick.

Después de repasarlas por encima, venían los comentarios sobre la aristocracia británica, terminados los cuales el señor Hobbs fumaba con ganas su pipa, al mismo tiempo que movía la cabeza abstraídamente.

Estos movimientos se acentuaron el día que mostró a Dick las señales hechas en las patas del taburete.

—Éstas son las marcas de sus

patadas, sus propias patadas. Me paso las horas mirándolas. En este mundo todo está en constante cambio, pues ahí mismo se sentaba a comer galletas que sacaba de una caja y manzanas que cogía del barril, y ahora es un lord que vive en un castillo. En fin, éstas son las señales de las patadas de un lord que algún día será conde.

Estas reflexiones y las palabras de Dick parecían consolarle algo. Antes de que éste se marchara, cenaban en la trastienda. Aquel día comieron queso, galletas, sardinas y una porción de cosas que tenía el señor Hobbs en la despensa. Para acompañar todo esto el tendero

abrió un par de botellas de cerveza y propuso un brindis.

—¡A la salud de Cedric Errol! — Propuso, levantando el vaso—. Para que sirva de modelo a los condes, a los marqueses, duques y a todos los que se encuentre por allá.

El señor Hobbs y Dick siguieron viéndose con relativa frecuencia.

Un día, el señor Hobbs se dirigió a la parte baja de la ciudad y entró en una librería con el fin de engrosar su biblioteca. Se acercó al mostrador y pidió:

—Deseo un libro que hable de condes.

—¿Qué dice usted? —preguntó el dependiente.

—Quiero un libro —repitió el tendero— de condes.

—Me temo, señor, que no tengo lo que usted me pide —indicó el librero.

—¿No? —Insistió el señor Hobbs—. Bueno, me da lo mismo si es de duques o de marqueses.

—Es que no conozco ningún libro que hable de condes o de marqueses.

El señor Hobbs se encontró completamente desorientado. Miró al suelo y luego miró al techo.

—¿Tampoco de condesas? —preguntó.

—Lo siento, pero no.

—Bien, pues, adiós —se despidió el señor Hobbs.

Iba a salir ya de la tienda cuando el dependiente le llamó y le preguntó si podría servirle una novela en la que los protagonistas fueran de la nobleza. El señor Hobbs contestó que sí..., si es que no podía conseguir un libro que hablara Únicamente de condes. El dependiente le vendió entonces un libro titulado *La Torre de Londres*, escrito por el señor Harrison Ainsworth.

El primer día que volvió Dick a la tienda empezaron a leerlo. Era un libro maravilloso y sumamente emocionante.

El argumento se desarrollaba durante el reinado de la famosa reina de Inglaterra que algunos llaman «María la Sanguinaria». A medida que el señor Hobbs iba enterándose de la costumbre que, por lo que se decía en el libro, tenía la reina María de quemar viva a la gente, torturar y cortar cabezas, su agitación iba en aumento. Se sacó la pipa de la boca, se quedó mirando a Dick con los ojos abiertos de par en par y, por fin, se vio obligado a secarse el sudor que le corría por la frente.

—Pero ¡si no está nada seguro! —
Pudo articular por fin—. Si las mujeres que ocupan el trono ordenan todas estas

barbaridades, ¿quién sabe lo que puede estar pasándole en estos momentos al niño? Si una mujer como ésta se vuelve loca, no está nadie seguro.

—Es cierto —asintió Dick, añadiendo, sin embargo, para tranquilizar al señor Hobbs—: Pero fíjese usted que ésta no es la que reina hoy en día en Inglaterra; la de ahora se llama Victoria, y la del libro, María.

—Tienes razón —dijo Hobbs, que tuteaba al muchacho desde aquel mismo día—; tienes razón. Los periódicos no cuentan ninguna historia de torturas, ni de quemar a nadie, pero de todas formas no me parece que esté muy seguro allí,

con esa gente tan rara. Pero ¡si hasta he oído decir que allí no celebran el 4 de Julio!

Pasó algunos días intranquilo, sin conseguir encontrar sosiego hasta que recibió la primera carta de Fauntleroy. También se la leyó a Dick, quien a su vez le leyó a él la que había recibido. Estas cartas produjeron a los dos mucha alegría. Las leyeron, las relejeron, y las comentaron, disfrutando con todas y cada una de sus palabras. Tardaron varios días en escribir las contestaciones, y las leyeron casi tantas veces como las cartas que habían recibido. Para Dick fue muy trabajoso

escribir la suya. Lo poco que sabía de leer y escribir lo había aprendido durante los meses escasos que vivió con su hermano mayor y fue a una escuela nocturna; pero como era muy listo, aprovechó bien ese período de instrucción y desde entonces se dedicó a deletrear palabras de los periódicos y a hacer ejercicios de caligrafía en las paredes, aceras o vallas, con pedacitos de carbón o de yeso.

Le había contado al señor Hobbs toda su vida, y le había hablado de lo bien que se había portado su hermano mayor con él a la muerte de su madre, ocurrida cuando él era muy pequeño. El

padre había muerto algún tiempo atrás. Su hermano se llamaba Ben y cuidó de Dick lo mejor que pudo hasta que fue bastante mayor como para vender periódicos y hacer de recadero; vivían juntos, y Ben se las había ido arreglando hasta lograr entrar en una tienda de dependiente.

—¡Y entonces se casó! —Exclamó el limpiabotas—. Se enamoró de una chica y perdió por completo el sentido común. Se casó con ella y vivían en dos habitaciones interiores. ¡Y buena era la chica! Un verdadero gato montés. Cuando se enfadaba, que era muy a menudo, destrozaba todo lo que tenía a

mano. Tuvo un bebé que salió igual a ella; se pasaba todo el día y toda la noche llorando y chillando; yo tenía que cuidarle y, cuando el chico lloraba, la madre me tiraba a la cabeza todo lo que tenía al alcance. Un día me tiró un plato, pero en lugar de acertarme a mí, dio de lleno al niño, y le hizo una herida en la barbilla; el médico que le atendió dijo que posiblemente le quedaría señal para siempre. ¡Buena madre estaba hecha! ¡Y vaya una temporadita que pasamos el niño, Ben y yo! Se enfurecía cada día con Ben porque no ganaba más dinero; y mi hermano, aburrido, acabó por marcharse al fin al Oeste a probar

fortuna. No haría una semana que se había ido cuando, al volver de vender periódicos una noche, me encontré con la puerta cerrada, y la dueña de la casa me dijo que mi cuñada se había marchado; desapareció sin decir nada. Por la vecindad se comentó que se había marchado a Europa para ir a cuidar a una señora enferma que también tenía un niño. Ni mi hermano ni yo hemos vuelto a saber nada de ella. Si yo fuese Ben, no me preocuparía en absoluto, que es lo que me parece que le pasa a él; pero al principio la quería mucho; le digo a usted que estaba chiflado por ella. Eso sí, era muy guapa cuando no se enfadaba

y se arreglaba un poco. Tenía unos ojazos negros y un pelo muy negro también, que le llegaba hasta la cadera y con el que se hacía una trenza del grosor de mi brazo, que se enroscaba alrededor de la cabeza.

Y sus ojos echaban chispas. La gente decía que era medio italiana... que su padre o su madre eran de allí y que por eso era tan rara... tan latina... decían ellos. Le aseguro que era algo extraordinario.

Muchas veces hablaba Dick al señor Hobbs de su hermano y de su cuñada. Le explicó, también, que desde que se había marchado Ben sólo había escrito un par

de veces. Al principio, por lo que le contaba en sus cartas, no tuvo suerte, y andaba de un lado para otro, pero finalmente se situó en una hacienda de California, donde trabajaba en aquellos momentos.

Los dos amigos de Cedric estaban sentados a la puerta de la tienda; el señor Hobbs fumaba su pipa, como de costumbre.

—No debía haberse casado —dijo solemnemente Hobbs, levantándose para ir a buscar una cerilla—. Las mujeres no tienen ninguna utilidad, o al menos yo no he sabido encontrársela nunca.

Al coger la cerilla se paró mirando

al mostrador.

—¡Anda! Pues... ¿no hay aquí una carta? ¡Cómo no la habré visto antes! La debe de haber dejado el cartero debajo del periódico, o cuando yo estaba distraído con algún cliente.

La cogió y la miró con mucha atención.

—Es una carta suya... de Cedric — exclamó—, de lord Fauntleroy en persona.

Se olvidó por completo de la pipa y volvió a su sitio, muy agitado; sacó el cortaplumas y abrió el sobre, diciendo:

—¿Qué nos contará?

Sacó la carta del sobre, la desplegó

y leyó lo que sigue:

Mi querido señor Hobbs:

Escibo mui deprisa porque tengo algo mui raro para contarle ya se que se quedara ued mui sorprendido cuando se lo esplique todo a sido una equivocación y yo no soi lor ni sere conde ay una señora que estava casada con mi tio Bevis que esta muerto y tiene un niño pequeño y es lor Fauntleroy proque en este pais resulta que el hijo del hijo mayor del conde es el conde si todo el mundo esta muerto quiero decir si

su padre y su abuelo sean muerto
mi abuelo no se a muerto, pero mi
tio Bevis si y asy es que su hijo es
lor Fauntleroy y yo no porque mi
papa era ijo mas pequeño y mi
nombre es Cedric Errol como
cuando estava en Nueva York y
todas las cosas serán del otro niño
yo creí al prinzipio que tendria
que darle mi jaquita ymi
cohecito, pero mi a vuelo dice
que no mi a vuelo está mui triste y
me pareze que no le justa la
señora quiza se ñgure que mama y
yo no sentimos noser conde me
gustaría haora ser conde mas que

*antes porque este castillo es
pecioso y quiero a todos.*

*y cuando sees rico se pueden
acer muchas cosas haora no soi
mui rico por que cuando su papa
el es ijo más joven no es mui rico
voi aprender atrabajar para poder
encargarme de mama e
preguntado a Wilkins si puedo
cuidar cabayos, puede ser que sea
cochero o lacallo la señora trajo a
su iho al castillo y mi abuelo y el
señor Havisham le ablaron, parece
que estava mui enfadada ablaba
tan alto y mi abuelo tambien
estava mui enfadado yo querría*

que no se enfadara y quise contárselo enseguida y a Dick porque me pareció que les interesaría mucho así es que nada más por haora con el cariño de su viejo amigo.

Cedric Errol (no lord Fauntleroy).

El señor Hobbs cayó pesadamente sobre la silla, la carta se escapó de sus manos y el cortaplumas rodó por el suelo, lo mismo que el sobre.

—¡Bueno! —Exclamó Dick—. Por lo visto todo se ha venido abajo.

—¡Qué si se ha venido abajo! —Exclamó el señor Hobbs, indignado—.

Lo único que sé es que todo esto es invención de los aristócratas británicos para despojarle de sus derechos porque es norteamericano. Como sabes, no pueden vernos desde la revolución y ahora se están vengando en él. Ya te dije que no estaba seguro en Inglaterra, y ya ves lo que ha pasado. Posiblemente lo ha decidido el propio gobierno.

Estaba muy nervioso. No había visto con agrado, al principio, el cambio de posición de su joven amigo; pero últimamente se había hecho a la idea, y después de recibir la primera carta de Cedric, en la que le explicaba lo bien que estaba y lo maravilloso que era

todo, empezó a sentir cierto orgullo por los esplendores que le rodeaban.

Aunque no tuviera en muy buena opinión a los condes, sabía que hasta en América el dinero era muy bien visto, y si la riqueza debía acompañar al título de conde, debía ser muy duro perderlo.

—Quieren despojarle de lo que es suyo —dijo— eso es lo que están haciendo. Y nosotros no podemos quedarnos con los brazos y las manos cruzadas.

Retuvo a Dick hasta muy tarde para tratar del asunto, y le acompañó hasta la esquina cuando se fue; al volver hacia la tienda se detuvo frente a la casa vacía,

mirando el letrero que decía «se alquila», mientras fumaba su pipa muy agitado.

Capítulo XII

LOS DOS RIVALES

POCOS días después del banquete que se celebró en el castillo, todos los ingleses que leían periódicos se enteraron de la romántica historia ocurrida en Dorincourt. Cuando la narraban con todos sus pormenores resultaba interesantísima: en primer lugar, aparecía un niño norteamericano, conducido hasta Inglaterra para ser lord Fauntleroy; se decía de él que era muy guapo y distinguido, y que había cautivado a todos los que le rodeaban; luego se mencionaba al conde, su

abuelo, orgulloso de su heredero; de la joven madre, separada de su hijo, a quien no se le había perdonado su boda con el capitán Cedric Errol; del esperpéntico matrimonio de Bevis, difunto lord Fauntleroy; y por fin, de la desconocida y rara mujer, que de pronto había aparecido con su hijo, diciendo que era el verdadero lord Fauntleroy, de tal forma que se veían obligados a reconocer sus derechos. Todas estas cosas eran narradas por escrito y comentadas de palabra, causando un enorme revuelo. Luego circuló el rumor de que el conde de Dorincourt no estaba satisfecho con el giro que tomaban los

acontecimientos y que probablemente recurriría a la Justicia para intentar solucionarlo.

El distrito al que pertenecía Erleboro nunca había estado tan agitado. Los días en que había mercado, se formaban numerosos grupillos que hablaban de los recientes acontecimientos y de lo que podía suceder; las labradoras se invitaban unas a otras a tomar el té para poder comunicarse lo que habían oído, lo que pensaban y lo que suponían que pensaban los demás. Contaban cosas sorprendentes de la ira del conde, de su determinación de no reconocer al nuevo

lord Fauntleroy y del odio que sentía hacia la mujer, madre del pretendiente. Pero, como siempre, la señora Dibble tenía más que contar que nadie y estaba más solicitada que nunca.

—¡El asunto se está poniendo feo! —explicaba la tendera—; si quiere usted saber mi opinión, le diré, señora, que es el castigo divino por la manera que ha tenido el conde de tratar a aquella señora tan buena, separándola de su hijo, porque se ha encariñado tanto con su nieto, está tan orgulloso de él y tiene puestas en ese niño tantas ilusiones, que está medio loco con lo que sucede. Además, esta mujer de

ahora no tiene ni por asomo la distinción de la madre de su joven Excelencia. El señor Tomás dice que es una mujer de ojos negros y de rostro muy descarado y que ningún caballero de librea sería capaz de rebajarse hasta el punto de recibir órdenes de una persona como ella, y si por fin entra en el castillo, todos saldrán por la otra puerta. Tampoco el chico puede compararse con Cedric Errol. Quién sabe cómo terminará todo el asunto.

En el castillo se notaba cierta agitación por doquier: en la biblioteca, donde conferenciaban el señor Havisham y el conde; en el comedor de

la servidumbre, donde el señor Tomás, el mayordomo y los demás criados charlaban a todas horas del día; en las cuadras, donde trabajaba Wilkins, desconsolado, y cuidaba la jaquita con más cariño que nunca, contándole al cochero que nunca había enseñado a montar a alguien con mayor disposición que el joven señorito.

Pero en medio de todo aquel desbarajuste, una sola persona seguía tranquila y satisfecha. Éste era el pequeño lord Fauntleroy, de quien ahora no se decía que fuera lord. Bien cierto es que cuando le explicaron lo que ocurría sintió alguna ansiedad y no sabía

qué pensar, pero no se trataba en absoluto de que sintiera frustrada su ambición.

Se hallaba sentado en una butaca y se cogía una pierna, en su actitud favorita cuando atendía a algo interesante, mientras el conde le explicaba lo ocurrido; cuando su abuelo terminó la relación, puso una cara muy triste y dijo:

—Esto hace que me sienta raro...

El conde le miró silenciosamente. También él se sentía un poco raro. Y aún se sintió más raro al ver aquella cara inocente, que de ordinario expresaba felicidad, y ahora aparecía triste.

—¿Le quitarán a mamá su casa y su coche? —preguntó, con voz alterada, que expresaba profunda ansiedad.

—No —respondió el conde enfáticamente y con voz muy alta—. No le quitarán nada.

—¡Ah! —Suspiró Cedric—. ¿No pueden?

Después miró a su abuelo, y en sus ojos entristecidos se veían brillar las lágrimas dispuestas a salir.

—Ese otro niño —comentó con voz trémula—, será su nieto, como yo lo he sido hasta ahora, ¿no?

—¡No! —rugió el conde, con tal fuerza que Cedric se asustó y dio un

salto.

—¿No? —preguntó asombrado—.

Yo creí que...

Se levantó de su asiento.

—¿Seré yo siempre su nieto, aunque no sea lord Fauntleroy ni vaya a ser conde?

¡Cómo le miró el conde de pies a cabeza! ¡Qué cosa más extraña!

—¡Mi nieto! —Exclamó el conde, e incluso su voz resonaba de un modo extraño, casi cortada; nada parecido a lo que debe ser la voz de un conde—. ¡Sí! Tú serás mi único nieto mientras yo esté sobre la Tierra, y ¡caramba!, a veces me parece que eres el único que he tenido.

Cedric enrojeció por la adulación, y metiéndose las manos en los bolsillos, miró de frente a su noble pariente y dijo:

—¿Eso le parece a usted? Pues entonces no me preocupa en absoluto lo del condado. Yo creía que el que iba a ser conde era el que tenía que ser su nieto, y eso era lo que me ponía muy raro.

El conde, cogiéndole por los hombros, lo atrajo hacia sí y le dijo:

—Nada te quitarán de cuanto yo pueda conservar para ti, y no creo que realmente puedan quitarte nada. Estabas hecho para ocupar el puesto y todavía puede ser que lo ocupes. ¡Más, pase lo

que pase, tendrás todo cuanto yo pueda darte! ¡Todo!

De la forma que hablaba no se diría que lo hiciera con un niño, sino más bien parecía que estuviera haciendo una promesa. Y posiblemente era esto lo que hacía.

Hasta entonces no había llegado a comprender cuánto quería al muchacho ni cuántas ilusiones tenía puestas en él. Ahora estaba determinado a no ceder a menos que no hubiera más remedio.

Pocos días después de haber visitado al señor Havisham, la mujer que decía ser lady Fauntleroy se presentó con su hijo en el castillo: la

echaron. El conde no quería recibirla y así se lo dijo al criado que le abrió la puerta; sería el abogado quien se ocuparía de sus reclamaciones. Fue Tomás el encargado de darle la noticia a la mujer; más tarde, en el comedor de la servidumbre, expresaba francamente su opinión de esta manera:

—Después de vestir librea muchos años al servicio de familias notables, abrigaba la convicción de poder distinguir a una señora cuando la veía; y si aquélla era una señora, no sirvo yo para juzgar hembras. La que vive en Court Lodge, americana o no, lo es de buena raza, como cualquiera con sólo

medio ojo puede ver.

La mujer se había retirado; su cara expresaba ira y temor a la vez. El señor Havisham había notado en las entrevistas que mantuvo con ella que no era tan lista ni tan atrevida como quería demostrar; a veces parecía encontrarse incluso algo agobiada por la situación en que ella misma se había incluido. Era evidente que no había imaginado hallar tanta oposición.

—Está claro —decía el abogado a la señora Errol— que pertenece a la clase más baja de la sociedad; carece por completo de educación y se ve que nunca ha tratado de igual a igual con

personas de nuestra clase. No sabe cómo ha de comportarse; su visita al castillo la ha asustado; estaba furiosa, pero, por otra parte, amedrentada. Incluso cuando el conde no quería ni recibirla, le aconsejé que debía ir conmigo a «Las Armas de Dorincourt», donde ella se aloja. Cuando... le vio entrar se quedó lívida, aunque enseguida empezó a chillar, a pedir y a amenazar, todo en el mismo momento.

En efecto, el conde había entrado majestuosamente en la habitación y permaneció de pie todo el rato, sin querer sentarse y sin abrir la boca para nada, mirando de arriba a abajo a la

mujer, como si se tratara de un monstruo. No le quitaba la vista de encima; la dejó chillar y reclamar, hasta que se cansó y finalmente dijo:

—Usted dice que es la esposa de mi hijo mayor; si esto es verdad y usted lo prueba, la ley estará de su lado, de forma que su hijo será lord Fauntleroy. Pero esté usted segura de que tendrá que probarlo de un modo muy evidente para que no nos quede ningún asomo de duda de lo contrario, y de ser así, se le señalará una renta; pero no quiero volver a verles, ni a usted ni a su hijo. Desgraciadamente, la casa tendrá bastante que ver con ustedes después de

mi fallecimiento. Es usted exactamente la mujer que yo esperaba que Bevis tomara por esposa.

Y, dando media vuelta, salió del cuarto tan majestuosamente como había entrado.



Al cabo de pocos días, la señora Errol estaba escribiendo en su gabinete, cuando le fue anunciada una visita. La muchacha que le dio el recado parecía muy nerviosa; tenía los ojos abiertos de par en par de puro asombro, y como era joven e inexperta, miraba a su señora con lástima y simpatía.

—¡El conde en persona, señora! — dijo, con una voz que demostraba un tanto de temor.

Al entrar en la sala, la señora Errol se encontró con un caballero muy alto, de pie sobre la piel de tigre. Su rostro era hermoso, pero poco agradable, y

expresaba gran firmeza y tenacidad; tenía la nariz aguileña y el bigote blanco. Cuando vio entrar a la madre de Cedric, preguntó:

—¿La señora Errol?

—La señora Errol —contestó ella.

—Soy el conde de Dorincourt... El niño se parece mucho a usted.

—No es la primera vez que me lo dicen, Milord, pero me agrada pensar que también se parece algo a su padre.

Tal y como le había dicho la señora Lorridaile, tenía una voz muy agradable, y unos modales sencillos, pero al mismo tiempo llenos de dignidad. No parecía emocionada en lo más mínimo por su

visita.

—Sí —dijo el conde, secamente—, también se parece a mi hijo. ¿Sabe usted a lo que he venido?

—He hablado con el señor Havisham —contestó la señora Errol— y me ha informado de las reclamaciones de...

—He venido a decirle —la interrumpió el conde— que serán cuidadosamente investigadas, y se le pondrá pleito, si es posible. Defenderemos los intereses del muchacho hasta donde lo permita la ley. Sus derechos...

Fue entonces la viuda quien

interrumpió al conde, con su voz suave:

—No debe dársele nada a lo que no tenga derecho, incluso cuando la ley permita hacerlo.

—Por desgracia, la ley no lo permite —contestó el abuelo de Cedric—. ¡Si fuera así, vaya si se lo daría! Esta mujer y su hijo...

—Quizás esa señora quiere tanto a su hijo como yo a Cedric, Milord, y si realmente es la esposa del hijo mayor de Vucencia, su hijo es lord Fauntleroy y no el mío.

Mientras decía esto miraba al conde de la misma forma que Cedric, y con la misma tranquilidad, cosa que en el

fondo agradó al conde, que se había pasado la vida tiranizando a todo el mundo.

Era tan raro que alguien osara contradecirle, que cuando esto ocurría encontraba en ello una agradable novedad.

—Imagino —indicó el conde— que usted prefiere que no llegue a ser conde de Dorincourt.

—Es una cosa magnífica ser conde de Dorincourt, ya lo sé —señaló la señora Errol enrojeciendo—, pero lo que yo más deseo para él, es que sea como su padre: un hombre de nobles sentimientos, siempre justo y valiente.

—Como contraste a lo que es su abuelo, ¿no? —preguntó Su Excelencia, con tono sarcástico.

—No he tenido el gusto de tratarle —respondió la madre de Cedric—; pero sé que mi hijo le cree... —se detuvo un instante, miró al conde tranquilamente de frente y rectificó—: yo sé que Cedric le quiere mucho.

—¿Me hubiera querido —interrogó con sequedad el conde—, si usted le hubiese dicho por qué me he negado a recibirla en el castillo?

—No —contestó la señora Errol—; creo que no, y por esto no quise que se enterara.

—Pues bien, no creo que muchas mujeres se lo hubieran callado —dijo Su Excelencia con brusquedad.

Entonces se puso a pasear por la sala, tirándose del bigote con más fuerza que nunca, y prosiguió:

—Sí; me quiere y yo también le quiero, y eso que hasta el presente no recuerdo haber querido a nadie. Le quiero mucho; desde que le vi por primera vez me gustó. Yo era un viejo cansado de la vida, y él ha renovado mis ilusiones. Estoy muy orgulloso de ser su abuelo y me satisfacía pensar que algún día llegaría a ser el jefe de la familia.

Se paró ante la señora Errol, la miró

y le dijo:

—¡Soy muy desgraciado! ¡Muy desgraciado!

Y no sólo lo decía, sino que lo parecía también; ni siquiera su orgullo era capaz de impedir que le temblasen las manos y la voz. Hasta las lágrimas aparecían en sus hundidos e iracundos ojos.

—Posiblemente he necesitado sentirme desgraciado para venir a verla, señora. Antes la aborrecía porque estaba celoso. Este desgraciado y vergonzoso asunto lo ha cambiado todo por completo. Después de ver a esa mujer tan repulsiva, que se dice esposa

de mi hijo Bevis, se me ocurrió la idea de que sería un verdadero consuelo verla a usted. He sido muy terco y me figuro que no la he tratado como debía. Usted se parece al chico, y el chico es lo que más quiero en mi vida. He venido a verla porque quiero al chico y el chico la quiere a usted. Trátame, por amor del muchacho, lo mejor que le sea posible.

Todo esto lo dijo áspera y casi duramente; pero a pesar de ello parecía muy abatido y la señora Errol se conmovió. Se levantó, le acercó una butaca y le dijo suavemente:

—Siéntese Milord; ha tenido usted tantos disgustos, que no es extraño que

esté abatido; necesita usted de todo su vigor.

Era tan nuevo para el conde que se ocupasen de su persona y que le hablasen con cariño, como que le llevaran la contraria. Esto le recordó de nuevo al muchacho y efectivamente obedeció. Es probable que la tristeza y la desilusión fueran para él una saludable medicina; si no se hubiera sentido tan desgraciado, hubiera seguido odiando a su nuera, pero en las circunstancias actuales la encontraba agradable. Cualquier mujer resultaba agradable comparándola con la que se hacía llamar lady Fauntleroy, y ésta que

estaba ante él tenía una cara y una voz muy suave, y rebosaba dignidad cuando hablaba o se movía. Por la tranquila influencia del ambiente de paz que le rodeaba empezó pronto a sentirse menos sombrío y aún se sinceró más:

—Ocurra lo que ocurra —dijo—, el muchacho no tendrá que preocuparse de nada; me cuidaré de él mientras viva y lo arreglaré todo para el futuro.

Antes de irse recorrió con la mirada la estancia.

—¿Le gusta a usted la casa? —preguntó.

—Mucho.

—Esta habitación es muy alegre.

¿Me permitirá usted volver para seguir hablando del asunto que tanto nos interesa a los dos?

—Cuantas veces quiera.

El conde se metió en el coche, que echó a andar enseguida, con Tomás y Henry en el pescante, mudos de asombro al ver el giro que iban tomando los acontecimientos.

Capítulo XIII

DICK INTERVIENE EN EL ASUNTO

POR supuesto que tan pronto como la historia de lord Fauntleroy y las dificultades del conde de Dorincourt se difundieron por Inglaterra, llegó también a Norteamérica. Allí también despertó mucho interés, y se habló largamente de ella. Había tantas y tan distintas versiones que hubiese resultado muy instructivo leer todos los periódicos y comparar unos con otros. Eran tantos los que leía el señor Hobbs que se había vuelto medio loco. Uno de ellos describía a Cedric como a un niño

recién nacido; otro, como a un joven que estaba terminando carrera en Oxford; otro decía que se iba a casar con una muchacha muy bonita, hija de un duque, y otro que se acababa de casar. En fin, lo único que no decían es que era un niño de siete años de pelo rubio, y muy apuesto. Otro periódico contaba que no tenía parentesco alguno con el conde de Dorincourt, sino que era un impostor y que, antes de que su madre hubiera engañado al abogado de la familia, que fue a América en busca del supuesto heredero del conde, había andado vendiendo periódicos y durmiendo por las calles de Nueva York. Empezaban

después las descripciones del nuevo lord Fauntleroy y su madre. A veces ésta era una gitana; otras una actriz o una hermosa española; otras una ítalo-americana; pero siempre convenían en que el conde de Dorincourt era su mortal enemigo, y no quería reconocer como heredero a su hijo, mientras no se viese obligado a ello por la ley, y como parecía existir una pequeña laguna en los papeles de la supuesta lady Fauntleroy, se esperaba un gran pleito, que prometía ser muy interesante. El señor Hobbs leía afanosamente los periódicos hasta que todo daba vueltas a su alrededor, y por la noche venía Dick

para comentar lo que habían leído durante el día.

Así se enteraron de lo importante que era el conde de Dorincourt, de la magnitud de su renta, de las propiedades que poseía y del lujo del castillo en que moraba. Cuantas más cosas averiguaban, más emocionados estaban.

—Creo que habría que hacer algo —dijo una noche el señor Hobbs—. Sea conde o deje de serlo, no deben soltarse cosas tan buenas.

Pero, en realidad, lo único que podían hacer era escribir cada uno una carta a Cedric, para manifestarle su simpatía y su cariño. Lo hicieron tan

pronto como les fue posible, después de haber recibido la ingrata noticia, y se las intercambiaron para leer cada uno la del otro.

Esto es lo que el señor Hobbs leyó:

Querido amigo:

Reciví tu carta y el señor Hobbs la sulla y hemos sentido mucho que se te hallan girado las tortas y lo que queremos decirte es que pelees como gato panza arriba y no deges que el otro te ponga la garra enzima. Ay muchísimos ladrones que te sacarán cuanto puedan si no

andas con mucho ojo. Te mando esta carta pra decirte que no he olvidado lo que iciste por mi y si no encuentras otra cosa mejor vente y seremos socios. El negocio marcha viento enpopa y ya tendré yo cuidado de que no te pase nada malo. Cualquier grandullón que se meta con tigo tendría antes que entenderse con el profesor Dick Tipton. Sin más que decirte por hoy.

Dick.

Y ésta era la carta del señor Hobbs:

Querido señor:

La suya recibida y me propaso al decir que las cosas presentan muy mal talante. Creo que es una conspiración y que los responsables deben ser rigurosamente perseguidos.

Y escribo para decirle dos cosas: la primera, es que voy a ocuparme de este asunto. No diga nada a nadie, pero voy a ver a un abogado y hacer todo lo que pueda. La segunda cosa es que si se pone muy feo y esos condes son más fuertes que nosotros, aquí tiene usted una parte de este

negocio de ultramarinos para cuando tenga edad, y una casa y un amigo en su afectísimo:

Silas Hobbs.

—Bueno —dijo el señor Hobbs—. Si no consigue ser conde, por lo menos entre ambos le sacaremos adelante.

—Es verdad —respondió Dick—. ¡Yo no le hubiera abandonado de ninguna forma, porque quiero mucho al chiquillo!

Al día siguiente, uno de los parroquianos de Dick se quedó bastante sorprendido al ir a limpiarse las botas. Era un joven abogado que empezaba a

ejercer; no podía ser más pobre, pero tenía mucho talento y un carácter muy afable, a la vez que dispuesto y activo.

Como su modestísimo gabinete estaba cerca del puesto de Dick, todas las mañanas iba allí, y aunque no siempre pagaba con puntualidad, siempre tenía para Dick alguna frase cariñosa o le hacía alguna broma. Aquella mañana se sentó a limpiarse las botas, con un periódico en la mano, que publicaba grabados de personas y cosas importantes. Acababa de leerlo al mismo tiempo que el muchacho terminaba de limpiarle las botas, y se lo regaló diciendo:

—Mira, Dick, aquí tienes este periódico para que te entretengas cuando desayunes. Trae la reproducción de un castillo de Inglaterra y la fotografía de la nuera de un conde. ¡Es una hermosa mujer, con mucho pelo, pero al parecer está armando la marimorena! Deberías frecuentar más el trato con la nobleza, Dick. ¡Anímate y empieza con el muy honorable conde de Dorincourt y lady Fauntleroy! Oye, ¿qué te sucede?

Los grabados estaban en la primera página, y Dick miraba uno de ellos con la boca y los ojos abiertos de par en par, y su cara estaba completamente desencajada.

—¿Qué pasa, Dick? —Volvió a preguntar el joven abogado—. ¿Qué es lo que te ha dejado tan pasmado?

Efectivamente, al mirar a Dick se comprendía que algo extraño había ocurrido, y el limpiabotas señalaba el retrato bajo el cual se leía:

*«La madre del pretendiente, lady
Fauntleroy».*

Se veía a una mujer de grandes ojos y pesadas trenzas, enroscadas alrededor de la cabeza.

—Ella... —indicó, por fin Dick, con un hilo de voz—. ¡Cáspita! Si la conozco mejor que a usted.

—¿Ah, sí, Dick? ¿Y dónde la conociste, en Nueva York o en París, la última vez que estuviste? —se burló el abogado.

Dick no se dignó ni siquiera contestar. Empezó a recoger sus cepillos, trapos y betunes, como si tuviese algo muy urgente que hacer y que, por el momento, pusiera fin a su jornada de limpiabotas.

—No se preocupe —dijo cuando casi se marchaba—. La conozco y tengo mucho que hacer esta mañana.

Cinco minutos después iba corriendo en dirección a la tienda del señor Hobbs. Éste no podía dar crédito a sus

ojos al ver a Dick entrar en la tienda a aquellas horas, tan alterado como estaba y con un periódico en la mano.

—¡Hola, Dick! ¿Qué haces aquí? — preguntó Hobbs.

—¡Mírela usted! —contestó Dick jadeante—. ¡Mire el retrato de esta mujer! No es ninguna aristócrata, ni mucho menos —añadió despreciativamente—. No es la mujer de ningún lord. Es... Minna... La reconocería en cualquier parte, lo mismo que Ben, y si no, que se lo pregunten a él. ¡Es mi cuñada!

El señor Hobbs se desplomó sobre la silla, al tiempo que decía:

—Ya sabía yo que todo era una trampa; y no lo han hecho más que por ser norteamericano.

—No han hecho nada —contestó Dick, rojo de ira—. Es ella la que lo ha hecho todo. Es una mujer muy ambiciosa; siempre estaba discurriendo alguna artimaña, y ¿sabe usted en qué pensé cuando vi el retrato? En uno de esos periódicos que hemos leído venía una carta en la que decían algo de su hijo, y decían que tenía una cicatriz en la barbilla, ¿recuerda? Pues junte usted a ella y a la cicatriz. ¡El chico es tan lord como yo! Sí, es el hijo de mi hermano

Ben, el pequeño a quien ella hirió al tirarme el plato a la cabeza.

El limpiabotas, alias «profesor» Dick Tipton siempre había sido un muchacho espabilado. Vendiendo periódicos por las calles aprendió a no perder detalle, siempre estaba alerta y es preciso confesar que gozó en gran manera con la agitación y la emoción del momento.

Si el pequeño Cedric hubiera podido asomarse aquella mañana a la tienda, seguramente habría sentido un gran interés, incluso cuando la discusión y los planes hubieran sido para decidir la suerte de otro niño.

Se veía al señor Hobbs agobiado por el peso de su responsabilidad, y Dick era todo energía y actividad. Empezó por escribir una carta a su hermano, cortó el retrato y lo metió en el sobre. El señor Hobbs escribió a Cedric y al conde. Estaban enfrascados con la caligrafía cuando de pronto a Dick se le ocurrió otra idea.

—Oiga, el señor que me dio el periódico es abogado. Vayamos a preguntarle qué tenemos que hacer. Los abogados lo saben todo.

El tendero se quedó muy impresionado con esta sugerencia y con la capacidad que mostraba poseer Dick

para solucionar estos asuntos.

—Tienes razón —dijo—. Este asunto precisa de un abogado.

Dejaron la tienda al cuidado de un suplente y se fueron hacia la parte baja de la ciudad. Ambos se presentaron con su romántica historia en el despacho del señor Harrison, para gran sorpresa de este caballero.

Si no hubiera sido un abogado muy joven, muy emprendedor y con mucho tiempo disponible, posiblemente no se hubiera encontrado tan dispuesto a interesarse por lo que le explicaban, pues todo parecía muy raro y extravagante; pero, unidos, por una

parte, el deseo que tenía de ocuparse en algo, y por otra, el conocer a Dick y que éste dijese lo que tenía que decir de una forma muy inteligente y persuasiva, quedó convencido.

—Y —añadió el señor Hobbs— dígame usted lo que vale el tiempo que emplee en este asunto, investigue todo lo que haga falta y yo pagaré lo que sea. Silas Hobbs, esquina calle de Blank, ultramarinos variados.

—Bien —dijo el señor Harrison—, si se arregla será un gran negocio, tanto para mí como para lord Fauntleroy; de todas formas, no perdemos nada en hacer algunas averiguaciones. Por lo que

parece ha habido ya algunas dudas referentes al niño. La mujer se ha contradicho respecto a la edad, infundiendo sospechas. Hay que escribir enseguida al hermano de Dick y al abogado del conde de Dorincourt.

Efectivamente, se escribieron y se enviaron dos cartas a distintas direcciones: una a Inglaterra, la otra a California. La primera iba dirigida al señor Tomás Havisham, y la segunda a Benjamín Tipton.

Aquella noche, después de cerrar la tienda, el señor Hobbs y Dick, sentados en la trastienda, hablaron hasta pasada la medianoche.

Capítulo XIV

EL GRAN ESCANDALO

PUEDE sorprender a cualquiera el poco tiempo que se precisa para que se produzcan las transformaciones más extraordinarias. Por lo que se vio, muy pocos minutos fueron suficientes para cambiar la suerte del muchacho, que de chiquillo modestamente avecindado en una tranquila calle de Nueva York, se había convertido en un aristócrata inglés, heredero de un condado y de una inmensa fortuna.

Y también muy pocos minutos bastaron para transformarle de

aristócrata inglés en un impostor sin un céntimo ni derecho alguno a todas las grandezas que había estado disfrutando.

Y tampoco fue necesario mucho tiempo para cambiar todo de nuevo y ponerle en posesión de cuanto había estado a punto de perder. Si bastó para ello tan poco tiempo fue porque la mujer que se hacía llamar lady Fauntleroy no era, ni con mucho, tan lista como mala; y, apurada por el señor Havisham con preguntas sobre su matrimonio con lord Fauntleroy y sobre su hijo, se contradijo varias veces y esto despertó las sospechas del abogado; al darse cuenta de esto, perdió por completo la

compostura y en su agitación e ira se traicionó todavía más.

Todas las contradicciones en que incurría se referían a su hijo. De su matrimonio con Bevis, el hijo mayor del conde, seguido, al cabo de un tiempo, de la separación de los esposos, obtenida por Bevis mediante una pensión que le pasaba, no parecía existir duda alguna; pero el señor Havisham averiguó la falsedad del lugar de nacimiento del niño, un sitio determinado en Londres. Justamente, cuando la conmoción causada por este acontecimiento llegaba a su punto culminante, se recibieron las cartas del abogado de Nueva York y del

señor Hobbs.

La noche que llegaron las cartas fue memorable. El conde y el señor Havisham se encerraron en la biblioteca para discutir el plan que se había de seguir en adelante.

—Después de mi última visita empecé a sospechar seriamente de ella —explicaba el abogado al conde—. Notaba que el niño tenía más edad de la que decía, y se equivocó al hablar de su fecha de nacimiento; después, trató, inútilmente, de arreglarlo. La historia que narran estas cartas coincide perfectamente con mis temores. El mejor plan que podemos seguir es telegrafiar a

esos dos señores Tipton, sin que ella llegue a enterarse, y cuando menos se lo espere, los enfrentamos a ella. Después de todo, es una intrigante poco hábil. Creo que se asustará tanto que perderá la cabeza y ella misma se dará por vencida de inmediato.

El abogado del conde prosiguió como si nada las entrevistas con la supuesta lady Fauntleroy, de tal forma que siempre terminaba diciéndole que seguían examinando minuciosamente sus declaraciones y que no se tardaría en dar por concluido el asunto.

Con esto, la infortunada Minna cobró de nuevo valor, y sintiéndose ya

segura del éxito de su empresa, volvió a estar tan insolente como al principio. Pero una mañana, cuando estaba en la fonda de Dorincourt, sentada en su habitación y haciéndose unos magníficos castillos en el aire, le anunciaron la visita del señor Havisham, y vio con asombro que efectivamente este señor era quien iba a visitarla, pero seguido de tres personas más: un joven de cara alargada y expresión inteligente, otro muy alto, y el conde de Dorincourt.

Se puso de pie de un salto, dando un grito de sorpresa, que se le escapó de los labios antes de poder contenerlo. Si alguna vez hubiera pensado en los recién

llegados (cosa que no hacía a menudo), era creyéndoles a miles de millas de allí. Nunca pensó en volver a verlos.

Dick, al verla, le hizo varias muecas nada respetuosas, y después le dijo:

—¡Hola, Minna!

El joven alto, que era Ben, se detuvo un momento a mirarla.

—¿La reconocen ustedes? — preguntó el señor Havisham, dirigiendo la vista del uno al otro.

—Sí —contestó Ben—. La conozco y ella a mí.

Después de decir esto le volvió la espalda y se acercó a la ventana, por donde estuvo mirando hacia fuera, como

si su vista le fuera repugnante. Entonces, la mujer, al verse descubierta, perdió el poco dominio que tenía de sí misma y se puso hecha una verdadera furia, como tantas y tantas veces la habían visto Ben y Dick. Éste volvió a hacer unas cuantas muecas al observarla y oír los insultos y las amenazas que les dirigía; pero Ben ni siquiera se volvió.

—Puedo probar su identidad ante cualquier tribunal —comunicó al señor Havisham—, y puedo traer una docena de testigos que también lo probarían. Su padre es un hombre honrado, aunque muy pobre; su madre, que era lo mismo que ella, murió hace tiempo; pero el

padre vive y es lo bastante decente como para avergonzarse de su hija. Él le dirá quién es y si se casó o no conmigo.

Después de decir esto, Ben se volvió y se encaró con la mujer.

—¿Dónde está mi hijo? Me lo voy a llevar; ya ha terminado contigo para siempre, lo mismo que yo.

Justo cuando acababa de pronunciar estas palabras, se abrió la puerta de la estancia, y un chico, posiblemente, atraído por el ruido de las voces, asomó la cabeza. No era apuesto, pero parecía simpático y tenía mucha similitud con Ben y una cicatriz sobresaliente en la barbilla.

Ben se le acercó, le tomó la mano y dijo:

—También puedo jurar y demostrar que éste es mi hijo. Tom —añadió dirigiéndose al pequeño—, soy tu padre y he venido a buscarte. ¿Dónde tienes tu sombrero?

El chico señaló una silla y no cabía duda de que tenía ganas de irse; estaba tan acostumbrado a raras aventuras que no le sorprendía en lo más mínimo oír a un extraño decir que era su padre. Sentía tal aversión por la mujer que había ido a buscarle al sitio en donde vivía desde su infancia, anunciándole de repente que era su madre, que estaba dispuesto a

cambiar de nuevo sin preguntar nada.

Ben cogió el sombrero, se dirigió a la puerta con el niño cogido de la mano y le dijo al señor Havisham:

—Si me necesita para algo, ya sabe dónde me puede encontrar.

Salió del cuarto sin mirar a la mujer. Ella estaba furiosa, y el conde la contemplaba tranquilamente a través de los lentes, que había colocado sobre su aristocrática nariz aguileña.

—Vamos, vamos, señora —decía el señor Havisham—, basta ya de escándalo. Si no quiere usted que la encarcelemos, tiene que contenerse.

Y lo decía de una forma tan

contundente que la mujer debió de comprender que debía quitarse de en medio, ya que después de dirigir una rabiosa mirada al abogado, se metió rápidamente en la habitación contigua, cerrando con gran estrépito la puerta.

—Ya no nos volverá a molestar — dijo el abogado.

Y así fue. Aquella misma noche la mujer dejó la fonda de Dorincourt, tomó el tren de Londres y no se volvió a saber nada más de ella.

Cuando el conde salió de la posada, después de aquella visita, se dirigió rápidamente al coche y le dijo a Tomás:

—A Court Lodge.

Cuando el coche llegó a su destino, Cedric estaba en la sala con su madre.

El conde entró sin esperar a ser anunciado. Aparentaba dos o tres dedos más de estatura y muchos menos años. Sus ojos brillaban de alegría.

—¿Dónde —preguntó—, dónde está lord Fauntleroy?

La señora Errol se adelantó, con una cara afable que demostraba sorpresa, a la vez que placer.

—¿De verdad es lord Fauntleroy?

El conde le tendió la mano y estrechó la suya.

—Sí —contestó—, de verdad es lord Fauntleroy.

Después, puso una mano sobre el hombro de Cedric y le dijo, con su tono autoritario de siempre:

—Pregúntale a tu queridísima mamá cuándo se viene con nosotros al castillo.

Fauntleroy se echó en los brazos de su madre, gritando:

—¡A vivir con nosotros! ¡A vivir para siempre con nosotros!

La madre miró al conde y el conde miró a su nuera. Su Excelencia hablaba con toda formalidad; no quería perder tiempo en este asunto. Había empezado a sentir deseos de hacer las paces con su nuera.

—¿Está usted completamente seguro

de que desea que yo vaya al castillo? — preguntó la señora Errol.

—Estoy completamente seguro — contestó de forma tajante—. Siempre lo hemos deseado, pero no nos dábamos cuenta de ello; confiamos en que usted aceptará la invitación.

Capítulo XV

CEDRIC CUMPLE OCHO AÑOS

BEN se fue a California con su hijo, y por cierto en posición muy desahogada. Unos días antes de marcharse mantuvo una entrevista con el señor Havisham, en la cual éste le manifestó que el conde quería hacer algo por el muchacho, que bien podía haber pasado por lord Fauntleroy, y pensaba que no era mala idea comprarle una hacienda con ganado incluido, poniendo a Ben al frente, en condiciones muy ventajosas para él y que aseguraran el porvenir del chiquillo. Así es que, al regresar a California, Ben

iba en calidad de dueño representante de un rancho, que era casi como suyo propio y que podía serlo en un futuro, como sucedió en realidad al cabo de unos años. Tom llegó a ser un robusto joven que llegó a querer mucho a su padre; tuvieron mucha suerte y fueron muy felices, tanto que Ben solía decir que Tom le compensaba de todos los disgustos que había tenido.

Pero tanto Dick como el señor Hobbs, que también habían ido con los otros para hacer que los asuntos quedasen arreglados como era debido, tardaron más en volver a Nueva York. Desde luego, se decidió que el conde

daría a Dick una fuerte suma de dinero, y le pagaría además una buena instrucción; y el señor Hobbs, por su parte, pensó que, como había dejado la tienda en manos de un suplente de toda confianza, podía esperar para participar en los festejos con los que debía celebrarse el octavo cumpleaños de lord Fauntleroy. Fueron invitados a la celebración todos los arrendatarios del condado; en los jardines hubo banquetes, bailes y juegos por la tarde, y por la noche, cohetes y fuegos de artificio.

—Lo mismo que el 4 de Julio —decía Cedric al señor Hobbs—. Es una

lástima que mi cumpleaños no sea el 4 de julio, porque entonces podríamos celebrarlos juntos.

Es preciso indicar que el conde y el señor Hobbs intimaron todo lo que habría sido deseable para la aristocracia británica: el conde había conocido a muy pocos tenderos de ultramarinos en su vida, y como el señor Hobbs no tenía ningún amigo aristócrata, en las entrevistas, poco frecuentes, la conversación no resultaba muy animada.

Lord Fauntleroy había enseñado al señor Hobbs todo lo que a él le había parecido necesario para ponerle al corriente de la vida de los aristócratas.

La verja de entrada y los leones le habían impresionado al principio; pero cuando vio el castillo, los jardines, los invernaderos, las terrazas, los pavos reales, los calabozos, las cuadras y los criados, vestidos con sus trajes de librea, creyó verdaderamente volverse loco. Sin embargo, lo que dio el golpe final, fue visitar la galería de retratos.

—Es como un museo, ¿no? — preguntó a lord Fauntleroy, cuando éste le acompañaba a visitarlo.

—No me parece a mí que sea como un museo —contestó Cedric, algo dudoso—. Mi abuelo dice que son mis ascendientes.

Y entre que Cedric no pronunció bien la última palabra y que el señor Hobbs no la había oído nunca, se armó tal lío, que creyó que todos eran retratos de hermanos, y cayó sobre una silla, mirando a su alrededor con una cara que demostraba admiración y a la vez desconcierto, hasta que por fin pudo convencerle Cedric de que no eran todos hermanos.

El niño juzgó necesario llamar en su ayuda a la señora Mellon; el ama de llaves sabía todo lo referente a los retratos: quién y cuándo se habían pintado, y además muchas románticas historias de las ladies y los lores

retratados. Cuando el señor Hobbs hubo comprendido algunas de estas historias, quedó fascinado, gustándole la galería de los retratos más que ninguna otra cosa. Venía muchas veces de la posada de Dorincourt, donde se hospedaba, a visitarla, y se pasaba media hora mirando a las señoras y los caballeros pintados, los cuales también le miraban, mientras movía la cabeza sin cesar.

—¡Y todos ellos eran condes! — solía exclamar—. O casi tanto como condes. ¡Y Cedric será uno de ellos y dueño de todo!

En su interior no sentía ya tanto desprecio hacia los condes ni hacia su

modo de vivir, y se puede ciertamente dudar si sus convicciones, tan estrictamente republicanas, no quedaron debilitadas por su más íntimo contacto con los castillos, los ascendientes y todo el resto que había visto. Un día expresó una idea tan notable como inesperada.

—Yo no hubiese tenido ningún inconveniente en ser uno de ellos — dijo, realizando una enorme concesión.

¡Qué día tan grande fue aquél en el que el pequeño lord Fauntleroy cumplió ocho años, y cuánto disfrutó el conde! ¡Qué bien engalanado estaba el parque, lleno de gente que lucía sus mejores atuendos! ¡Cómo ondeaban las banderas

sobre la tienda de campaña y en lo alto del castillo! Todas las personas que pudieron se dieron cita en aquel parque y todos estaban verdaderamente contentos de que el pequeño lord Fauntleroy siguiese siéndolo y llegara un día a ser conde y dueño del condado. Todos querían verle, lo mismo que a su hermosa y cariñosa madre; y hasta el conde les inspiraba más simpatías y se sentían mejor dispuestos hacia él, no sólo por la fe y el cariño que tenía depositado en el niño, sino porque había hecho las paces con la madre del heredero y se portaba muy bien con ella. Se decía que hasta empezaba a quererla

y que entre el niño y su madre llegarían, con el tiempo, a hacer del conde un anciano bien educado, y todos entonces serían más felices.

¡Cuántas docenas de personas se congregaban bajo los árboles, en las tiendas de campaña y sobre el césped! Labradores con sus trajes de fiesta, labradoras con las mejores pañoletas sobre sus cabezas, muchachas con sus novios, niños corriendo y jugando; el castillo estaba lleno de señoras y caballeros que venían a presenciar las diversiones, dar la enhorabuena al conde y a conocer a la señora Errol. Entre ellos estaban lord y lady

Lorrیداile, sir Tomás Asshe con sus hijas, el señor Havisham, la preciosa Vivían Herbert, con el traje blanco más bonito de aquella fiesta y rodeada de un corro de caballeros cada vez mayor para atenderla; aunque se veía con toda claridad que a ella quien más le gustaba era lord Fauntleroy. Y cuando éste la vio y corrió a abrazarla, ella también le abrazó y besó con el mismo cariño que si hubiera sido su hermano predilecto, y le dijo:

—¡Querido lord Fauntleroy! ¡Me alegro tanto de verle y de que todo haya terminado bien!

Anduvo con él por el castillo y los

jardines, y le pidió a Cedric que se lo enseñase todo. Fauntleroy le presentó a Dick y al señor Hobbs, y le dijo:

—Éste es mi viejo amigo el señor Hobbs, y éste mi otro amigo, Dick, señorita Vivian; les dije lo bonita que es usted, y que la verían si venía usted el día de mi cumpleaños.

Ella extendió su mano a los dos, para que ellos la besaran; habló con ellos muy amablemente y les hizo preguntas sobre América, el viaje que habían realizado y la vida que hacían en Inglaterra. Mientras, Fauntleroy, a su lado, la contemplaba entusiasmado, con las mejillas sonrosadas de placer,

porque veía que tanto al señor Hobbs como a Dick les había gustado mucho su amiga.

—¡Vaya! —exclamó solemnemente Dick, una vez que se alejaron—. Es la chica más gitana que he visto. Es... como una rosa; eso es, sin lugar a dudas.

Todo el mundo se la quedaba mirando cuando pasaba.

Y todos los caballeros estaban un poco celosos de Cedric. El sol brillaba, había juegos y bailes y, según iba avanzando la tarde, Su Excelencia, lord Fauntleroy, se sentía más feliz. El mundo entero le parecía hermosísimo.

Había otra persona que también se

sentía muy feliz. Era un anciano que pocas veces lo había sido, a pesar de sus inmensas riquezas; la razón no debía ser otra que ahora él mismo era mejor. No se había vuelto repentinamente tan bueno como le creía Cedric; pero, al menos, había empezado a amar a sus prójimos y varias veces había experimentado una especie de placer, realizando las obras de caridad que le había indicado el chiquillo, y por algo se empieza. Además, cada día estaba más encantado con su nuera; era cierto, como decía la gente, que empezaba a quererla. Le gustaba oír su dulce voz y ver su rostro tan agradable; la observaba

mientras él estaba sentado en la butaca delante de la chimenea, mientras hablaba con su hijo o escuchaba las lecturas con que Cedric solía amenizar las veladas. Empezaba a comprender cómo el chico, a pesar de haber vivido en un barrio modesto de Nueva York y haberse tratado con tenderos y limpiabotas, estaba tan bien educado que no avergonzaba a nadie, ni aun cuando la rueda de la fortuna le había transformado en un lord inglés y le llevó a vivir a un castillo de Inglaterra. Y sabía que todo esto lo había conseguido su madre, con el cariño y el amor que le demostraba al pequeño y con sus buenos

sentimientos. Entendía perfectamente por qué su hijo había preferido permanecer al lado de esa joven, antes que volver al ambiente de crueldad y odio que había vivido en Dorincourt. Y ahora no se sentía disgustado por ello. Comprendía perfectamente que su hijo había sido muy feliz mientras había vivido al lado de aquella hermosa y bondadosa joven y sólo le apenaba que los acontecimientos que se habían desarrollado a partir de la muerte de su hijo Mauricio no hubieran sucedido antes de la muerte del capitán Errol, su hijo menor.

Cuando el día de la celebración del

cumpleaños de Fauntleroy el conde le veía andar por el parque entre la gente, hablando con los que conocía y contestando con buenos modales a los que le saludaban, haciendo los honores a sus amigos Dick y el señor Hobbs, o de pie junto a su querida madre y la señorita Herbert, oyéndolas hablar, el noble anciano se sentía muy orgulloso de su nieto, y su satisfacción llegó al colmo cuando entraron en la tienda de campaña, donde los arrendatarios de mayor importancia estaban comiendo alegremente.

Llegaron a los brindis; después de haber bebido a la salud del conde con

bastante más entusiasmo del que solía despertar su nombre, alguien propuso hacerlo por el pequeño lord Fauntleroy, y si hubiese existido la menor duda sobre las simpatías que inspiraba el niño, en aquel momento hubieran quedado desvanecidas por completo. ¡Qué cantidad de aplausos llegaron a sonar! Era tanto lo que le querían aquellas personas, que hasta se olvidaron de las señoras y caballeros allí presentes. Hicieron un notable alboroto, y una o dos matronas, mirando al pequeño, que tenía a un lado a su madre y al otro al conde, se dijeron una a otra, con los ojos anegados de

lágrimas:

—¡Dios le bendiga! ¡Qué guapo y bondadoso es!

El pequeño lord Fauntleroy estaba encantadísimo. Sonreía y saludaba, enrojecido de placer.

El conde apoyó la mano sobre el hombro del niño y le indicó:

—Fauntleroy, dales las gracias por su amabilidad.

El niño le miró y luego miró a su madre, preguntándole con algo de vergüenza:

—¿Es preciso?

La señora Errol sonrió, lo mismo que la señorita Herbert, y las dos

inclinaron la cabeza en señal de asentimiento. Entonces Cedric dio un paso adelante. Todos se le quedaron mirando, expectantes. Habló lo más claro que pudo, haciendo resonar su voz infantil:

—Les estoy muy agradecido... y deseo que se diviertan mucho... porque yo me he divertido muchísimo... y estoy muy contento de llegar a ser conde. Al principio no me gustaba, pero ahora me gusta mucho... me parece hermoso y... y... cuando sea conde procuraré ser tan bueno como mi abuelo.

Entonces se retiró entre gritos y aplausos, dando un suspiro de contento;

asió la mano del conde y se acercó sonriendo hasta lograr apoyarse contra él.

Acabada ya la fiesta, todos se retiraron a sus casas, felices y contentos por los últimos acontecimientos ocurridos en Dorincourt, que habían sido completamente favorables al pequeño lord Fauntleroy.

Por su parte, el señor Hobbs se quedó tan fascinado por la sociedad elegante y tan reacio a separarse de su amiguito, que encargó al abogado de Nueva York, señor Harrison, que traspasara su tienda de Nueva York y se cobrara la minuta por las gestiones

realizadas, y con lo que le sobró se estableció en Erleboro, donde abrió otra tienda de ultramarinos que tuvo mucho éxito, ya que era la encargada de proveer al castillo y, aunque el conde y él no llegaron a intimar, Hobbs llegó con el tiempo a sentirse más aristocrático que el mismo conde. Todos los días leía las noticias de la corte, y seguía con gran interés las sesiones de la Cámara de los Lores.

Al cabo de diez años, al preguntarle Dick, que había terminado estudios universitarios y fue a visitar a sus amigos, si no deseaba el señor Hobbs regresar a América, éste contestó,

moviendo la cabeza:

—¡Quiero volver a visitar América!
Pero no volvería a vivir allí. Quiero estar cerca de Cedric y cuidarle en lo que pueda. América es bastante buen país para jóvenes emprendedores como tú; pero tiene sus defectos: no hay entre ellos ni un solo conde.

FIN



FRANCES HODGSON BURNETT (1849-1924), Nació en Manchester, Inglaterra, el 24 de noviembre de 1849. Su familia era de condición modesta, pero al morir su padre en 1853, su familia fue asolada por la pobreza y tuvo que vivir en los suburbios de Manchester. Burnett pronto descubrió su

amor por inventar historias y escribirlas para escapar de la desagradable realidad, pero fue después de que a ofrecimiento de un familiar, se trasladó a Tennessee, EE.UU. en 1865, cuando en realidad publicó algunos de sus cuentos en revistas estadounidenses para mantener a su familia. Se hizo famosa mucho después de su matrimonio con el Dr. Swann M. Burnett en 1873 debido al tremendo éxito de su primera novela, *Little Lord Fauntleroy* que fue publicado en 1886.

Se divorció en 1898. Sin embargo, mientras llevaba su nombre de casada había llegado a ser una popular escritora

de libros para jóvenes. Por ello, profesionalmente continuó firmando con el apellido de su primer marido.

Dentro de su producción de más de 40 obras destacan sobre todo: «*El pequeño lord Fauntleroy*», «*El jardín secreto*» y «*La pequeña princesa*». También escribió algunos libros para adultos: *A fair barbarian* y *Through one administration* y su autobiografía que tituló *Whom I know best of all*.

Los libros de Frances Hodgson Burnett se caracterizan por un estilo elegante, fácil y sentimental. A juicio de un crítico, la autora posee «buenas

facultades de observación que hacen interesante, incluso desde el punto de vista psicológico y social, la lectura de sus obras».

Murió el 29 de octubre en 1924 en Nueva York, EE.UU., a la edad de 75 años.